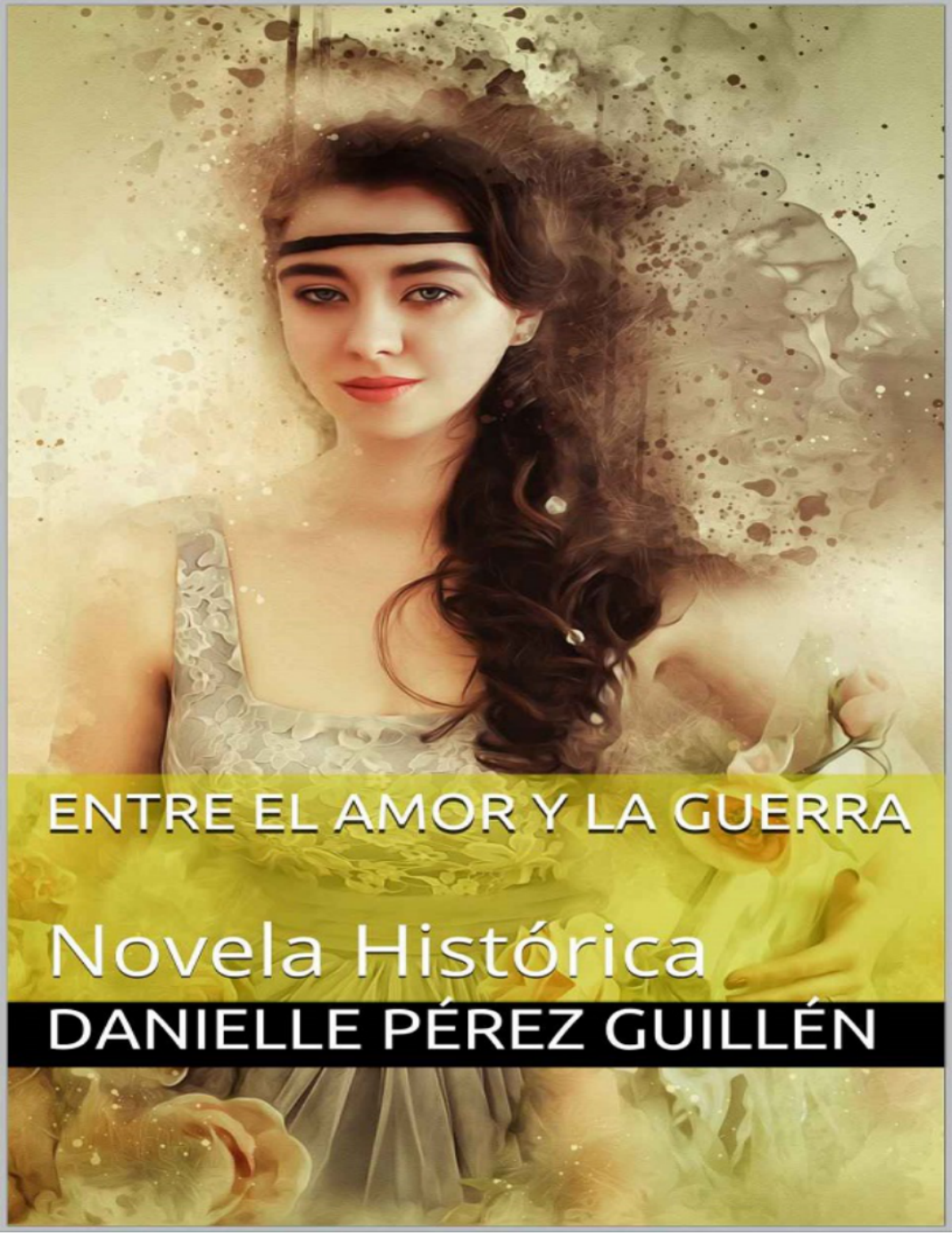
ENTRE EL AMOR Y LA GUERRA
Novela Histórica
DANIELLE PÉREZ GUILLÉN

# ENTRE EL AMOR Y LA GUERRA

*(Novela Histórica)*

Danielle Pérez Guillén

Entre el Amor y la Guerra Copyright © 2019 por Danielle Pérez Guillén.
Todos los Derechos Reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida en ninguna forma, ya sea por medios mecánicos o electrónicos, incluyendo los sistemas de recuperación y almacenamiento, sin el permiso escrito del autor. La única excepción es un evaluador, que pueda citar fragmentos cortos en una revisión.

Cubierta diseñada por Enrique Meseguer, Madrid España
Con Licencia Pixabay

Este libro es un trabajo de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos son producto de la imaginación del autor o son usados ficticiamente. Alguna semejanza con personas reales, vivas o muertas, o locales es enteramente coincidencia.

Visite mi sitio web: www.danielleperezguillen.wordpress.com

Impreso en los Estados Unidos de América

Primera Impresión: enero 2019

A mi familia,
A Rafael y mi madre,
A mis hijos, Daniel y Melanie
A mis nietos, Carlos y Carla

Esta novela está ambientada en la provincia de Caracas, 1810, durante los eventos que marcaron el inicio de la guerra de independencia de Venezuela. Los personajes y hechos históricos narrados en esta historia son referenciales y no pretenden en modo alguno servir como referencia bibliográfica o documental. Tanto los personajes como los hechos son ficticios y cualquier semejanza con personas reales o eventos locales son mera coincidencia.

# CONTENido

CONTENido
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20

# CAPÍTULO 1

## Un visitante muy distinguido

La casa era un hervidero de sirvientes, yendo y viniendo por todas partes. Las fiestas eran eventos frecuentes e importantes para la familia Mendoza. En primer lugar, por la marcada obsesión de Doña Dolores de presumir su riqueza ante las ilustres y acomodadas familias que formaban parte de la sociedad caraqueña, regodeándose así con el deslumbrante brillo de sus relaciones; y segundo, porque las fiestas eran el instrumento ideal para conocer caballeros y proveerles a sus hijas prospectos de marido que no fueran ni ladrones, ni marineros, ni mestizos. Muchos eran los que referían que la legendaria belleza de sus hijas era heredada de algún antepasado lejano, muy lejano, ya que ni Doña Dolores ni Don Luis destacaban en ese aspecto. En aquella oportunidad los preparativos eran para agasajar al nuevo Capitán General y Gobernador de la provincia de Venezuela, Don Vicente de Emparan, quien llegaría esa misma tarde al puerto de La Guaira y Don Luis Mendoza Ríos y su esposa irían a recibirlo, pero, esta vez, Doña Dolores tenía otras preocupaciones en mente: los preparativos de las próximas nupcias de su hija mayor, María Prudencia, quien para los estándares de la época iba en vías de quedarse para vestir santos. En esos menesteres se ocupaba su mente mientras se arreglaba en su habitación para ir al puerto a buscar al distinguido visitante.

—¡Apúrate, Dolores! ¡Vamos a llegar tarde! —gritaba Don Luis, desaforado, emperifollado en un traje de cachemir, esgrimiendo un oloroso clavel rojo en la abertura de su sobresaliente solapa y acomodándose, a la usanza española, un sombrero negro de ala ancha en la prominente cabeza. Días antes se encargó,

personalmente, de supervisar y revisar cada detalle de la residencia personal del nuevo Capitán General, así como la casa capitular de gobierno que presidiría. Esperaba que con la designación de Don Emparan se aplacara un poco el clima desestabilizador que se había venido formando en Caracas desde que se supo la noticia de la usurpación del trono español por parte del francés José Bonaparte. Los caraqueños, en general, eran súbditos fieles de Fernando VII y habían visto con muy malos ojos aquel episodio.

Pero Doña Dolores, ajena al llamado de su esposo y a los vericuetos de la política, estaba demasiado ocupada esforzándose por exaltar sus atributos físicos ante el espejo de dos hojas de su habitación. Tan meritoria atención a su vestimenta se debía al hecho de que quería causar una buena impresión en Don Emparan y su comitiva.

Sin ser aristócratas ni tener títulos nobiliarios, los Mendoza ostentaban una posición acomodada que les permitía codearse con la aristocracia española y viajar regularmente a Europa. Su fortuna provenía del negocio de las exportaciones de frutos secos, chocolate, granos y tabaco; los cuales se transportaban en buques españoles a un selecto grupo de clientes peninsulares. Además de la casa en la ciudad, se contaban entre los bienes de la familia, una hacienda, "La Española", dedicada al cultivo de la caña de azúcar y productos agrícolas ubicada en San Mateo, y otra dedicada a la plantación y elaboración de tabacos, "Las Marías", ubicada en Valencia; esta última nombrada a propósito de las hijas cuyos nombres eran María Prudencia, María Concepción y María de los Ángeles. No podían ser más diferentes, entre sí, las hijas de Don Luis. La mayor, María Prudencia, tenía veintiún años. Su blanquísima piel contrastaba enormemente con la negrura lacia de sus cabellos y sus penetrantes ojos eran negrísimos como una noche sin luna. Tenía reputación de superficial, aunque en su vanidosa apreciación, y en la de su madre, se consideraba a sí misma instruida y erudita. Mostraba un desprecio exacerbado hacia todo lo que considerara de menor alcurnia que la suya; despreciaba por igual a los negros, indios e indigentes, sobre los cuales no perdía ocasión de endilgarles los más denigrantes adjetivos. Estaba comprometida con un coronel del ejército español y se casaría el próximo mes de enero. Por otro lado, María Concepción, blanca y de cabellos castaños, era la antítesis de la hermana mayor, en cuanto a carácter. Modesta, y más bien tímida, creía en la bondad inmanente del ser humano y en la caridad como camino para redimirse del pecado original ante los ojos de Dios. La mayor parte

de su tiempo la pasaba tratando de complacer a sus padres, embotada en los oficios del hogar y sus deberes con la iglesia. Nadie zurcía ni calaba como ella. Su impresionante destreza se perdía en la monotonía de las labores cotidianas y, en los pequeños ratos de ocio que estas ocupaciones le dejaban, acudía a la Iglesia de Santa Teresa a orar por las almas perdidas de este mundo, que eran muchas. Finalmente, la menor, de diecinueve años, era María de los Ángeles. Y de ella decía el padre que era la encarnación del hijo varón que nunca tuvo. De inteligencia superior a sus hermanas, las superaba también en belleza. No era inusual escuchar por la casa los lamentos de la madre, después de que aquella hubiera acometido alguna travesura, quejarse de que nunca un nombre estuvo tan mal puesto como aquel que ella ostentaba, ya que en lugar de María de los Ángeles más conveniente hubiera sido llamarla "María de los Diablos" o "María de los Infiernos", o "María de los Desastres", como la llamaba María Prudencia en ocasión de sus frecuentes peleas. Y es que sus modales y formas de comportamiento semejaban más a los de un muchacho que a los de una señorita de la alta sociedad. Esta línea de acción mortificaba enormemente a su madre, acostumbrada a las finuras y superficialidades de la clase alta.

Don Luis seguía esperando, exasperado, a que su mujer saliera de la casa. Los caballos comenzaban a dar muestras de impaciencia y el cochero trataba de dominarlos manejando ágilmente las bridas. Chequeó el reloj de bolsillo y lo volvió a guardar en su sitio, miró al cielo y comprobó, una vez más, por lo azulado del firmamento, que el clima sería favorable para el viaje, por lo que el trayecto hasta La Guaira se haría sin contratiempos. Pasaron cinco minutos más hasta que, finalmente, salió Doña Dolores de la casa. Venía elegantemente ataviada, dejando a su paso una estela de un perfume caro importado de Paris, portando un collar de perlas en su fino cuello, mientras uno de los sirvientes le seguía los pasos, cargando unos paquetes. El cochero enseguida se apeó y la ayudó a subir al coche, donde la esperaba el marido con el ceño fruncido y un rictus amargo en la comisura de su boca:

—¿Por qué has tardado tanto, mujer? —expresó con enojo, cansado ya de tanta espera.

Luego agregó:

—¿No sabes que es de mala educación dejar esperando a alguien tan distinguido? Hoy pernoctaremos en La Guaira, pero te advierto con relación a la fiesta de mañana, que después de un viaje tan largo, no creo que Don Emparan esté de ánimo para celebraciones.

El pobre hombre debe estar deseoso de instalarse debidamente en su residencia, y no dando tumbos en bailes ajenos. Debiste hacerme caso y dejar todo para otro día.

E inmediatamente, visiblemente disgustado y con cara de pocos amigos, dirigiéndose al conductor y sin miramientos, gritó:

—¡Arranque ya, cochero! ¡Que vamos tarde!

El conductor no se hizo repetir la orden dos veces. La mujer se acomodó en su asiento, de frente al esposo, se sacó el sombrero e hizo un esfuerzo por arreglarse unos bucles que le habían quedado disparejos en la parte de atrás, haciendo caso omiso al comentario de este con relación a su tardanza y a la postergación del evento. Para aplacar un poco su mal genio, cambió de tema refiriéndose al asunto del próximo enlace matrimonial de su hija, María Prudencia. Dolores estaba mortificada ya que la mayoría de las muchachas se casaban entre los dieciocho y veinte años, y su hija tenía veintiuno; pero esta demora involuntaria del matrimonio se debió a que hubo que esperar a que el novio terminara el servicio militar en Madrid. Afortunadamente, habiéndolo finiquitado, faltaban solo unos meses para el tan deseado enlace:

—Ya que vamos a La Guaira, ¿Podemos pasar por la oficina aduanal a ver si llegó el ajuar de novia de nuestra hija? Hace meses que se encargó a Londres y ya es tiempo de que hubiera llegado. Son prendas muy delicadas, vienen brocados y arreglos en pedrería. No quiero que se malogren.

En ocasiones, su mujer lo sacaba de quicio con sus desatinadas impertinencias. La miró perplejo y respondió con tono agrio:

—Quizás si hubieras salido antes nos habría dado tiempo de pasar por la oficina aduanal, pero ahora es muy tarde. Mejor manda mañana a Tiburcio a preguntar por el paquete. Después de todo, no es un asunto tan urgente; todavía faltan unos meses para el matrimonio.

Doña Dolores, que había vuelto a colocarse el sombrero y sacaba ahora un pañuelo de lino para secarse el sudor, cruzó sus brazos sobre el torso y habló con expresión de alarma:

—¿Tiburcio? ¿Estás bromeando? ¡No me gusta Tiburcio! Ese mozalbete nos roba, ¡te lo digo yo! Anteayer, cuando la cocinera lo envió a recoger nuestro pedido a la pescadería de Don Eugenio, llegó con un carite de menos y al interrogarlo no supo dar respuesta sobre el destino del pescado faltante.

Don Luis acostumbrado a las frivolidades y a las sospechas infundadas de robo que Dolores endilgaba a todos los miembros de la servidumbre, defendió al mulato:

—¡Vamos, Dolores! ¿Qué va a hacer Tiburcio con un pescado crudo? Leoncia jamás permitiría que su nieto nos robara. ¡No hay persona más honesta en este mundo! Ha sido la cuidadora de las muchachas desde su nacimiento y jamás ha dado muestras de deshonestidad y tú lo sabes. Seguramente, fue Don Eugenio quien colocó un pescado de menos en tu pedido. ¡Apuesto lo que quieras a que él es el ladrón!

Leoncia era una vieja mulata que estuvo al servicio de los padres de Don Luis por muchos años. Cuando el amo se casó, la llevó consigo para que ayudara en los asuntos de la casa. Nació María Prudencia y Leoncia tomó a su cargo a la pequeña niña, que creció fuerte y sana gracias a sus meticulosos cuidados. Aquel año Dolores quedó encinta nuevamente y, por razones de salud, pasó algunos meses en la hacienda La Española de San Mateo, quedando la niña bajo el exclusivo cuidado de la negra. Nació María Concepción y, un año más tarde, María de los Ángeles. Desde entonces, los quehaceres de la mulata se multiplicaron por tres, pero nunca se halló una nana más cariñosa y comprometida con el cuidado de aquellas niñas que amaba como propias, y que había visto crecer hasta convertirse en unas jovencitas muy juiciosas, por lo menos en lo referente a María Prudencia y María Concepción; ya que María de los Ángeles de juiciosa no tenía un ápice. Nadie supo de la existencia de la hija de Leoncia hasta que apareció Tiburcio, quien quedó al cuidado de la negra tras la trágica muerte de su madre. Viendo la actitud protectora de su marido hacia la anciana y su nieto, Dolores se sintió un poco desilusionada. Siempre pasaba lo mismo; en toda discusión en la que estuvieran involucrados la cuidadora o su nieto, su esposo, indudablemente, tomaba partido por ellos.

Dolores, dejando de lado cualquier mención de Tiburcio, volvió a hablar refiriéndose al matrimonio:

—¡Falta tanto por hacer! Quiero que toda Caracas hable del enlace de María Prudencia. ¡Tenías que haber visto la cara de la Marquesa del Toro cuando el pasado jueves le entregué la invitación en la merienda de Doña Lucía, y le dije que había sido timbrada en Madrid! Esas españolas aristocráticas creen que porque nosotros vivimos en la provincia no somos capaces de poseer un gusto tan exquisito y fino como el de ellas. Me atrevería a decir que nuestro gusto es superior ¡sí! ¡Muy superior! ¿Crees que los franceses tengan algo que ver con la tardanza de nuestro encargo?

Don Luis se acomodó en el asiento y bajó el ala de su sombrero, ocultando sus ojos, en un intento por dormir y zafarse de la

aburrida conversación. A duras penas, preguntó entre dientes:

—¿Y qué tendrían que ver los franceses con nuestro encargo?

La señora respondió intranquila, tratando de mirarlo a los ojos, con el tono estridente que le era peculiar:

—¡Son unos odiosos revoltosos! Se la pasan en guerra con todos los países vecinos, decapitando y fusilando gente. Napoleón, no conforme con ser el Emperador de Francia busca convertirse en el Emperador del mundo. Menos mal que tenemos un océano de por medio porque si los franceses tuvieran una flota naval como la de los ingleses, desde hace tiempo que hubieran entrado en querellas con nosotros. No me extrañaría que mi pedido estuviera retrasado por algún bloqueo naval.

El marido no podía creer que una persona dijera tantas tonterías juntas en una simple conversación, así que, con un asomo de fastidio, contestó:

—¡Sí! ¡Qué desconsideración de los franceses! ¡Hacer una guerra para impedir el enlace de nuestra hija! Por Dios, Dolores, todo el mundo sabe que el bloqueo fue hacia los puertos de Europa, no América. Igual nuestros puertos no están abiertos a otras naciones que no sea España. Los barcos que están llegando de Inglaterra lo hacen gracias al acuerdo que firmaron hace poco para hacer frente al enemigo común, Francia.

Luego, haciendo una pausa:

—Te he dicho que no hables de esa forma delante de los sirvientes —le advirtió— Las damas no deben hablar de estas cosas en público. Ese es un tema exclusivo de caballeros. ¡Además, es de muy mal gusto la forma en que te estás expresando!

Dolores cerró la boca y no pronunció palabra alguna por un buen rato, pero luego, como se le hiciera insoportable tanto silencio y el paisaje que veía a través de la ventanilla se le antojaba siempre el mismo, optó por hablar de la hija que le causaba tantos estragos:

—¿No crees que sería mejor buscar un pretendiente para María de los Ángeles antes que el de María Concepción? Un marido le pondría un alto a sus ímpetus y rebeldías. Yo ya no puedo con esa niña, Luis. Leoncia ya está muy vieja para dominarla. Además, creo que esa mulata le secunda sus malcriadeces y le esconde sus vagabunderías. Pienso que un marido sería la solución perfecta para nosotros.

El hombre viendo que no podría pegar un ojo mientras estuviera en el mismo carruaje con su mujer, y hastiado de las incongruencias de Dolores, estalló:

—¡No hables sandeces, Dolores! Primero casaremos a María

Concepción, como debe ser. No vaya a ser que se nos quede para vestir santos. Me temo que no será tan fácil conseguir un buen pretendiente para María de los Ángeles. Nuestras amistades la conocen demasiado bien y sus desplantes son más que notorios. Sin embargo, en este momento hay problemas más relevantes que el matrimonio de nuestras hijas. ¡Los negocios, mujer! Si continúa la tensa situación política y económica que estamos viviendo, los negocios podrían verse afectados. Si José Bonaparte no logra imponer su autoridad en las provincias, es muy factible que tengamos guerra. Y entonces sí se irán al traste tus joyas y vestidos, y hasta los matrimonios de nuestras hijas.

En el mundo personal de Doña Dolores, de plácidas reuniones sociales, tardes de tertulia y té con las amigas, viajes y compras en Madrid, era inconcebible la posibilidad del estallido de una guerra.

—¿Guerra? —exclamó la mujer con ojos desorbitados, abanicándose el rostro acalorado— ¡Válgame Dios, pero qué dramático eres, Luis! No creo que lleguemos a esos extremos. Bonaparte no lo permitiría, ni los peninsulares tampoco. Las provincias son la base de su riqueza y no harían nada que pudiera perjudicarlas por ningún motivo.

Don Luis consideró impertinente seguir hablando de esa clase de temas con su mujer y se mantuvo en silencio, acomodando su posición sobre el mullido asiento y mirando por la ventanilla del carruaje el paisaje que pasaba veloz ante sus ojos.

Estaban saliendo de Caracas y esta se mostraba en la plenitud de su belleza, fresca y dorada por el sol, rodeada de los verdores esmeralda del altivo y majestuoso Ávila, a cuyas faldas se extendían, como las alas de un águila, las blanquecinas casas sobre el fértil valle. Rojas tejas de arcilla coronaban los techos de las viviendas, contrastando con la blancura de nieve de las altas paredes coloniales. Sobre el camino empedrado de guijarros resonaban los pasos de los fornidos caballos cuyas herraduras chocaban ferozmente contra el intrincado suelo emitiendo un sonido firme y sostenido. Pronto dejarían atrás los rastros de la civilización, para adentrarse en el entierrado sendero que ascendía por los apretados montes, cundido de ramajes y bejucos, con sus cuestas, abismos y arroyos que llevaban a aquel otro mundo civilizado, cuna de la actividad comercial de la provincia, que era La Guaira. Entonces, cuando estuvieran en el pináculo de aquel encumbrado cerro, los azulísimos mares se mostrarían ante sus ojos en la diversidad de franjas azules infinitas que le era tan peculiar, y verían también, en el puerto, las embarcaciones fondeadas y

apilonadas, y el febril movimiento de embarques y desembarques con la muchedumbre que los acompaña; y mucho más allá, los exóticos parajes de la costa de Macuto, anchos y profundos, fundidos con los tonos violáceos del horizonte. Pernoctarían en el pueblo. El alojamiento de la pareja y Don Emparan con su comitiva había sido previamente arreglado. Regresarían a Caracas la mañana siguiente y ya sabrían si el Capitán General estaría de ánimo, o no, para celebraciones.

# CAPÍTULO 2

## Una celebración de altura

Resultó que el Capitán General sí estaba de ánimo para fiestas, por lo que los preparativos de Doña Dolores no cayeron en saco roto. En la residencia de los Mendoza se escuchaban ya los suaves acordes de una melodía clásica, ejecutada por un grupo de talentosos músicos valencianos que amenizaba la reunión con sinigual destreza. Se hallaba la terraza engalanada con violetas, azucenas y despeinados helechos de larga y esponjada cabellera, que caían desde las alturas en porrones adosados a las columnas. Las mesas exquisitamente adornadas con candelabros de plata y cristalería fina otorgaban al recinto un ambiente de extrema formalidad, muy propia para la ocasión. Las damas, ataviadas con lujosos y extravagantes vestidos de brillante muselina y encajes franceses, revoloteaban, abanicando con coquetería sus esplendidos ojos, lanzando inocentes y castas miradas a los jóvenes oficiales que merodeaban el salón en actitud de cortejo. Las sirvientas, negras esclavas uniformadas con pulcritud, se encargaban de pasar regularmente las rebosadas bandejas que ofrecían diversas exquisiteces a sus selectos invitados. Ni la comida ni el licor faltaron en aquel banquete ofrecido en ocasión del reciente nombramiento del Capitán General.

Don Luis y Doña Dolores, los anfitriones, recibían y saludaban a sus invitados en la entrada de su casa; después del debido saludo, un sirviente guiaba a los convidados a la mesa correspondiente. En un lado apartado de la terraza, donde se habían colocado algunas mesas adicionales a las que estaban en el salón, se hallaban las hijas de la pareja.

—¡Me encantan los bailes! ¡No hay nada mejor para realzar nuestro brillo social! —expresó María Prudencia con emoción,

buscando con la mirada a su prometido entre la muchedumbre, quien aún no había tenido ocasión de ver.

María Concepción pensó en irse a su habitación, o buscar el rincón más apartado para sentarse y evitar así que la sacaran a bailar; pero luego recordó que, horas antes, su madre la había instruido para que actuara como chaperona de María Prudencia y José Tomás, con órdenes de no dejarlos solos en ningún momento, por lo que tuvo que contentarse con quedarse al lado de su hermana y aguantar sus impertinencias. María de los Ángeles, desdeñosa, observaba todo con ojos de aburrimiento, y decidió ir en busca de un canapé:

—¡Ya vengo! Voy en busca de algo de comer o beber —y se alejó del lugar rápidamente.

Al coronel José Tomás Fuentes Díaz le brillaron los ojos cuando vio a María Prudencia haciéndole señas con la mano para que se acercara a la mesa. Se conocieron en Madrid, cinco años antes, en unas vacaciones de verano que la familia Mendoza tomó por aquella época. Era el hijo mayor de un aristócrata que tenía vínculos de consanguinidad con los Borbones. Antes de regresar a Caracas, ya el joven le había solicitado permiso a Don Luis para cortejar a la muchacha. Luego, vino un intercambio interminable de correspondencia, nostálgicas cartas que cruzaban los extensos mares entre Caracas y Madrid, largos suspiros y llantos por parte de la muchacha, entristecida por los embates del desasosiego y la distancia. Entonces llegó el compromiso y la propuesta de matrimonio. La única condición que puso el padre de José Tomás para consentir en dicho matrimonio era que terminara su carrera militar antes de contraer nupcias. Por esta razón, María Prudencia cumplió los veintiún años y aún no había recorrido el camino hasta el altar. Don Luis lo tenía en la más alta estima, por tratarse de un joven educado, bien posicionado y con una brillante carrera por delante.

—¡La fiesta luce muy animada! —expresó el coronel, al tiempo que tomaba asiento al lado de María Prudencia y saludaba a su hermana.

Pero su novia estaba demasiado entusiasmada como para quedarse sentada, por lo que jalándolo del brazo lo instó a que fueran a bailar. Resultó que el ánimo de la muchacha se vio enaltecido por la colocación de una pieza musical que era de su especial agrado, así que no bien alcanzó la pista de baile, comenzó a moverse con la soltura de una bailarina de feria.

A la llegada de Don Emparan y su comitiva la música cesó por

unos instantes. Todos los ojos se concentraron en los invitados. Don Luis enarboló unas empalagosas palabras de bienvenida que tuvieron la desagradable peculiaridad de aburrir a la concurrencia. Al finalizar, los condujo a la mesa de honor, que compartirían con las más distinguidas personalidades de la provincia. En esta mesa no estaría Doña Dolores, ni ninguna de las esposas de los convidados, ya que se esperaba discutir asuntos políticos y comerciales que no eran de la incumbencia de las mujeres. La música se reanudó.

Cuando Don Luis se encontraba escoltando a su esposa hasta la mesa de sus hijas, le salió al paso en la salida hacia la terraza un viejo amigo que se acercó para saludar:

—¡Muy buenas noches, mi excelentísimo amigo!

Luego, dirigiéndose a Doña Dolores:

—¡Mi distinguida señora, espero que usted y sus hijas se encuentren bien!

Doña Dolores retornó el saludo con cortesía y se retiró a la mesa con sus hijas, dejando a Don Luis en compañía de su amigo.

—¡Don Crisóstomo Vargas! Caramba, ¡Qué alegría verte! Siempre te enviamos invitaciones a nuestras fiestas, pero nunca apareces. ¿Por dónde entraste que no te vi?

—¡Ya me conoces, truhan! —dijo en tono cariñoso— Llegué tarde y estabas escoltando a Don Emparan a su mesa.

Se abrazaron los hombres efusivamente, separándose luego para buscarse en los rostros señales del paso del tiempo.

—¡Pero no has cambiado nada, mi amigo! —aduló Don Luis— a excepción claro de los bigotes aguijoneados y las largas patillas que casi se unen a tus bigotes. ¡Pareces un filósofo alemán!

Don Crisóstomo sonrió de buena gana, al tiempo que respondía:

—Es el estilo europeo, amigo mío. Siempre has conocido mi afición a la moda —dijo acariciándose el escueto bigote, del cual sentía especial orgullo.

Luego agregó:

—Acabo de regresar de España. Realicé un recorrido por Italia, Portugal e Inglaterra. No hay como el estilo de vida europeo, ellos sí que saben vivir. Bonaparte está sacudiendo las cosas por aquella parte del mundo.

Don Luis asintió. Le inquietaba que las noticias de la península tardaran tanto en llegar a las provincias. Esta incertidumbre de no saber qué está ocurriendo en la madre patria era caldo de cultivo para toda clase de especulaciones.

Don Crisóstomo preguntó, posando su mirada en la figura del

homenajeado:

—¿Y cómo catalogas a nuestro nuevo Gobernador y Capitán General?

Don Luis respondió:

—Es un hombre muy capaz. Lo conocí años atrás en Puerto Cabello cuando era comandante militar; luego supe que hasta fue capitán de navío de la marina real. Todos nos alegramos mucho cuando supimos de su nombramiento.

Don Luis y su amigo caminaron para ir en busca de una bebida. Tomaron una copa de vino cada uno y buscaron un lugar apartado para continuar su conversación:

—¿Qué noticias hay de España? —interrogó Don Luis, dando un buen sorbo a su copa.

Don Crisóstomo, quien disfrutaba mucho dándose ínfulas de sabelotodo, agradada su vanidad por esta consulta, se preparó para soltar lo que sabía:

—Bien sabido es que Bonaparte no ha logrado controlar a los españoles. Esa farsa que se firmó en Bayona el año pasado con la abdicación de Carlos IV a su favor, no ha sido aceptada ni por los peninsulares ni por los criollos americanos.

Don Luis frunció el ceño, al tiempo que sorbía otro trago:

—No me gusta lo que está pasando, Crisóstomo. Don Germán Ordoñez, un buen amigo mío, me comentó que ha estado asistiendo a unas reuniones convocadas por un conocido abogado en Caracas, donde se está cuestionando la legitimidad del monarca francés. Si se diera el caso de que consideraran esta situación como un vacío de poder, bien podrían los criollos intentar derrocar al gobierno peninsular para colocar gobernantes nacidos aquí en su lugar ¿No lo crees?

Las parejas danzaban alegremente en el salón de baile, moviendo los cuerpos animadamente al conjuro de los compases de un vals. Don Crisóstomo se entretenía mirándolas mientras conversaba con Don Luis, recordando tiempos mejores en los que sus huesos le permitían darse el lujo de danzar:

—Es probable que suceda lo que estás sugiriendo. En ese caso, ni Bonaparte ni los españoles lo permitirían. Pero también, amigo mío, debes considerar que los españoles están manejando muy mal la situación. Por un lado, emiten un edicto donde expresan que las colonias son parte del territorio español y de la monarquía y, por otro lado, le niegan la representación en las Juntas. Tienen razón los criollos de estar molestos por esta discriminación.

Luego, volvieron a la terraza para fumar un puro, lejos de las

interrupciones de los presentes, y se sentaron en uno de los bancos de hierro forjado que quedaba al frente de la fuente y que Doña Dolores había mandado a traer de Madrid. Un farol alumbraba débilmente sus rostros y los sonidos del vals les llegaban amortiguados. Don Luis sacó un habano cubano que colocó en sus labios, cuyo aroma pobló el ambiente y sorprendió agradablemente el olfato de Don Crisóstomo. Don Luis le obsequió uno a su amigo y este se apresuró a encender la lumbre. Pronto, ambos estaban inmersos en una neblina blancuzca de peculiar aroma. Y retomando el tema, Don Luis replicó:

—Espero que la situación cambie pronto. Cada día son más los rumores de levantamientos y conspiraciones. Yo nací en Caracas, soy criollo, y aunque he tratado de meterme en la política son los peninsulares los que tienen los cargos importantes de gobierno. Lo más a que puedo aspirar es a ser miembro del Ayuntamiento y estos no tienen poder de decisión en los asuntos relevantes. El tributo que las colonias pagan a España es excesivo, más si tomas en cuenta que mucha de la riqueza de España proviene de nuestros recursos.

—¡Paciencia, Don Luis! Por los vientos que soplan, todo eso está a punto de cambiar, ¡y mucho más rápido de lo que parece!

Mientras tanto, María Concepción había pasado toda la velada siguiéndole los pasos a su hermana María Prudencia, quien muy entusiasmada con las atenciones de su prometido, había tratado de escabullirse de su tenaz vigilancia para tener algún momento a solas con el coronel, a quien le permitiría robarle un beso, de darse el caso. Pero María Concepción, temiendo las represalias de su madre si se producía tal hecho, había extremado hasta tal punto su tarea que francamente no les dejó otra opción que mantener la compostura.

Por otro lado, María de los Ángeles se instaló cerca del salón de baile y al lado de la mesa de canapés, observando a las parejas bailar. Aquel tipo de celebraciones le disgustaba enormemente. Prefería las pasividades de Las Marías, en la que podía andar a sus anchas sin preocuparse de los convencionalismos sociales ni de las vestimentas ridículas, ni los bailes sosos. Estaba engalanada con un amplio vestido parisiense de crep de seda azul satinado, y el ajustado corsé le estaba cercenando las costillas con las varillas, la asfixiaba y le mendigaba el aire; y si lo llevaba puesto fue más para complacer a su madre que por gusto propio. Su guante derecho ya lo había manchado, a pesar de las recomendaciones de Dolores de que procurase mantenerse lo más pulcra posible, al menos durante el tiempo que durara la celebración, y que no protagonizara ningún

evento que pusiera en entredicho las costumbres de la familia. Lo manchó sin intención, al tratar de tomar un canapé que venía revestido de una salsa excesivamente verde y que estaba excesivamente delicioso. Se lo quitó y lo sostenía con la mano izquierda que permanecía guanteada. Había rechazado varias invitaciones para bailar, ¡como si estuviese ella de ánimos para tales frivolidades! Se entretenía mordisqueando crujientes entremeses, mientras observaba a las parejas que daban vueltas en el salón, brincando como si fueran marionetas de circo. Fantaseaba con la idea de verter una botella de ají picante en el jarrón del ponche que preparó Crucita, o deslizar una concha de plátano en la plataforma de baile para ver cómo se deslizarían las personas sobre la superficie pulida del piso. Tales pensamientos le produjeron una sonrisa.

—¡Qué tontos! —se le escapó una exclamación.

Un apuesto joven, que la había estado observando detenidamente hacía rato, y que se encontraba solo, en un rincón del salón, bebiendo en silencio una copa de vino mientras miraba a las parejas danzantes, al oír sus palabras, se acercó para comentar:

—¡Buenas noches, mi estimada dama! Disculpe mi atrevimiento, pero he viajado por todo el mundo y jamás había escuchado que una señorita llamara tonto al gran Bach —dijo con un tono de picardía en la voz, mientras la miraba fijamente a los ojos.

Recién en ese momento, se dio cuenta la muchacha que había expresado el soez comentario en voz alta. Levantó la mirada y se encontró con el rostro agraciado y pálido de un joven, dulce la mirada, recio el porte y la gallardía. María de los Ángeles no se inmutó, en cambio refutó:

—No es a Bach a quien he llamado tonto. Son las personas que bailan en la pista las que merecen ese calificativo. Dan vueltas y vueltas sin llegar a ninguna parte. Jamás he entendido la utilidad del baile, a no ser que se use como un medio para disfrutar la armonía de las notas musicales o para ejercitar la rigidez del cuerpo. Lo que seguro puede hacerse mejor en la intimidad de un estudio, sin la irrupción vergonzosa de esos movimientos desaforados que causan dejadez y cansancio, sin dejar de lado el trágico y maloliente brillo del sudor, que en nada enaltece el carácter aristocrático de los nobles aquí presentes.

El apuesto joven dejó la copa sobre la mesa y se colocó al lado de la rebelde muchacha, al tiempo que decía:

—Me imagino que su utilidad tiene algo que ver con las relaciones sociales y mucho que ver con el tenue cortejo con que los

caballeros suelen acercarse a sus futuras prometidas. Esto no puede hacerse en la soledad de un estudio. Es necesaria la interacción social para formar los futuros matrimonios de las provincias. Me niego a pensar que está usted a favor del enclaustramiento y el celibato.

María de los Ángeles, lejos de sentirse acorralada por la verborrea del desconocido, agregó muy fehacientemente:

—¡Oh! Inadvertidamente me ha dado usted otro motivo para despreciar los bailes: el matrimonio, el cual considero un arma de doble filo ya que provee todas las ventajas al hombre y ninguna para la mujer. ¡Sí! Yo estaría a favor de la abolición de los bailes y los matrimonios.

Quedaba claro que el joven estaba gratamente sorprendido por las ocurrencias de la muchacha y que deseaba continuar con la conversación:

—Creo que muchas damas no estarían de acuerdo con su punto de vista. Tan pronto una joven pisa los quince años, ya sus padres andan en busca de un esposo para ella. ¿Y qué recomendaría usted con el tiempo que quedara libre, de abolirse los bailes y los matrimonios?

—¡Yo recomendaría la lectura! —expresó con vehemencia la muchacha— Pienso que no hay suficientes libros en el mundo para poblar las mentes de las personas. Mi definición del paraíso es tener una fornida biblioteca repleta de libros, así como tiempo disponible para leerlos. Es una pena que la mayoría desprecie este arte por otras actividades más frívolas.

Entonces, Leopoldo Andrés, luego de una pausa, dijo:

—No nos han presentado propiamente. Así que tomaré el atrevimiento de presentarme yo mismo. Mi nombre es Leopoldo Andrés León Méndez, para servirle —y diciendo estas palabras realizó una pequeña reverencia igual a las que suelen hacerse en la corte.

La joven, halagada por las atenciones del muchacho, se debatía entre despacharlo con una sarta de insultos para que la dejara en paz, o continuar la conversación que tan amablemente el caballero había comenzado. Se decidió por lo segundo, así que le devolvió la sonrisa al tiempo que se presentaba:

—Mi nombre es María de los Ángeles Mendoza Sanz. Soy la hija rebelde del anfitrión. Y le hago la aclaratoria ya que es primera vez que lo veo por estos lares, y prefiero que se entere de mis propios labios y no a través de las opiniones tergiversadas de terceros. No tengo reputación de dócil entre mis amistades —luego haciendo

memoria, siendo que el nombre le resultara familiar, agregó— Hace unos años conocí a un Leopoldo Andrés en Valencia. Tenemos una hacienda por allá que visitamos frecuentemente.

—¡Qué casualidad! mi familia también tiene una hacienda en Valencia. Se llama Los Leones.

María de los Ángeles se quedó boca abierta de la sorpresa:

—Entonces, ¿usted es el hijo de Don Alberto León Ribas?

El muchacho asintió, extrañado de que tan elegante señorita conociera a su padre. Por su parte, María de los Ángeles, usando un tono displicente que no pasó desapercibido para él, replicó:

—Lamento informarle que somos enemigos. Anastasio León, quien imagino fue su abuelo, hace años le vendió una porción de tierras a mi abuelo, pero en el contrato de venta no aparece muy claro cuáles son los límites del lado sur que separan a ambas propiedades. El caso es que mi abuelo tampoco se tomó el tiempo para aclarar el asunto, ya que, según dicen, fue un pacto de palabra. Ahora bien, estando ambos bien muertos y enterrados, no existiendo formas de comunicación con el mundo del más allá, ninguno puede alzarse desde la tumba para dilucidar la cuestión, y ambos hijos se están adjudicando la posesión del riachuelo que se encuentra separando las dos haciendas. Con todo esto, no me queda más que informarle que la propiedad que está ubicada al lado de la suya es nuestra hacienda, Las Marías; y que mi padre tiene interpuesta una querella por linderos con su señor padre. Estamos esperando el veredicto de la Real Audiencia, pero me temo que la amistad entre las dos familias está perdida para siempre. Pero, ¿Cómo llegó aquí? Dudo que mi padre le haya enviado una invitación.

Leopoldo Andrés, sorprendido por lo que acababa de escuchar, respondió:

—Vine en compañía de unos amigos que sí fueron invitados. Me estoy quedando en su casa, así que supongo que les dio pesar dejarme abandonado a mi suerte. Ciertamente, lamento lo ocurrido. Me encantaría presentarle mis excusas, pero no estoy al tanto de los detalles del pleito. Espero que no me delate usted ante su padre. Sería una situación embarazosa para mí que me desalojaran de la reunión como a un perro callejero.

María de los Ángeles observó su rostro con más detenimiento. Le inspiró confianza; así que, para tranquilizarlo, respondió:

—¡Pierda cuidado! No haré tal cosa ¡Quédese y disfrute de la fiesta! Hay mucha comida y bebida; mi madre no suele ser remilgosa en esos asuntos, así que hay de sobra.

El joven continuó hablando:

—Arribé ayer. Viví diez años en Londres por motivo de estudios. Mañana salgo hacia Valencia para encontrarme con mi familia. Lamento en verdad lo ocurrido —reiteró— Le aseguro que no estaba al tanto. Mi padre, en muchos aspectos, no es muy comunicativo, y tiene un carácter más bien reservado.

Entonces, haciendo una retrospectiva hacia el pasado, expresó:

—A pesar del tiempo transcurrido, recuerdo muy bien a Las Marías. Solía pasar mucho tiempo en el riachuelo objeto ahora de la discordia entre nuestras familias, y jugar con la niña de la hacienda de al lado y merodear por los alrededores en busca de aventuras. Pero en ese tiempo no existía tal enfado, y mi padre y Don Luis se visitaban mutuamente, al igual que mi madre y Doña Dolores, y compartían una gran amistad.

El joven tomó su copa y sorbió un poco del líquido amarillento que era el vino, al tiempo que proseguía:

—No creo que los problemas de los padres deban ser transferidos a los hijos. Fíjese que yo no tengo ninguna objeción en iniciar una linda amistad con usted, si así me lo permite. ¡Las Marías y Los Leones! ¿Quién diría que nos vendríamos a encontrar en esta celebración, a cientos de kilómetros de Valencia, años después?

La mirada coqueta y vivaz de la joven lo había cautivado. Por su parte, María de los Ángeles, que en general sabía despachar muy bien a los jóvenes impertinentes que se acercaban con la intención de cortejarla, en esa oportunidad, atraída por la simpatía de Leopoldo, controló sus ímpetus y se comportó de manera agradable:

—Mi familia pasa mucho tiempo en Las Marías. Allí está la plantación de tabaco de mi padre. Tenemos otra hacienda de caña de azúcar y verduras en San Mateo, pero casi no vamos allá porque a mi madre no le gusta la distribución de la casa. Recuerdo vagamente que solíamos jugar juntos en la vereda del riachuelo, ya que Leoncia y su cuidadora eran muy amigas.

Leopoldo Andrés se acercó más a la muchacha y contestó:

—Sí, Tea y Leoncia fueron amigas por mucho tiempo; hasta que mi madre le dio la libertad a Tea, después de mi partida. Supe que se fue a vivir a Maracaibo, con una hermana suya. Después de eso, no tuve más noticias de ella. Cada día que estuve en el exterior, sentí la melancolía de estar separado de mis seres queridos y mi patria. Debo confesar que de vez en cuando pensaba en la pequeña niña, de largos risos y agilidad sinigual, compañera de mis aventuras de río, que hizo de mi infancia un martirio. Entonces,

usted era la niña que encaramada en la mata de guayaba solía torturarme tirándome a la cabeza la belicosa fruta, manchando mis ropas provocando los certeros regaños de mi madre; la que con saña y trampa me ganaba cuando jugábamos a las escondidas entre los matorrales y sauces; y la que me hacía blanco de las pulidas piedras que sacaba del fango y que lanzaba por los aires con irreprochable puntería. Debo mencionar que aquellas acciones fueron muy descorteses de su parte.

La joven lo observaba, divertida, y con fingido tono de reproche, a su vez, contestó:

—No recuerdo que haya sido usted el objeto de mis fechorías; y debo confesar que mis memorias de los hechos son ligeramente diferentes a como usted las narra. Sin embargo, lo que sí recuerdo, muy claramente, es que ese muchacho solía hundir mi cabeza en las tumultuosas aguas del río que separaba las dos propiedades, sin tomar en consideración que yo era una "inocente y débil" niña de nueve años y que bien podría haber muerto ahogada por esos lares, y que era yo la receptora de las bolas de fango que venían por los aires a embadurnar mis hermosos vestidos (que Leoncia tenía luego que blanquear en la batea para hacerlos presentables nuevamente).

—Presumir su inocencia en tales circunstancias, está muy bien —dijo Leopoldo Andrés con mucha seriedad— pero en cuanto a "debilidad" me confieso claramente en desacuerdo, como bien lo constataban los numerosos cardenales que adornaban mi cuerpo en aquel tiempo —no pudo más que reírse de las extravagancias de la muchacha.

Su antigua amiga se había convertido en una hermosa mujer. Reconoció en ella el humor de sus primeros años y las picardías que compartieron durante la niñez.

Entonces, para dar por concluido el episodio, manifestó:

—Considero que debemos dar como empates los mutuos ataques que nos infligimos en tiempos de nuestra infancia. Me doy por satisfecho en mi amor propio y sugiero que comencemos este nuevo ciclo de nuestra amistad sin las violencias del pasado. Me gustaría conversar con usted con más detenimiento, lejos del bullicio de las fiestas, para rememorar las travesuras de la niñez. Y puesto que nuestras familias están enemistadas, y a costa de parecer atrevido, sugeriría que, en principio, mantengamos los encuentros en secreto. Me comprometo a ser un caballero y su más fiel amigo.

María de los Ángeles, lejos de sentirse ofendida por la sugerencia, la avaló:

—Siendo que usted sale para su hacienda mañana, y nosotros

también iremos a Las Marías, podemos vernos allá. Suelo recorrer el riachuelo en las tardes. Me gusta leer oyendo el rumor del río.

Leopoldo Andrés asintió y María de los Ángeles selló el trato con un fuerte y robusto apretón de manos, y Doña Dolores, que aún se hallaba en la mesa en ese preciso momento, giró la cabeza y fue a posar sus ojos sobre su hija menor. Al instante, se llenó de consternación al ver la brusquedad con que se sacudían aquellas manos. Se levantó de la mesa, caminó hasta donde se encontraba su hija y, sin reparar en el joven que la acompañaba, tomándola por el codo, la alejó del muchacho rápidamente, reprendiéndola a regañadientes.

Cerca de las once se comenzó a servir la comida y los comensales tomaron asiento para degustar los platillos. Entonces, María de los Ángeles vio a Leopoldo Andrés sentado en una mesa contigua acompañado de gente que no conocía, y con la expresión amarga que secunda los actos que se realizan por obligación. Estuvo tentada a invitarlo a su mesa; pero semejante ligereza habría consternado mucho a su madre, considerándola un atrevimiento; así que, para evitar regaños, se abstuvo de llevar a cabo semejante acción y permaneció tranquila al lado de sus hermanas. Leopoldo Andrés se retiró de la fiesta temprano y se despidió de lejos de la muchacha con una ligera inclinación de cabeza.

María de los Ángeles pasó el resto de la noche divirtiéndose con unas amigas, mofándose de las expresiones y atuendos de la gente allí reunida, inventando cuentos e historias a costa de los invitados. A pocos pasos de ellas, se encontraba un joven, de grandes patillas y pelo muy negro, compartiendo amigablemente con algunas señoritas invitadas al banquete. Muy bien vestido, esgrimía los finos modales de una cuidada educación y la autoritaria voz de los que se saben nacidos para mandar. Tenía la jovialidad propia de los jóvenes ilustrados y una apostura gallarda a fuerza de ser varonil. Se dirigió a los presentes para celebrar un brindis, con la copa en alto y voz muy clara, pronunció las siguientes palabras:

—¡Por la próxima libertad del Nuevo Mundo!

Todos los ojos de la habitación se volvieron hacia él. Don Luis exclamó con indignación:

—¿Quién es el descarado que pronuncia semejante brindis en presencia de Don Emparan?

Don Crisóstomo contestó:

—Su nombre es Simón Bolívar.

# CAPÍTULO 3

## Regreso al hogar

Cruzaba las planicies de verdes matorrales e intrincados ramales y, de cuando en vez, la robusta floridez de los araguaneyes se asomaba a su vista para saludarlo, tendiéndole sobre el mojado suelo sus alfombras de amarillas, rosadas y moradas flores. La frondosa tierra le abría sus brazos y lo recibía con nostálgica emoción. Los aromas de la niñez volvieron a refrescar los recuerdos de su infancia: el cotoperí desprendía su sutil perfume, así los mangos brotaban majestuosos en racimo a la vera del camino y los naranjales agitaban sus ramas brindándole su cítrica fragancia. Los rumores del camino le alborotaban los recuerdos: el cantar de un cristofué encumbrado en la copa de un árbol resonaba como una mágica melodía de antaño, el vuelo rasante y amarillo de un turpial interrumpía la solidez azul del firmamento; y mientras el carruaje seguía su tortuoso camino hacia Valencia, le llegaban alternados los conocidos olores de las frutas. El sol estaba en su zenit y el sofocante calor no le era molesto en modo alguno. Después de las espesas nieblas y las pertinaces lluvias de Londres, aquel huracán de calor le era francamente grato. Volvía a Los Leones, volvía a los brazos de su madre. Mucho había sufrido esta con la lejanía de su único hijo, pero los dictámenes de Don Alberto, por muy drásticos que le hubieran parecido, se siguieron al pie de la letra: "Primero la educación, luego los sentimentalismos"—decía.

En Los Leones, tan pronto se supo de la llegada del señorito Leopoldo Andrés, los preparativos no se hicieron esperar. Doña Mercedes bullía de felicidad y no paraba en su afán de que todo estuviera acomodado a la perfección. Las negras Jacinta y Josefa, muy hacendosas en la cocina, no paraban en oficios: pilaban maíz para las arepas, molían caña de azúcar para el carato, hervían

guayabas para conservas, cocían coco para el majarete y preparaban postres y pasteles. Sus esposos, Juan y Joseíto, a pedido del amo, sacrificaron una res y un cochino para las festividades de la noche y buscaron la leña que apilaron al pie del fogón que estaba a un costado de la casa y que se usaba en las fiestas al aire libre. Las amistades fueron avisadas y convidadas a la reunión.

La habitación de Leopoldo Andrés fue abierta y ventilada desde hacía días, las sábanas y cortinas fueron sustituidas por las que se usaban en días festivos: a saber, en navidades y en pascuas, y que luego se guardan con naftalina en algún gabinete familiar, hasta la próxima fiesta. Se desempolvaron todos los muebles y se pulieron con aceite de castor. El aire, el sol y el jabón acabaron con el olor a encierro del cuarto. ¡Cuántas lágrimas había recibido aquella habitación cuando en su soledad acudía Mercedes a llorar la ausencia del hijo!

—¿Está lista la polenta? —preguntaba nerviosa Doña Mercedes, abriendo las ollas de la cocina y cerciorándose de que todos los platillos del almuerzo estuvieran listos.

Luego, llevándose las manos a la cabeza, profería:

—¡No debe faltar mucho para que llegue Leopoldo!

—Sí, Doña Mercé —contestaba Jacinta sonreída viendo la ansiedad de su ama— está suave y amarillita como a usted le gusta.

—¿Y el jugo de parchita que tanto le gusta, Jacinta? ¿Está listo el jugo de parchita?

—¡Listo, Doña Mercé! y con agua de la tinaja.

—¿Y las conservas de coco, Josefa? —interrogaba a la otra esclava.

—En su hoja de plátano como debe sé —contestaba la interpelada.

Don Alberto, apoltronado en su sillón, descansando de las faenas de la mañana, intentó calmar las ansias de su mujer, que caminaba de la sala a la cocina, y de la cocina a la sala, como un jaguar enjaulado, inspeccionando que todo estuviera en su santo lugar:

—¡Cálmate que te puede dar otro ataque de nervios! Acuérdate lo que te dijo el doctor Fonseca con relación a los trajines de la hacienda. Todo está listo, mujer. Los esclavos de la plantación ayudaron a los de la casa. Hicieron su tarea y todo está limpio y reluciente. Los alrededores fueron barridos y la basura sacada y quemada. Además, te aseguro que lo menos que hará nuestro hijo será constatar las condiciones de salubridad de nuestra hacienda.

La mujer se detuvo en la sala, dando una última mirada al techo por si había telarañas:

—¿Crees que le guste el nuevo perro que le compramos? ¿Le dijiste en tus cartas que Sultán murió el mes pasado? ¡No tengo corazón para darle yo tan terrible noticia! ¡Lo tenía desde cachorrito! Y en sus cartas siempre preguntaba por él. Espero que le guste "Sultancito". Me dijiste que es de la misma raza, ¿verdad?

—Sí, mujer. Leopoldo Andrés es doctor y está al tanto de los misterios de la vida y la muerte. Ahora ven a sentarte y espera a que venga nuestro hijo —y echando una mirada hacia la cocina, gritó:

—¡Jacinta, un tintico para la señora! ¡Ah! ¡Y aprovecha y traes otro para mí!

Don Alberto era hijo de una pareja española que llegó a Venezuela en el año 1750 y se estableció en la provincia de Valencia, adquiriendo cientos de hectáreas que, inmediatamente, dividieron en dos zonas: una para criar ganado vacuno, con lo cual tendrían leche y queso, y la otra para el cultivo de productos agrícolas. Trabajaron duro y sin descanso, pero los beneficios de tantos sacrificios no se hicieron esperar. Pronto adquirieron nuevas propiedades, lo que les permitió tener una posición acomodada y privilegiada dentro la comunidad. La pareja produjo cuatro hijos varones, de los cuales Don Alberto era el mayor. A medida que los hijos fueron creciendo y formando sus respectivas familias, Don Anastasio León, que era como se llamaba el padre de Don Alberto, le asignaba a cada uno los bienes que le correspondería por herencia familiar, a fin de evitar disputas malintencionadas a la hora de su fallecimiento. En esta prematura repartición de bienes, a Don Alberto le tocó la hacienda Los Leones. Por ese tiempo, Don Anastasio ya había vendido la porción de tierra que compró el padre de Don Luis y que este bautizó como Los Colorados. Años después, cuando Don Luis tomó posesión de la propiedad, luego de la muerte de su padre, cambió el nombre a Las Marías, en honor a sus hijas.

No eran muy unidos los hermanos de Don Alberto, así que cuando sus padres murieron, víctimas de una tuberculosis mal curada, cada uno tomó diferente rumbo, siendo el susodicho el único que conservó su hacienda, y compró la parte de sus hermanos, continuando con la producción. Adoraba los espacios abiertos, los verdes follajes, el olor a bosta del ganado, el rumor cantarín del trapiche, los ruidos de la llanura, el cantar de las aves silvestres y la frescura de las hortalizas y verduras cultivadas en su propio suelo. Conoció a Mercedes un Viernes Santo; un día en que Don Anastasio asistió a la Iglesia con su familia para dar gracias por

la cosecha excepcionalmente buena que la tierra produjo aquel año. La vio a la entrada de la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, acompañada de su madre y otras dos hermanas, al momento en que la procesión salía para hacer su tradicional recorrido por la cuadra. Se le antojó que la muchacha poseía la misma expresión dulce y virginal que la Santísima Coromoto ostentaba en las alturas en su trono de cristal, cuando era paseada, junto al Santísimo Nazareno, por los fervorosos brazos de los feligreses, camino abajo hacia la Avenida Principal. Era un mozuelo de apenas quince años en ese entonces, a quien aún no le había comenzado a crecer el boso del bigote y que recién comenzaba sus estudios.

A partir de ese momento no faltó ni un solo domingo a la misa del Padre Restrepo. Tardó semanas en reunir el coraje para dirigirle la palabra, pero una vez que lo hubo hecho se hicieron inseparables amigos. Cinco años más tarde, el propio Padre Restrepo los casó en la misma Iglesia en que se conocieron bajo la mirada aprobatoria de sus familiares y amigos. Luego del casorio, se establecieron en la Hacienda Los Leones.

Pero no todo fue felicidad en aquella época. Pasaba el tiempo y la pareja no lograba concebir y Mercedes, con profunda tristeza, había comenzado a pensar que jamás sería madre. Sin embargo, contra todo pronóstico, al año siguiente recibieron a Leopoldo Andrés. Mercedes tuvo complicaciones de parto y estuvo casi a punto de morir, siendo su restablecimiento extremadamente penoso y doloroso. Los médicos advirtieron que otro embarazo traería fatales consecuencias para la madre, por lo que el sueño de Don Alberto de tener una familia numerosa se vio truncado por esta contingencia. Creció el niño con las comodidades de una fortuna acaudalada, amado en exceso por sus padres, que le concedían cada uno de sus deseos. Solo en uno particular fue inflexible Don Alberto, y fue en lo tocante a su educación: el niño recibiría la mejor educación que un joven pudiera recibir, y en su opinión, solo la cátedra inglesa reunía las cualidades de excelencia e ilustración requeridas para convertirlo en un caballero. Y así fue como Leopoldo Andrés terminó en Londres cursando la carrera de medicina.

Desde la ventana, corriendo por la vereda que llevaba a la casa, Doña Mercedes vio acercarse a Joseíto, con los pantalones de caqui arremangados hasta las rodillas, el sudoroso torso, brillante y aceitoso, alumbrado por el sol y los pies descalzos, gritando a viva voz:

—¡Ya llegó! ¡Ña Merce, ya llegó! El carruaje ya cruzó la mata de

aguacate —dijo desgañitándose.

A Josefa, que venía del patio con una cazuela de yuca recién sancochada en sus manos, se le agrandaron los ojos en señal de enojo al ver a su esposo en semejante facha, y le hizo muecas para que se apaciguara y dejara de formar tanto alboroto. El negro se paró en el acto bajo la mirada acusadora de su esposa, temiendo sus represalias. Ya en otras ocasiones se había metido en líos por el mismo asunto.

Don Alberto y Doña Mercedes corrieron al corredor. La ansiedad por tantos años de ausencia se veía reflejada en sus rostros. Jacinta y Josefa, curiosas por ver al muchachito que dejó la hacienda hacía años y regresaba convertido en doctor, se asomaron por la ventana de la sala, magullando las cortinas para tener mejor vista; los otros miembros de la servidumbre hicieron lo mismo desde las otras ventanas disponibles.

El carruaje se detuvo en frente de la casa, y Doña Mercedes salió, presurosa, a recibir al hijo por tanto tiempo extrañado, con los ojos bañados en lágrimas de felicidad.

Por su parte, Leopoldo Andrés, hecho un hombre de gallarda apostura, se apeó rápidamente del carruaje para recibir los vigorosos abrazos de su madre. Nunca antes había sentido Mercedes una emoción tan plena e intensa. Abrazaba a su hijo incesantemente, mientras, entre abrazo y abrazo, este le secaba las lágrimas con su pañuelo.

—¡No llore más, madre, que aquí me tiene para lo que haga falta! —y la abrigaba de besos y amapuches.

Se acercó el padre inundado por la emoción, sofocando las lágrimas ya que no era propio de hombres comportarse como mujeres, lo saludó con un apretón de mano y un fuerte abrazo, al tiempo que gritaba a uno de los negros:

—¡Juan! ¡Negro flojo! ya que estás ahí de mirón, sin hacer nada. Acércate y lleva el equipaje de Leopoldo hasta su habitación.

Y el negro flojo, que se hallaba efectivamente recostado bajo la sombra de una acacia que le cobijaba el cuerpo, mascando chimó, saltó como una pantera y fue a tener a un costado del carruaje, respondiendo:

—¡Sí, mi señor! ¡Ahoritica mismo! —y arrancando las maletas del carruaje, las colocaba en su lomo y se perdía por el quicio de la puerta.

Doña Mercedes miraba a su hijo como si no le alcanzaran los ojos para abarcarlo. Le faltaban las palabras para expresar la alegría de su corazón. Entraron a la sala, y Jacinta ya le tenía servido un

vaso de refrescante jugo de parchita, que el homenajeado no tardó en ingerir, alabando la calidad de las parchitas valencianas, y agradeciendo a Jacinta tan generoso gesto ya que, según sus propias palabras "venía muerto de sed".

La mulata bajó los ojos con timidez y aceptó la lisonja.

Largo rato estuvo conversando Leopoldo Andrés y sus padres en la amplia sala, poniéndose al día sobre diversos asuntos: sus estudios, la salud y sus planes de establecerse en Caracas para abrir un consultorio. En un momento dado, en que su madre se retiró para la cocina, Leopoldo Andrés, consideró oportuno traer a colación el tema de la querella con Dos Luis.

—Ayer noche estuve en una reunión en Caracas en la casa de Don Luis Mendoza, de Las Marías, en ocasión de presentar mis respetos al nuevo Capitán General. Estuve conversando con su hija y me enteré de la querella que tienes interpuesta en su contra. De haber sabido que ustedes no estaban en buenos términos, no se me hubiera ocurrido presentarme en su casa. Afortunadamente, no creo que Don Luis se haya enterado de mi presencia en su residencia. Me marché tan pronto las normas de la cortesía me lo permitieron.

El padre del joven cambió su expresión hacia una de enojo:

—Consideré oportuno no informarte para no perturbar tus estudios en Londres. Después de todo, no había nada que tú pudieras hacer desde allá. Ese mequetrefe no se saldrá con la suya. En vez de venir aquí a hablar conmigo, como caballeros, a principio de año presentó su acusación ante la Real Audiencia. Esto puede tardar años, sobre todo por todos los rumores de conspiración y levantamientos que existen por todos lados; los oficiales tienen asuntos más importantes que resolver antes que las querellas limítrofes. Por el momento, tengo cuadrillas armadas vigilando el riachuelo, y espero que ni se le ocurra traspasar los límites porque, entonces sí, habrá problemas.

Leopoldo Andrés se preocupó al ver la expresión de odio en los ojos de su padre.

—¿No crees que estás llevando las cosas demasiado lejos? Después de todo, ha habido un lazo de amistad entre las dos familias desde los tiempos del abuelo Anastasio.

—¡Eso debió pensarlo el viejo zorro antes de acusarme ante la Real Audiencia! ¡Ahora tendrá que atenerse a las consecuencias! —y en este punto se mostró renuente a seguir discutiendo los detalles del pleito con el hijo.

Durante todo ese tiempo en que estuvieron hablando, no dejaron Jacinta y Josefa de presentarle suculentos dulces de la cocina criolla

y servirle bebidas de parchita, pomarrosa y guanábana. Entonces, regresó Doña Mercedes para llevar a su hijo a su habitación a refrescarse y a descansar de las torturas del viaje. Cuando, finalmente, el joven pudo tenderse en su cama, se durmió pensando que el pleito con Don Luis era más grave de lo que había vaticinado.

# CAPÍTULO 4

## Encuentro en la ribera

En la hacienda Las Marías, en uno de los corredores del caserón, se desarrollaba una conflictiva escena familiar. Doña Dolores discutía con María de los Ángeles por lo que consideraba era una vestimenta inapropiada para una mujer. Su hija había decidido vestir pantalones para montar a Blancanieves, briosa potranca que su padre le había regalado la pasada Navidad, viendo las excelentes cualidades que tenía su hija como amazona; y no conforme con esta arbitrariedad pretendía cabalgar como lo hacen los llaneros, es decir, sin la silla de montar. Consideraba la moza que este implemento hacía más daño que bien a la fina piel de la yegua, y tampoco ofrecía ventaja para el jinete, a no ser lo concerniente a cuestiones de estética; y como sustento de lo antes dicho, sugirió a la madre que se ciñera ella misma, a su espalda, una silla de montar, a ver si iba a caminar con tanta tranquilidad y soltura.

—¡No seas necia, María de los Ángeles! Bien que me vería yo caminando por ahí con una silla a mis espaldas. ¿Qué pensaría la servidumbre? ¡Que me volví loca, de seguro! Pero hija —reiteraba la madre por enésima vez, con el rostro desencajado y las dos manos atajando la cintura— imagínate lo que pensarán las personas cuando te vean cabalgar así, como un hombre. Eso no está bien. Si tu padre estuviera aquí, no te lo permitiría —Don Luis había permanecido en la capital por asuntos de negocio y se presentaría en la hacienda a la mañana siguiente.

Entonces, la rebelde muchacha envalentonada por la ausencia del padre, respondía de esta manera:

—¡Pero no está, mamá! Está en Caracas y no llega hasta mañana, así que yo voy a salir así para probar mi hipótesis—dijo acomodándose los pantalones del padre— ¡Solo voy a probar a ver

si es más fácil montar de esta manera! —agregó altanera.

Dolores estaba alarmada y trató de buscar el apoyo de sus otras dos hijas, que estaban sentadas en el murillo de media pared que rodeaba el corredor, observando la escena, en actitud expectante.

—¡Déjala que vaya así, mamá! —sugirió María Prudencia, quien pensaba que su madre daba demasiada importancia a las acciones de su hermana, y que esta disfrutaba en exceso la atención recibida. En realidad, poco le importaba lo que ella hiciera ya que el único asunto que ocupaba su mente en ese momento eran los preparativos de su inminente boda.

Entonces, expresó:

—¡Cuando “María de los Desastres" se caiga del caballo y se desnuque pensará de otra manera!

María de los Ángeles le respondió con una mueca de burla. Por otro lado, María Concepción, como siempre, trató de mediar en la situación, pero conocía lo suficiente a su hermana menor como para saber que su opinión no sería escuchada. No obstante, se dijo para sí que valía la pena intentar:

—Deberías prestarle atención a lo que mamá está diciendo. ¡Es por tu propio bien! Es tu deber ser más condescendiente con ella y no darle tantas mortificaciones.

Viendo que sus palabras caían en saco roto, Doña Dolores consideró usar otra estrategia:

—Don Alberto contrató matones que merodean por el río. ¡No es bueno que una muchacha sola vague por allí!

La rebelde hija contestó:

—¡No tengas cuidado! ¡Voy preparada! —y se alzó ligeramente el pantalón para dejar a la vista las botas, y entre el cuero de la bota y el tobillo se veía la empuñadura de una pistola.

Tan pronto lo hubo hecho, se arrepintió, porque su madre alzó sus manos hacia la cabeza y sus ojos parecieron salirse de sus órbitas, en actitud de soponcio. Sus hermanas se acercaron para socorrerla y abanicarle el rostro. María de los Ángeles trató de serenarse. Tres contra uno, no era una disputa fácil de ganar. Pero, justificar sus acciones ante aquel público tan parcializado, compuesto de tres adorables verdugos, era un camino que no estaba dispuesta a transitar. Sus acciones eran sus acciones, y como tal, deberían ser respetadas. Así que, haciendo caso omiso de la petición de su madre, luego de cerciorarse de que el conato de soponcio no era tal, se marchó dejándolas con la palabra en la boca.

Se enrumbó hacia las caballerizas. La divisó el capataz cuando venía hacia él. Cordero Briceño estaba alistando un caballo para el

recorrido que hacía todas las tardes por la hacienda. Tras un parpadeo inicial de reconocimiento, el hombre se quitó el sombrero para saludar en señal de respeto, y con la sonrisa dubitativa en sus gruesos labios, espero las indicaciones de la muchacha. Llevaba años trabajando para Don Luis y estaba acostumbrado a las locuras de su hija menor.

—Cordero, buenos tardes. Por favor alísteme a Blancanieves —ordenó.

No le extrañó al capataz aquella solicitud, siendo habitual que la muchacha aprovechara para cabalgar por los alrededores cuando la familia se encontraba en la hacienda, lo que sí le extrañó fue la indumentaria que vestía, aunque se cuidó de mencionar palabra alguna al respecto. Así que, para atender prontamente el pedido, dejó el caballo que estaba acomodando en las manos de uno de sus muchachos y entró a la caballería a cumplir la orden. Al cabo de unos minutos, salió Cordero con la blanca potranca debidamente ensillada, con sus bridas y un fuete en la mano. Lo acompañaba otro de los ayudantes, quien, habiendo escuchado a la muchacha, y siendo admirador inconfeso de su belleza, salió del establo movido por la curiosidad.

—¡Retírele la silla, por favor! —precisó la muchacha.

Los ayudantes que se hallaban presentes se vieron a la cara unos a otros. Briceño, por su parte, con reticencia, rascándose la cabeza y con una expresión que denotaba duda, de pie junto a ella, no se decidía a cumplir la orden, por lo que respondió:

—Señorita, sin la silla no le será posible montar —alegó con el tono paternal de los hombres cuando las mujeres pretenden realizar tareas que están fuera de su alcance. Pero la muchacha no era mujer que se dejara dominar por las circunstancias y, haciendo uso de su autoridad, ordenó tajante:

—¡Haga lo que le digo! ¿O lo tengo que hacer yo con mis propias manos? —lo retó.

Cordero se veía muy molesto y desconcertado. Volteó el rostro hacia la casa y vio las siluetas de la señora y sus hijas, que lo observaban en la distancia. Era hombre amañado a hacer lo que le daba en gana en ausencia de los amos y dejarse regañar por una mujer en frente de los trabajadores era algo que lo sacaba de quicio. Los ayudantes se rieron disimuladamente. Entonces, al capataz no le quedó otra opción que desamarrar las correas, no sin cierta aprehensión, y sacar la silla del animal. Dos muchachos de la cuadrilla se acercaron para llevársela al lugar donde se guardaban los equipos y aparejos; entonces, Briceño se quedó a observar lo que

haría, ahora, la joven.

Esta, sin desanimarse por el creciente público que se reunía a su alrededor, hizo dos infructuosos intentos para montar al animal, resbalando en ambas tentativas. Al tercero, logró tomar el impulso suficiente para montarlo sin caerse. Tomó las bridas y se alejó galopando, como si nada.

—¡Esa endemoniada mujer! —pronunció el capataz en alta voz mientras la veía alejarse por el sendero que conducía a la plantación, mientras los ayudantes reían y hacían chanzas a su costa, ya que no era poca cosa la forma en que la amazona lo había tratado.

—¡A trabajar, pues! ¡Que pa'mañana es tarde! —ordenó molesto y los despachó a todos a sus labores.

Briceño, a pesar de la rabia que sentía por el desagradable episodio que recién acababa de ocurrir, no podía menos que admirarse por las agallas de la chica. ¡Qué no daría por tener una muchacha como ella, fuerte y obtusa, que se le plantaba a toda circunstancia, sin miedo! ¡Con una mujer así a su lado, no habría limitación alguna que no pudiera ser superada! Pero los peones como él, no estaban destinados a saborear las vides de la gloria, sino a quedarse a observar los toros detrás de la barrera; ni Don Luis consentiría jamás en la relación amorosa de un capataz con su hija, ni su hija aceptaría el amor de un capataz, rudo y tosco como él. Suspiró con resignación ante la imposibilidad de llevar a buen puerto su sueño prohibido, y volvió a la tarea que había interrumpido.

Desde la casona, la madre y sus hermanas observaron toda la escena con expresión de horror y vergüenza. Leoncia, que estaba en la cocina preparando el fogón para montar unas arepas, habiendo escuchado el alboroto, salió en el momento preciso en que María de los Ángeles pasaba por el frente de la casa y logró verla montar con pantalones y sin silla. No pudo más que reírse de la ocurrencia antes de regresar a la cocina.

La amazona, recia y segura sobre el lomo del portentoso animal, manejaba a la yegua con mucha habilidad y destreza; lo había hecho antes a la ribera del río, lejos de las miradas escrutadoras de su familia y los peones. Las blancas crines del animal las revolvía salvajemente el viento y el furor de sus patas levantaba al paso la tierra húmeda del sendero que la lluvia había aflojado la noche anterior. Torció las bridas y regresó con bríos para dar una vuelta por los alrededores de la caballeriza, dio otra a la casona y se perdió por el serpenteado camino que llevaba a la barraca de los

esclavos, quienes la vieron pasar como se mira a una aparición fantasmal y, cuando se perdió de vista, volvieron a sus tareas cotidianas, comentando, entre risas, las locuras de la hija del amo. Minutos después, la muchacha se dirigió hacia la zona en donde los jornaleros recogían las hojas de tabaco para llevarlas al área de secado: allí la vieron pasar atónitos con la cabellera suelta alborotada al viento. Finalmente, se fue por el camino que llevaba hacia el río.

Cuando llegó, no había rastros de la cuadrilla de Don Alberto por ningún lado. Seguramente sus hombres estarían almorzando en el caserío y no aparecerían hasta las tres de la tarde, tiempo suficiente para deambular a sus anchas. Se apeó y dejó vagar al exhausto animal en un trecho en que el riachuelo se apilaba para formar una laguna. Las aguas que bajaban del cerro, deslizándose por las caprichosas lajas que la naturaleza formó durante milenios, descendían con su sonido cantarín de aroma y frescura. El olor a musgo, y el de las frutas fermentadas que cayeron de los árboles, formaban ahora parte de la alfombra vegetal que se unía a la hojarasca deshojada de los sauces y cedros, impregnaba el ambiente.

Pensó en Leopoldo Andrés y se preguntó si volvería a verlo. Recordó sus ojos y su forma galante de hablar, sin darse cuenta estaba sonriendo. Entonces se dio cuenta de la facha que tenía y deseó haber escuchado a su madre y vestirse con un atuendo más atractivo y femenino. En todo caso, ya era tarde para lamentarse. Observó el río, y sintió ganas de sumergirse en las frías aguas, el ímpetu de la cabalgada la había acalorado. Así que caminó hasta la orilla y, rodilla en tierra, tanteó la temperatura del agua con las manos. Le pareció adecuada y se inclinó para tomar un poco de agua para refrescarse el rostro. Se enjugó las manos y tomando un poco más se la llevó a los labios. Luego de saciarse, dio un vistazo a los alrededores y se sintió vivificada. La naturaleza inmanente se le presentaba grande, magnífica, engrandecida, con el espíritu de vida, matriz de la creación, enarbolándose por todos lados. Se zambulló con las ropas puestas, sin pensarlo dos veces, sintió los alfilerazos del frío refrescar la carne y se abandonó al movimiento rítmico y cadencioso del río. Después de un tiempo, que no supo cuánto, salió chorreando agua por los costados, se escurrió las ropas con las manos y, haciendo una pausa, dio otra mirada alrededor, buscando un sitio para descansar. El frío la hacía tiritar. Precisó un cedro milenario cuya sombra cobijaba parte del sendero y se adentraba, con uno de sus brazos, para cobijar también parte del río. Recostó

la esbeltez de su cuerpo sobre el torcido tronco y cerró sus ojos entregándose al sopor del descanso.

Varios minutos llevaba ya recostada, cuando la voz varonil de Leopoldo Andrés la sorprendió:

—¿Quién hubiera pensado que después de tanto tiempo me iba yo a encontrar a la niña de las guayabas recostaba como una ninfa sobre un árbol? —preguntó el joven sonreído ante la desprevenida, quien al oír la voz del susodicho se había incorporado de un salto. No lo escuchó acercarse, por hallarse profundamente dormida. Intentó quitarse las ramas y hojas que estaban adheridas a su atuendo, al tiempo que alisaba el cabello con las manos, en un intento por recobrar la compostura, y respondió:

—¡Dichosos los ojos que lo miran! ¿Ha vuelto con el ánimo de volver a hundir mi cabeza en las aguas del riachuelo, o solo en son de buen vecino?

Tornó el joven a exclamar con alegría, admirando los emblemáticos ojos que lo habían hechizado en el baile de Emparan:

—¡No veo en ello proeza fácil! El tiempo nos ha igualado en estatura y en maña. Y por lo que veo —dijo, lanzándole una mirada apreciativa—, ya se ha sumergido usted lo suficiente en las conflictivas aguas.

La muchacha sonrió y viendo que Leopoldo Andrés no portaba caballo y que el trayecto a pie desde el caserío de Los Leones al riachuelo era considerable, optó por preguntar:

—¿Dónde dejó al caballo?

Y adelantándose el joven hasta estar a la distancia de dos pasos de la muchacha, replicó:

—Río abajo en el sector donde lavan la ropa las mulatas. Un mozo le está dando un merecido baño ya que las sutiles emanaciones de su lomo me hacían imposible deleitarme con los aromas del campo.

Y echando una mirada a las espumosas aguas que se arremolinaban en el centro del río, aseveró:

—¡Así que este es el famoso río, origen de la disputa entre los Mendoza y los León!

Blancanieves, que había estado pastando plácidamente por los alrededores, suponiendo a su ama ante un gran peligro debido a la presencia del desconocido, se acercó en actitud belicosa y con la mirada extraviada de los locos; por lo que la muchacha, dándole unas palmaditas en el agitado lomo, se encargó de apaciguarla.

—¡Así es! Me temo que las dos familias están enemistadas. Ni mi padre puede ver al suyo, ni el suyo puede ver al mío. Las escrituras

no son claras, he allí la causa del dilema. ¿Estará mucho tiempo en Los Leones? —preguntó al tiempo que tomaba la brida de Blancanieves y se enrumbaba a la ribera del río para pasearla, con Leopoldo Andrés acompañando sus pasos.

—¡No tanto como yo quisiera! ¡Amo a esta tierra! —dijo abarcándola con la mirada— Soy doctor y mis planes son montar un consultorio en Caracas, junto a un colega, para comenzar a ejercer mi carrera. No me importaría quedarme aquí y trabajar, hombro a hombro, con mi padre; pero él es muy testarudo a este respecto. Además, la idea de ayudar a la gente con sus dolencias, tampoco me disgusta; así que me encuentro atrapado entre mis dos grandes pasiones: la medicina y el campo. Lo bueno es que Caracas no está tan lejos de Valencia, por lo que puedo visitar la hacienda frecuentemente, y mantener así a mi madre contenta. Es ella quien más ha sufrido con mi ausencia —luego, cambiando de tema, preguntó tuteándola— ¿Y tú qué haces cuando no estás siendo una ninfa de río?

—Generalmente vago por la hacienda. Nosotras, las mujeres, no tenemos muchas opciones entre las cuáles elegir —se lamentó— Se nos pasa el tiempo entre las labores de la casa, los deberes con la iglesia y estudiando las lecciones que Don Rodríguez tenga a bien enseñarnos. Es nuestro tutor, va a la casa de lunes a viernes y se concentra en que seamos unas señoritas de bien. A veces ayudo a mi madre en los preparativos de las fiestas inútiles que frecuentemente ofrece para sus amistades. El poco tiempo libre que me queda lo dedico a la lectura, que es mi pasatiempo favorito, como usted bien sabe. Desearía haber nacido hombre para hacer lo que me viniera en gana.

Leopoldo Andrés, al observar la expresión de tristeza y resignación que manifestaba la dama, refutó:

—¿Y privar al mundo de su increíble belleza? Estoy en completo desacuerdo. Además, los hombres no somos tan libres como parecemos Siempre hay deberes y obligaciones por cumplir ¿Es por esa razón que usa pantalones?

La muchacha había olvidado por completo la indumentaria que vestía. Al percatarse del hecho, se sintió ligeramente avergonzada.

—Los pantalones los uso para tener mayor libertad al montar. Blancanieves es una yegua muy mansa, y toda esa parafernalia de los vestidos, los fondos, los armadores y los corsés definitivamente no ayudan a la hora de cabalgar.

Caminaron largo rato, recordando episodios del pasado, sin percatarse del transcurrir del tiempo. Entonces, del lado de la

hacienda Los Leones, comenzaron a verse los hombres de la cuadrilla de Don Alberto, a caballo y fuertemente armados.

Uno de ellos, pestilente y mal encarado, espoleó al caballo y cruzó el río para interrogarlos sobre su presencia en el lugar. Se detuvo a pocos pasos de ambos, asegurándose de que vieran la escopeta que traía terciada en el pecho.

—¡No pueden estar aquí! Están invadiendo propiedad privada —gritó sin reconocer al hijo de Don Alberto— Si no se retiran, deberán pagar las consecuencias.

Leopoldo Andrés se había situado al frente de María de los Ángeles en actitud protectora. Nunca antes había visto al hombre, por lo que supuso que formaba parte del grupo que se contrató para cuidar los linderos. No aprobó, no obstante, el criterio de su padre en la selección de semejantes cuatreros que más que vigilantes parecían bandidos. La muchacha rápidamente se situó a su lado, y agachándose, deslizó su mano por la bota para sacar la pistola, y en tono desafiante retó al hombre:

—¿Y cuáles consecuencias serían esas? Porque, hasta donde alcanza mi conocimiento, usted está pisando tierra de Las Marías, y Don Alberto no tiene autoridad en estas tierras.

El bandido lanzó una risotada, al tiempo que le lanzaba una mirada que resultaba molesta e impertinente, ponderaba la situación, y expresó con displicencia, dando un escupitajo a los pies de Leopoldo Andrés, las siguientes palabras:

—¿Acaso sabe usar esa arma?

La joven no se amedrentó. Hombres como aquel abundaban en Las Marías, y habitaban las caballerizas a cargo de Cordero Briceño, y se veían a las puertas de los bares cuando iban al pueblo a comprar víveres, o a la vera del camino atisbando oportunidades para robar. Desde pequeña, cuando escapaba a las barracas de los esclavos y ayudaba a las mujeres a tender las frágiles hojas de tabaco para secarlo, muchas fueron las advertencias que recibió contra estos tipos de hombres que, por su fisionomía y carácter, parecían más bien animales. Con Poncho, un peón de Don Luis que creció en la hacienda y que trataba como hermano, aprendió a usar la pistola, convencido de que, dado el carácter enérgico e impulsivo de la joven, tan propenso a inmiscuirse en situaciones indeseadas, en algún momento podría resultarle útil conocer el manejo de un arma para defenderse. Entonces, envalentonada, profirió:

—¡Ah! Me parece que quiere una prueba… ¿Dónde quiere la herida? ¿En la frente o en el pecho? —el viento zumbaba, comenzó a sentir frío y el arma temblaba entre sus manos, pero su

determinación para usarla no flaqueó.

El hombre debió juzgarla necia al sostener entre sus manos un arma que estaba mojada, intuyó que no representaba ningún peligro y los instó, de manera brusca, a abandonar el lugar. Entonces, Leopoldo Andrés experimentó el deseo de bajarlo del caballo y abofetearlo hasta borrarle la cínica sonrisa del rostro, pero tal comportamiento habría alertado a los bandidos que esperaban del otro lado del río, quienes seguramente se presentarían a defender al marginado. Optó por una solución que no pusiera en peligro a María de los Ángeles.

—Mi nombre es Leopoldo Andrés y soy el hijo de su patrón. ¡Por favor, váyase! Mi padre no querrá tener problemas con los vecinos. Esta acción podría ponerlo en desventaja en la resolución del pleito que mantiene con el dueño de Las Marías. ¿Está dispuesto usted a asumir las consecuencias si esto sucede?

El hombre pareció estudiar sus opciones unos minutos, luego, sin mediar palabra, dio media vuelta y se unió a la cuadrilla, manteniéndose del otro lado del río, sin apartar la vista de la pareja, en actitud desafiante. Entonces, el joven doctor tuvo tiempo de reprender a la muchacha. Sorprendido, giró hasta tenerla de frente. Ella había vuelto a colocar la pistola en su bota:

—¿Estás loca? ¡No deberías sacar un arma si no estás dispuesta a usarla! —exclamó incapaz de contenerse.

—¿Y quién dijo que no estaba dispuesta a usarla?

El joven no podía creer lo que María de los Ángeles decía.

—Son hombres peligrosos, sin principios ni moral. Además, te superan en número. No deberías estar sola por estos lares, sin escolta. Es demasiado peligroso para una mujer. Quizá deberíamos elegir otro sitio para encontrarnos. Por lo pronto salgo el lunes hacia Caracas, pero debes prometer que no vagarás por estos parajes sin compañía. ¿Lo prometes?

La chica estaba renuente a prometer nada, pero ante la insistencia de Leopoldo Andrés accedió de mala manera. Entonces, él, satisfecho, indagó:

—¿Podemos vernos en la Plaza Mayor? Quizá podríamos hallar un modo en que nuestras familias dejen atrás los conflictos y depongan sus diferencias.

Ella accedió.

—¿Dime, María de los Ángeles, te gustaría volver a verme? —se dirigió a ella, tuteándola y mirándola fijamente a los ojos.

El tono íntimo con que pronunció la pregunta hizo que los rubores se le subieran al rostro. Entonces, con trémula voz, ella

contestó:

—Sí, Leopoldo Andrés, ¡me gustaría mucho!

# CAPÍTULO 5

## Un evento desafortunado

La semana siguiente la pasó María de los Ángeles tratando de sacar a Leopoldo Andrés de su mente. No pudo realizar sus paseos vespertinos a la Plaza Mayor, ya que su madre tuvo una de sus frecuentes migrañas, de las que tardan días en curarse, y hubo que atenderla diligentemente, por lo que el tan anhelado encuentro con el muchacho se pospuso indefinidamente. Ni siquiera había podido avisarle del percance a Leopoldo Andrés ya que no sabía dónde ubicarlo, y le mortificaba la idea de que él pudiera tomar su ausencia como un rechazo, o falta de interés por parte de ella. Hasta mandó a Tiburcio a la Plaza Mayor, después de arrancarle el juramento de que no le mencionaría nada a nadie, con una detallada descripción del joven, para que lo ubicara y explicara su situación; pero Tiburcio, corto de vista y distraído, regresaba siempre, cansado y sudoroso, sin haberlo encontrado.

En la soledad de su habitación, con la lúgubre luz que se colaba por la ventana, tirada en su cama de roble, reino de encajes y almohadas, hizo intentos por leer su novela favorita, pero, tras las primeras líneas su atención retornaba sin remedio al agraciado rostro de Leopoldo Andrés, que la perseguía por todos los rincones de la casa, con aquellos ojos negros, negrísimos, que fulguraban como luceros en la noche. Entonces, colocaba el libro abierto sobre su pecho, y recostada, con la vista fija en el techo, revivía en su memoria los momentos compartidos con él durante la velada en honor a Don Emparan y el fugaz encuentro que tuvieron en la ribera del río. O recorría, como alma en pena, los salones de la casa, quitando el inexistente polvo de los cojines de los muebles, reacomodándolos luego, en otras posiciones, poblando el aire con largos y hondos suspiros. Leoncia, ya había notado la dejadez y el

ensimismamiento de María de los Ángeles, y sospechaba el motivo de aquel repentino enmudecimiento:

—Tú a mí no me engaña, mi niña —decía, mientras la negra en la cocina preparaba una masa para pan y observaba a María de los Ángeles, sentada en el borde de la mesa de trabajo, revolver los restos de su almuerzo.

—¡Tú etá enamoraa! ¿Quién es el afortunao? Porque si de algo estoy segura es que Don Luis no sabe nada al respecto.

La muchacha, sobresaltada, dejó en vilo lo que estaba haciendo, y respondió, muy airadamente:

—¡No seas necia, Leoncia! ¿Qué enamorada voy a estar? Si no salgo de estas cuatro paredes que me circundan. Estoy en una prisión. No puedo dejar la casa sin el consentimiento de mis padres, y mis amistades solo las veo en las fiestas que mi madre ofrece para relacionarse. A ver, según tú, ¿De quién estoy enamorada? A no ser que te refieras a Matías, nuestro sexagenario chofer, o Genaro, el enclenque repartidor de leche, que son los únicos especímenes masculinos que trato desde que tengo memoria —dijo tratando de despistar a la ingeniosa mulata.

—A eta negra tú no la puede engañá. Te he criado desde que etaba así chiquitica. ¿O es que crees que no sé que te escapas por ventana por las tardes pa ir a merodeá pal mercado o a la plaza? Siempre mando a Tiburcio a vigilate para que no ande en malos pasos.

Esta confesión por parte de Leoncia molestó mucho a la muchacha, quien se levantó de la mesa, y con las manos en la cintura y la cara colorada, le respondió:

—¿Y desde cuando tienes autorización para vigilarme? Así que ahora te crees que eres Dios: ¡omnipresente, omnisciente y omnipotente!

La negra, obviamente, no supo el significado de aquellas palabras tan aparatosas y rimbombantes, pero, por la expresión del rostro de María de los Ángeles y el tono de su voz, intuyó que se trataba de algo muy malo. Por su parte, María de los Ángeles, antes que la mulata le respondiera, se alejó de la cocina intempestivamente, chasqueando su vestido de muselina por los corredores, con una expresión colérica en el rostro, hasta llegar a su habitación, en donde se encerró dando un fuerte portazo que todos oyeron en la casa. No le gustó lo que Leoncia le había dicho, ni le agradaba que se ejerciese control alguno sobre ella. Ni siquiera su madre se tomaba esas libertades. No obstante, la negra sabía que a la niña se le pasaría el enojo rapidito y regresaría a la cocina, con

cualquier excusa, para hacer las paces.

Luego de algunos minutos, María de los Ángeles, se asomó a la puerta de su habitación y vio que Leoncia no la había seguido, lo cual le pareció extraño ya que, en similares circunstancias, la negra siempre iba detrás de ella y discutían hasta dilucidar el motivo de la pelea. En cambio, observó a María Prudencia y a María Concepción, quienes estaban en la habitación de su madre, colocando unos pañitos embebidos en agua de manzanilla en la frente de Dolores, para bajarle la fiebre. Sintió un pinchazo de remordimiento por no estar atendiendo a su madre como debiera; pero es que el asunto de Leopoldo Andrés la tenía desconcertada y de mal humor. ¿Estaría en verdad enamorada, como decía Leoncia? El nombre de Leopoldo Andrés acudía a su memoria sin cesar, como un intruso, se alojaba allí, y permanecía, tan cómodo, como si siempre hubiera vivido en sus memorias. En las noches, aparecía como un ladrón, velando sus sueños; y en el día la seguía, la acosaba, como una sombra que no la dejaba jamás. ¿Era eso el amor? ¿Esa marcada obsesión de conocer más de una persona y de compartir preciosos momentos a su lado? ¿Esa sensación de angustia que asusta y agobia? Bien podría confundirse fácilmente al amor con una enfermedad, puesto que los síntomas parecían los mismos que un catarro, o una anemia, o alguna otra patología mental mucho más severa, a decir, desgano, embobamiento, letargos, ensimismamiento, etc.

En ese momento, María de los Ángeles oyó un conjunto de voces que provenía de la sala, distinguió la de su padre y la de Don Crisóstomo, pero había otras dos que le eran desconocidas. Enseguida, movida por la curiosidad, la joven salió de su cuarto, pasó la habitación de la madre sin ser vista y, con disimulo, se trasladó hasta el estudio. Desde allí podía escuchar la conversación y enterarse de los acontecimientos que sucedían en la provincia. Buscó una silla y se sentó, cómodamente, colocando sus dos manos sobre el regazo y los pies en alto en un taburete cercano.

Don Luis vociferaba:

—¡Es una noticia terrible! ¡Trágica! ¡Atroz! Un rey benévolo y ecuánime, como es considerado Fernando VII, no puede ser capaz de actos tan indignos y aberrantes como esos. ¿Los patriotas de Quito, asesinados? Pero si habían jurado obediencia y fidelidad al Rey Fernando.

Don Crisóstomo refutaba:

—¡Ese no es el caso! El caso es que depusieron al conde Ruiz de Castilla que era la autoridad peninsular y tomaron ellos el poder.

—¿Cómo murieron? —preguntó una voz.

—¡Querrás decir cómo los asesinaron! —espetó Don Crisóstomo — porque los quiteños cuando formaron su Junta lo hicieron de manera pacífica, sin derramar una gota de sangre. Solo cuando se vieron solos, desalentados, con su causa perdida y en conocimiento de que otras provincias se estaban preparando para atacarlos, fue que, voluntariamente, decidieron capitular y le restituyeron la autoridad al Conde. La maña de esto está en que el mismo Conde les prometió perdón y olvido.

—Entonces, ¿por qué los mataron? —interrogó Don Luis.

—¡Ah!, porque una cosa es estar con el rabo entre las piernas y otra, muy diferente, estar en posesión de todas tus facultades. El muy tramposo, tan pronto recibió la ayuda de las tropas que le enviaron los virreyes de Perú y Nueva Granada, mandó a procesar a todos los que participaron en la revuelta. Claro está que los incrédulos fueron a parar a los calabozos. ¡Lo mejor de la sociedad quiteña! ¡Los más nobles y ricos! A todos se les confiscaron sus bienes.

Una negra entró a servir café y los caballeros guardaron silencio por un rato; lo cual le dio tiempo a María de los Ángeles de ir a la cocina y buscar unos bocadillos para aplacar el hambre. Cuando regresó Don Crisóstomo decía:

—El fiscal pidió la pena de muerte y las tropas realistas de Lima pidieron autorización para saquear y así lo hicieron. ¡Se comportaron como bárbaros! Dicen que Emparan está viendo conspiraciones por todos lados, pensando que pueden deponerlo en cualquier momento, y deteniendo a todo aquel que parezca sospechoso —agregó otra voz.

Don Crisóstomo se azuzó el bigote con los dedos, e informó a modo de confidencia:

—Eso es porque La Junta de Sevilla está exigiendo a los Gobernadores y Capitanes Generales de las colonias actuar con mano dura. Los alzamientos como el de Quito no son eventos aislados. Los criollos quieren gobernar sus tierras, y muchos están hablando de independencia.

—¿Mano dura? Lo de Quito fue un baño de sangre perpetuado por los realistas.

Un sentimiento de ansiedad comenzó a surgir en el corazón de Don Luis. Un alzamiento en Caracas definitivamente redundaría en una merma de la renta producida por sus negocios, siendo que sus clientes eran meramente peninsulares. Recordó las palabras de un mártir, Don Pedro Domingo Murillo, ajusticiado ese mismo día, y de las que toda la ciudad estaba comentando: << Yo muero, pero la

tea que dejo encendida, nadie la podrá apagar>>. Un escalofrío premonitorio de lo que se avecinaba comenzó a recorrer su médula espinal. Vientos de guerra, alzamientos, conspiraciones, parecía como si el dios marciano de la guerra, tras un largo período de descanso, despertara de un profundo letargo, renovado en ínfulas de sangre y muerte. ¿De cuál bando sería la sangre, pronta a derramarse? ¿De cuántas víctimas se hablarían en los anales de la historia? Los indicios estaban a la vista, el embrión de una cruenta guerra comenzaba a gestarse en el vientre de la patria. Ya no era cuestión de si ocurriría o no, era cuestión de cuándo estallaría la furia de Marte en aquellas tierras coloniales.

Los vientos de la guerra fueron borrando poco a poco el recuerdo de Leopoldo Andrés. María de los Ángeles no lo volvió a ver. Tras la enfermedad de su madre, y, seguidamente, los preparativos para el matrimonio de María Prudencia, el tiempo transcurrió rápidamente. Tampoco volvieron a Las Marías, ya que Doña Dolores, atormentada por las revueltas y las amenazas de conspiraciones, y temiendo que algún acontecimiento inesperado truncara la celebración del matrimonio de María Prudencia; quería dedicar todo su tiempo en la planeación de cada detalle de aquel enlace para que nada pudiera malograrlo.

# CAPÍTULO 6

## El matrimonio de María Prudencia

Luego de una serie de vicisitudes, llegó el tan esperado día del matrimonio eclesiástico de la señorita María Prudencia Mendoza Sanz y el coronel José Tomás Fuentes Díaz. Desde tempranas horas de la madrugada, Leoncia, Tiburcio y la servidumbre en pleno de la casa Mendoza se hallaban finiquitando los últimos detalles de la celebración. El enlace se realizaría en la Catedral de Caracas, los casaría el arzobispo José de Las Casas, a las dos de la tarde, y de allí los invitados se dirigirían hasta la residencia para el banquete.

El ajuar y el vestido, para complacencia de Doña Dolores, habían llegado de Londres. El traje tenía un corte imperial liso en la parte superior que se ensanchaba en la falda hasta terminar en un brocado de organza y tul, con incrustaciones de pedrería fina. El trabajado tocado enmarcaba el rostro de María Prudencia con singular gracia, con las transparencias de un velo de encajes que nacía en la base del tocado y bajaba en cascada por la espalda. María Prudencia era de mediana estatura y ojos fulgurantes. Su larga cabellera la llevaba siempre arrollada en un moño que sostenía con ganchillos en lo alto de la nuca. De apariencia gentil, carecía de la audacia de una mujer de convicciones; pero, detrás de esa apariencia inocua se escondía una niña malcriada por las indulgencias de unos padres demasiado generosos. Era grosera en el trato con los esclavos y la servidumbre, lo que frecuentemente hacía surgir, entre ella y María de los Ángeles, las más airadas discusiones. No eran ni las nueve de la mañana, cuando ya había peleado con todos los miembros de la casa, por detalles ridículos e insignificantes.

Se hallaba Dolores en ese momento en el cuarto de María Prudencia, muy emocionada, tratando de contener las lágrimas. Era

la última vez que su hija ocuparía aquel cuarto de soltera, que había habitado desde niña. La ayudaba con el peinado, acomodando los bucles de la frente para hacer espacio para el tocado, y, de vez en cuando, echaba una nostálgica mirada al vaporoso vestido que yacía desinflado sobre la cama. Leoncia estaba en el cuarto, limpiando y recogiendo las prendas que estaban regadas por la habitación. En un momento dado, su mirada se posó en el vestido y atinó a ver algunas arrugas en la parte baja. Su primera reacción fue acercarse para tratar de alisarlas con la mano.

—¡No toques mi vestido, Leoncia! —advirtió María Prudencia que se encontraba al otro extremo del cuarto— Con esas manotas de lavar y planchar me lo puedes malograr, negra tiznada. No se trata de cualquier vestido, es un modelo de un diseñador londinense muy prestigioso. Son brocados muy caros, ¿sabes?, pero, ¿qué vas a saber tú de eso? —dijo en forma despectiva.

Leoncia, que a través de los años había ganado, además de peso, sabiduría, no se dejaba amedrentar por las groserías de la jovencita. Tantos años al cuidado de las señoritas la habían hecho impermeable a los desplantes y a las pendejadas; además contaba con el apoyo de Don Luis, y su santa palabra era la única autoridad que la mulata respetaba en aquella casa. Así que con la excusa de que los años la hacían sorda, igual con sus manotas robustas alisó la tela, lo que hizo que la novia irrumpiera con más gritos.

—¡Basta Maripru! —gritó la madre, usando el diminutivo para nombrar a su hija. Tantos meses de trabajos y angustias le agotaron la paciencia.

—¡No es para tanto! Termina de arreglarte que voy a ver cómo van tus hermanas —y se dirigió hacia la puerta.

La novia le lanzó una mirada de odio a la mulata y, dirigiéndose a su madre, preguntó:

—¿Habrá llegado mi novio a la Iglesia? Porque no voy a pasar por la vergüenza de ser la primera en llegar.

La madre respondió:

—¡No te preocupes! Mandé a Tiburcio para que nos avise cuando José Tomás llegue.

—¿A Tiburcio? —pronunció la novia agrandando desmesuradamente sus ojos con expresión de rabia y angustia. No confiaba en el negrito. Le molestaban sus grandes ojos, su gran bocaza y sus piernas de mástil. Nunca hacía bien los mandados, y solo le hacía caso a María de los Ángeles.

— ¿No pudiste mandar a otro? Ese seguro se fue al mercado a cortejar a la negrita de los Morillo. Doña Dolores levantó la cabeza

con autoridad para aplacar los desplantes de su hija:

—¡Ya basta de impertinencias! ¡Apúrate que vamos a llegar tarde!

Y con esta simple frase, dio la vuelta y dejó la habitación. Por su parte, Leoncia, moviendo rítmicamente la mole de su cuerpo, salió parsimoniosamente de la habitación detrás de Doña Dolores, dejando a la muchacha íngrima y sola.

Dolores encontró a sus otras hijas al pie de la escalera, María Concepción vestida con un vaporoso traje vino tinto, y María de los Ángeles con uno azul añil; su madre le recriminó que no estaba usando corsé, a lo que esta replicó que se diera por satisfecha de que estuviera usando vestido, y no los pantalones que solía usar en Las Marías. Doña Mercedes no tuvo la satisfacción de valerse de la autoridad de Don Luis para hacer entrar a su hija en razón, ya que este se había adelantado a la Iglesia a esperar a la novia, como era la costumbre. Los músicos comenzaron a llegar a la casona y el personal de servicio los dirigía al patio, en donde acomodaban sus instrumentos y harían las afinaciones de última hora, mientras los invitados estuvieran en la iglesia. En la cocina la actividad era frenética y arrolladora: con los fogones encendidos, las mulatas ponían y sacaban calderos del fuego, se picaba verduras y hortalizas, se adobaba carne de cordero, conejo y faisanes importados, se picaba pan y se elaboraban ensaladas; los voluptuosos barriles de vino y licor abundaban en la bodega. A petición de María Prudencia, ninguna de las negras que servían en la casa se encargaría del servicio del banquete, solo las blancas de la servidumbre atenderían a los invitados.

Tanta discriminación exasperaba a María de los Ángeles quien, en ocasiones, con intención de mortificar y sacar a su hermana de sus cabales, bromeaba acerca de la existencia de una supuesta tía negra, perdida en el árbol genealógico de los Mendoza, que vino a la provincia encadenada en un barco africano y se emparentó, quien sabe por qué medios, con alguno de sus antepasados ancestrales.

—Más de uno se pondrá a dudar sobre tu tan cacareada pureza de origen —decía, con chanza, María de los Ángeles a su hermana— Y existe hasta la posibilidad de que alguno de tus hijos, si no todos, salga "coloradito".

Y así respondía la interpelada:

—Y tú seguirás por siempre siendo ¡María de los Desastres! Y mientes, mientes descaradamente, sobre la existencia de esa tía que solo vive en tu imaginación.

Finalmente, salió María Prudencia de su habitación rodeada de

la blancura de nieve de su vestido y se reunió con sus hermanas en la sala. Se apresuró Doña Dolores a su lado para acomodarle el velo y levantarlo, arrollándolo en su antebrazo. La felicidad irradiaba en el rostro de su madre.

—¡Buena idea, madre! —señaló María de los Ángeles— así no se ensuciará con los excrementos de los caballos.

Su hermana le respondió con un gesto de disgusto, pero no pronunció palabra.

—¿Alguna noticia de Tiburcio? —interrogó.

El negrito Tiburcio no se veía por ningún lado. La madre negó con la cabeza y expresó la conveniencia de partir en ese instante para no llegar tarde; y ante la renuencia de María Prudencia de no partir hasta saber si su esposo ya estaba en la iglesia, se plantó su madre con determinación, y le aseguró que José Tomás era un caballero, y que, como tal, ya debería estar allá. Las mujeres salieron de la casa y tomaron el coche hacia la iglesia.

Le pareció a María de los Ángeles que aquella ceremonia era tediosa y aburrida. En la fila frontal estaban sentados los padres y familiares de José Tomás, quienes habían venido de España especialmente para la ocasión; un poco más allá, en la fila lateral, los padres y familiares cercanos de María Prudencia. Las encopetadas señoras, con rebuscados sombreros y tocados, enguantadas hasta los codos, bostezaban con aparente disimulo; sus flamantes maridos sudaban copiosamente, y sacaban, de cuando en vez, delicados pañuelos de lino timbrados con sus iniciales para secarse las abundantes gotas de sudor que rodaban inmisericordes por sus semblantes. A decir de la aristocracia, era el sudar un acto asqueroso, sucio, impropio de caballeros, solo los robustos negros y los enclenques indios sufrían tan embarazoso mal, pero el calor que nada sabía de aristocracias ni distinciones sociales, haciendo uso de aquella premisa universal que es la igualdad de razas, los hacía sudar a toditos por igual. El calor era sofocante y el olor a incienso y vela quemada le producía un sopor con visos de nauseas.

Se entretuvo contando las supurantes llagas del Cristo que guindaba sobre la cruz de cedro que se alzaba en la pared frontal y que la luz, filtrada por los vitrales de las ventanas, lo tintaba de un tono terroso y aceitoso que les daba un realismo impresionante a las laceraciones de la piel. En el costado derecho, del lado de la pila bautismal, estaban las capillas de San Marcos, San Antonio, San Rafael, San Judas Tadeo y San Onofre; los alumbraban un centenar de velas que no cesaban de bailar. Un cofre de madera con incrustaciones reposaba al pie de cada imagen con una ranura en el

tope que esperaba las generosas limosnas de los feligreses. En el costado izquierdo, cerca del mueble de los cirios, estaban las capillas de la Virgen del Socorro y la de Coromoto. Trastornaba la curiosidad de la muchacha el hecho de que hubiera más capillas de santos que de vírgenes, y lo atribuyó a una discriminación celestial por parte del Arzobispado. Elucubraba en aquel momento, que lo único bueno de aquel matrimonio era que María Prudencia dejaba la residencia paterna, acabándose así los altercados constantes que se suscitaban entre ellas. El coronel y su recién adquirida esposa acordaron vivir la mitad del año en Madrid, en una residencia, regalo de bodas de los padres del novio, y la otra mitad en Caracas, en una residencia que aún no habían comprado.

Miró María de los Ángeles a su madre, sentada al lado de Don Luis. Lloraba a borbotones por la emoción producida por ver a su hija mayor convenientemente casada y por la nostalgia de saber que ya no viviría a su lado. Don Luis, en actitud de patriarca, miraba a los novios con satisfacción, contento de estar vinculado con aquella familia tan respetable y bien relacionada. <<Ahora solo me quedan dos hijas por casar>> pensaba para sí.

Hastiaba a María de los Ángeles el acento gallego del clérigo, este comenzó su letanía con su voz áspera y extranjera, pronunciaba largos y aburridos sermones y, exaltado por el fervor, hablaba disparando las palabras que salían acompañadas de un rocío de saliva que bañaba abundantemente a los incautos que habían elegido sentarse en los primeros bancos. Regañaba con excesiva fruición a los feligreses alegando su adicción hacia los pecados carnales, detallaba con exageración el fuego eterno y el rechinar de dientes de los infiernos, con tanta pasión que uno podía hasta sentir el crepitar de la carne deshojándose de los huesos. Pero donde más énfasis ponía en su alocución era en las reiteradas ausencias a las misas de domingo, recomendando por expiación la donación generosa para el auxilio de los pobres.

Terminado el martirio de la ceremonia religiosa, bajaron los novios del altar. Enseguida se acercaron los familiares y amigos para felicitarlos; unos los abrazaban, otros los besaban, todos comentaban su buenaventura, algunos con marcada hipocresía. La melodía de un órgano tocaba el Avemaría. La novia, radiante con su ramillete de crisantemos y flores de azahar, colgada del brazo de su flamante marido, florida en atenciones para todo el mundo, invitaba a la recepción.

La celebración profana del matrimonio estuvo más animada que la religiosa. Precisamente porque la carne católica, al contacto con

la música y el licor pareciera desembarazarse de las restricciones del espíritu para entregarse al desenfreno de las pasiones carnales, pasiones aquellas de las que ya había advertido oportunamente en su sermón el arzobispo de Las Casas.

Las más ilustres familias de la sociedad fueron convidadas y estuvieron presentes en el banquete. Ante este suculento despliegue de notables personalidades, Don Luis no iba a dejar pasar la oportunidad de encontrarles marido a las dos hijas que aún le quedaban solteras; así que con inquisitivos ojos se puso a estudiar entre los jóvenes galanes los que mejor se acoplaran a los prospectos que él ambicionaba para ellas. Uno de los mozos que llamó su atención fue Simón Bolívar, viudo desde hacía siete años, poseía una envidiable fortuna y provenía de una familia respetable. Se decía que había viajado por Europa y asistido a la coronación de Napoleón Bonaparte como Rey de Italia en Milán, de modales gráciles y mediana estatura, era el candidato ideal, a no mediar el pequeño inconveniente de su relación con la causa libertaria y los rumores que lo vinculaban con actividades para promulgar una emancipación criolla. Otro de los caballeros que consideró fue el hijo del Marqués del Toro; el muchacho, descendiente de una de las más ilustres familias madrileñas, parecía acumular todas las perfecciones de su raza en su atlética figura y agilidad mental. Poseía la jovialidad gallarda del español de pura cepa y el toque de distinción propio de la aristocracia. Mientras en este quehacer se hallaba, su esposa, Doña Dolores, lo andaba buscando por todos lados. Lo encontró sentado, abstraído, en uno de los sillones de la sala, con una copa de coñac en la mano, observando el trajinar de los jóvenes en el salón. Con una brusca sacudida del hombro lo trajo al mundo real.

—¡Los novios van a bailar su primer vals como esposos! —dijo— ¡Vayamos! ¡No nos lo podemos perder!

Se levantó Don Luis sin brusquedad y acompañó a su esposa hasta el salón. Los músicos tocaban una deliciosa melodía que evocaba las serenidades del mar. María Prudencia y José Tomás se hallaban en el centro y al escuchar los primeros acordes comenzaron a moverse con acoplado ritmo, mirándose a los ojos en el éxtasis de su amor. Don Luis y su esposa los observaban tiernos y compasivos. Por otro lado, María de los Ángeles, cansada de las frivolidades festivas, se ausentó de la sala y se dirigió a la cocina. La servidumbre trabajaba laboriosamente, preparando los platos del banquete, así que no le prestaron mucha atención. Tomó una silla y la arrimó hasta donde se encontraba Leoncia, cortando unos

tomates para adornar la ensalada. Esta le sonrió, blanqueándole los dientes.

—¿Qué le pasa, mi niña? ¿Por qué no etá en la sala disfrutando la fiesta tan bonita?

La joven tomó una tajada de pan que estaba en una de las bandejas que se sacarían para la cena, la untó con un poco de crema y mantequilla que Tiburcio compró en el mercado, y comenzó a mordisquearla con desgano. Siempre peleó con María Prudencia, sus caracteres antagónicos eran demasiado difíciles de conciliar; pero ahora que sabía que no se verían como antes, sentía una nostalgia que le estrujaba el corazón. La extrañaría, muy a su pesar, la extrañaría.

—Ya sabes mi negrita linda que no me siento cómoda en esas reuniones.

La mulata dejó de cortar tomates, se levantó y tomó un plato en el que arregló una buena tajada de cordero, ensalada y papas y lo puso en la mesa, frente a la muchacha para que comiera.

—Ahora es que tené que engordá porque tu papá va a empezá a buscarte marido a ti también.

La muchacha no se inmutó. Ella no se dejaría intimidar por su padre ni aceptaría a ningún pretendiente que le impusieran. No sería tan sumisa como sus hermanas.

—No, nana. No dejaré que mi padre me busque marido. Ya verás, ese me lo buscaré yo solita —dijo con una pícara sonrisa al tiempo que tomaba un trozo de carne con la mano, metiéndolo con gula en su boca, chupándose, posteriormente, los dedos uno a uno.

Leoncia sonrió. La primera vez que la tuvo en sus brazos era una criatura pequeñita que venía a este mundo con un rosado pálido coloreándole las mejillas y un cabello rubio que más que cabello parecía pelusa. Fue a los pocos minutos de nacer que la parturienta se la entregó para que la limpiara. Nació con un fuerte cebo cubriéndole el cuerpo, que los viejos llamaban "mantilla" y que, según su apreciación y decir, significaba que la bebita tendría muy buena suerte en su vida. Pero el tamaño de la pequeñita desdecía en mucho del gaño que le brotaba de la garganta, ya que gritaba y vociferaba como una condenada. Desde entonces se veían visos de lo que llegaría a ser su carácter. La mayor parte de su infancia la pasó detrás de Leoncia, la seguía a todas partes y cuando no la seguía era porque estaba correteando lagartijas por los recovecos del patio, o encaramada como un muchacho en los árboles de guayaba o mango, o cubierta de tierra al igual que los hijos de los esclavos con quienes jugaba cuando estaba fuera del alcance de la

vista de Don Luis o Doña Dolores. Su madre nunca la entendió debidamente y tampoco hizo mucho esfuerzo para hacerlo; prefería dejarla al cuidado de Leoncia por quien la niña parecía sentir un afecto muy especial. La madre sentía predilección por María Prudencia, a quien complacía en todo, y María Concepción, sumisa y afable, no le daba problemas y se adaptaba bastante bien a la vida de sociedad que tanto perseguía Dolores.

Leoncia observó a María de los Ángeles chupándose los dedos. Reconocía el fuego en su mirada. La asustaba. La aterraba, porque un fuego así podía llevarla por el camino de la felicidad o la fatalidad. Rogaba a San Benito que la vida fuera benevolente con ella, la protegiera siempre y derramara sobre ella sus eternas bendiciones.

# CAPÍTULO 7

## Más conspiraciones

Finalmente Leopoldo Andrés consiguió una casa en Caracas, lo suficientemente amplia como para recibir a sus padres cuando lo visitaran, con un buen zaguán, y cerca del centro en donde pensaba montar su consultorio. Estaba ubicada en la esquina de Carmelitas y había pertenecido a un español de Cataluña que regresaba a su patria tras haber vivido en la provincia veinte años. Cerca se encontraba también la Plaza Mayor, silente recordatorio de la fallida cita con la muchacha de enigmáticos ojos, la niña de las guayabas, que no apareció nunca. Frecuentemente se preguntaba qué habría sido de ella. Durante una semana ininterrumpida se presentó en la Plaza Mayor, esperando encontrarla. En dos oportunidades estuvo al frente de su casa para atisbarla por alguna de las ventanas, caminando hacia el mercado o hacia la iglesia, y hasta se atrevió a escribir algunas notas, pero, después de pensarlo dos veces, decidió desecharlas, considerando que si la joven no había aparecido la razón podría ser su falta de interés en cultivar una amistad con él; o, quizá, hubiera decidido avocarse a la prohibición de Don Luis y no tener contacto con ningún miembro de la familia León. Así que, aunque Leopoldo Andrés pensaba frecuentemente en la ninfa, su determinación de encontrarla se vio demorada por estas apreciaciones y por la búsqueda de una propiedad para establecer su consultorio.

—¡Es una buena adquisición la que has hecho! —aseveró Don Alberto a su hijo mientras revisaba minuciosamente la estructura de la casa recién comprada. Por su parte, Doña Mercedes, se afanaba en recorrer los cuartos, la cocina y las otras dependencias, husmeando suciedad o polillas y haciendo una lista de lo que era menester reparar o comprar para asegurar la comodidad de su hijo.

A su paso, abría puertas y ventanas para ventilar aquel encierro como de iglesia de pueblo, que según sus propias palabras se sentía en todos lados, y alejar las enfermedades con la acción cálida y bienhechora de los vivificantes rayos del sol. El zaguán, avejentado y en ruinas, exhibía las siluetas marchitas de lo que alguna vez habían sido frondosos helechos y estilizadas palmas. Para sus adentros, pensó que habría que traer trinitarias de la hacienda, rojas y amarillas que eran las mejores, para poblar aquella tierra estéril, muerta por el descuido de su anterior dueño.

—Necesitarás servidumbre —comentó la mujer después de su inspección, ya reunidos en la sala— Te puedes traer a Jacinta. Es muy juiciosa y colaboradora en los asuntos de la casa.

El interés de la doña en traer a Jacinta era porque la mulata la mantendría al tanto de los pasos de Leopoldo Andrés, ahora en la capital. Su hijo, que había estado en todo momento al lado de su padre ponderando la solidez de las vigas del techo, se acercó a su madre y rodeándola con sus brazos, le susurró al oído:

—Mamá, no voy a separar a Jacinta de su esposo. Puedo buscar algún servicio aquí mismo en Caracas.

Doña Mercedes, que no pensaba dejar a su hijo a los cuidados de una desconocida, respondió muy aireada:

—¡Pero si no estoy diciendo que los separes! También vas a necesitar la fuerza de un hombre para los trabajos pesados de la casa. Por ejemplo, cortar la maleza y deshierbar las macetas cundidas de monte y alimañas.

Don Alberto que había estado escuchando la conversación, se incorporó a ella, opinando:

—¡Pero si Juan es de lo más flojo! ¡Hay que estar con un garrote tras de él para que haga las cosas! Le vas a dar a Leopoldo un problema en lugar de una solución.

Se alistaba Doña Mercedes para responder a su marido, cuando se escucharon unos toques en la puerta de la calle. La conversación quedó interrumpida y se ausentó Leopoldo Andrés para atender el llamado. Poco tiempo después llegó en compañía de un joven de modales comedidos y un tanto desmañado en su apariencia que presentó como Juan Vicente:

—Estudiamos juntos en Londres —dijo— Él también es doctor. Buscamos un lugar donde podamos montar un consultorio.

—Y creo que hallé el indicado —replicó el visitante, después de saludar— Está muy cerca de aquí, subiendo por la esquina de Miracielos. Pertenece a un amigo de mi padre y ha dicho que estará encantado de rentárnoslo.

Leopoldo Andrés habiendo escuchado con interés las palabras de su amigo y estando ansioso por comenzar de una vez por todas sus consultas, agregó:

—Entonces, no hablemos más del asunto ni perdamos tiempo. Vamos a hablar con él inmediatamente.

Juan Vicente atajó a su amigo por el brazo cuando iba camino a la puerta y comentó:

—Será mejor que lo dejemos para mañana. La ciudad está convulsionada. El Gobernador y Capitán General Emparan descubrió otra conspiración para derrocarlo; esta vez de los mantuanos. Ha habido arrestos y confinamientos. Nuestro amigo, Bolívar y su hermano, han sido confinados a vivir fuera de Caracas. Los Montilla y los del Toro corrieron la misma suerte.

Leopoldo Andrés se entristeció. Había conocido al joven Simón en la fiesta de Emparan y días después coincidieron en la residencia de unos amigos en común, una tarde en la que el aburrimiento y el calor le hacían miserable la existencia. Asistió con la esperanza de encontrar allí a la "niña de las guayabas", pero su expectativa fue vana. En su lugar, encontró a Bolívar. Al principio hablaron de asuntos triviales; pero a medida que iban intercambiándose las ideas, surgió una simpatía mutua que los llevó a aventurarse al campo de las confidencias y se asombraron de la similitud de sus pensamientos y convicciones. Habían charlado hasta el anochecer y, al despedirse, Leopoldo Andrés se había jurado cultivar aquella amistad con Bolívar.

—Pero ¿Cuándo se fue?

—Esta misma tarde —aseguró Juan Vicente.

Don Alberto y Doña Mercedes, que nada sabían de la amistad de Leopoldo Andrés con Bolívar, manifestaron su repudio ante actos como aquel de insurrección y resolvieron marcharse al día siguiente hacia la hacienda, considerando que la situación podría tornarse violenta en la ciudad.

—Vamos, hijo. Mejor dejen lo de la visita para después. Ven con nosotros a la hacienda —dijo Doña Mercedes, quien buscaba proteger a su hijo. No le gustaba Caracas, con su aire afrancesado y pretensiones de urbe europea; y para mayor desgracia, ahora sumida en constantes conspiraciones y revueltas desestabilizadoras. Prefería Los Leones, allí se sentía segura, y tenía la secreta esperanza de que su hijo se asentara en Valencia donde todo era más tranquilo y simple.

Entonces agregó:

—Podríamos partir mañana temprano —sugirió prendándose del

brazo de Leopoldo Andrés— Y a usted, joven —dijo tornando la cabeza y dirigiéndose a Juan Vicente— le recomiendo que se vaya ahora mismo a su casa; su madre debe estar también preocupada. Le ruego me disculpe y no me lo tome como una descortesía. Ya ve —dijo estirando los brazos y mostrándole la casa desnuda de muebles y comodidades— no cuento con lo necesario para atenderlo como usted se merece.

Pero luego de pensarlo mejor, dijo:

—¡Mejor venga con nosotros y se resguarda en la hacienda también y así aprovecha de tomarse un cafecito! ¿Le gusta el café? ¿verdad?

Juan Vicente agradeció la cortesía, pero declino amablemente la invitación alegando asuntos pendientes en Caracas. Se despidió y se marchó rápidamente.

Entretanto, Don Luis, avisado por Crisóstomo sobre los últimos eventos, sentado en una confortable poltrona en la sala de su casa, comentaba con Dolores sobre lo ocurrido:

—¡Válgame Dios! Y yo que pensaba emparentar a mi hija con los Bolívar. ¡Razón tenía yo de tener mis reservas con ese muchacho! ¡Ya vez, no me equivoqué! ¡Yo nunca me equivoco! Lo han confinado a vivir fuera de Caracas —dijo desaforado.

Dolores que se hallaba sentada en la sala, bordando unos manteles de lino blanco, con María Concepción al lado realizando unos extravagantes calados, soltó el bolillo de hilo que tenía enredado entre los dedos, para persignarse al tiempo que decía:

—¡Ave María Purísima! No entiendo cómo muchachos de buena familia se ven enredados en asuntos tan feos —expresó volviendo a su actividad.

Y percatándose de la ausencia de su otra hija, preguntó el padre:

—¿Dónde está María de los Ángeles?

Dolores se encogió de hombros:

—¡No lo sé! Debe estar con Leoncia en los cuartos de la servidumbre. Esa niña no sale de allí. La verdad es que ya no sé qué decirle para que se dé su puesto. Tan pronto le doy la espalda, se marcha con las esclavas de la cocina. ¿Qué puede sacar de bueno nuestra hija de esa situación? ¡Nada! ¡Nada! Solo avergonzarnos. Luis, debemos hacer algo. Me planto en mi propuesta de casarla primero que María Concepción, a ver si su marido logra que mengüe un tanto su carácter rebelde. Si no tomamos medidas a tiempo, es probable que pronto estemos en ciernes de una tragedia ¡una tragedia! —enfatizó.

Se mantuvieron un rato en silencio, hasta que Don Luis

interrumpió para anunciar:

—El viernes viene a cenar Sebastián, el hijo del Marqués del Brume. Es un buen prospecto para María Concepción, o María de los Ángeles ¡Ya veremos!

Al punto, Dolores soltó el bordado con el que había estado trabajando en el mueble, exclamando con indignación, casi al borde del paroxismo:

—¿Y ahora es que lo vienes a comunicar? Una cena no se monta así nada más. Requiere atención al detalle y trabajo: hay que pulir la plata, planchar los manteles de lino, limpiar la cristalería, precisar el menú y comprar los insumos. Quizá hasta se haga necesario mandar a Tiburcio a La Guaira para que consiga pescados más frescos ¿Por qué me haces esto? —agregó llevándose las manos a la cabeza.

María Concepción había escuchado toda la conversación, dejó el calado, angustiada por lo que aquella cena significaba, pero su cara no expresó emoción alguna. El padre daba por sentado que ella estaría de acuerdo con sus estipulaciones, y en cierto modo, así era, ya que la muchacha jamás contrariaría los dictámenes de Don Luis, aunque estos significaran entregarse a un matrimonio en que los sentimientos eran lo último que importaba.

—¡Solo es una cena, mujer! —sentenció Don Luis en un tono tan definitivo.

Dolores parecía fuera de sí.

—¡No! Nunca es "solo una cena". Los Brume son aristócratas. Están emparentados con la realeza española. Han estado en la corte y sus modales son finísimos. Están acostumbrados a lo mejor de lo mejor. Las niñas deben tener vestidos nuevos y tenemos que embellecerlas, peinarlas al estilo europeo, para impresionar al joven. ¿Cómo si no se enamorara de alguna de ellas?

—¡Estás exagerando! Nuestras hijas tienen demasiados vestidos. Que se pongan alguno de los que trajimos de Europa el año pasado. Te aseguro que aún tienen muchos sin estrenar —dijo levantándose de la poltrona a fin de poner fin a los exabruptos de su mujer. Iría a comprar tabaco, sería la excusa perfecta para salir de casa. Se dirigió hacia la puerta al tiempo que escuchaba los gritos de su mujer, que se perdía por el pasillo rumbo a los cuartos de la servidumbre:

—¡Leoncia! ¡Leoncia! ¿Dónde te has metido, Leoncia? —fueron las últimas palabras que oyó Don Luis de Dolores.

# CAPÍTULO 8

## Aparece el perdido

Un sábado en la mañana, caminaba María de los Ángeles hacia el mercado en busca de unas fresas que le apetecieron para la merienda, aprovechando que sus padres disfrutaban la siesta matutina y que María concepción, Tiburcio y Leoncia se encontraban en la iglesia entregando unas donaciones para caridad. Le gustaba hacer aquellas pequeñas excursiones a escondidas, ya que le daban la sensación de independencia y libertad. Leoncia no reportó sus escapadas y, en cuanto a Tiburcio, se cercioraba siempre de que no la siguiera. Saludó al carnicero que se encontraba en el mostrador y siguió su ruta hasta perderse en la multitud que caminaba por la acera empedrada.

La mañana se vislumbraba fresca, una suave brisa se deslizaba arrastrando pequeñas hojas en su andar. Dio un profundo respiro y sonrió. Se sintió reconfortada. En el momento en que pensó en cruzar la acera, y su pie derecho tocó la superficie de la calle, el chirrido de un carruaje deteniéndose la alarmó. Estaba distraída y no se dio cuenta de la proximidad del vehículo. Los caballos pararon en seco y relincharon, sorprendidos por el brusco movimiento de la muchacha. Enseguida el conductor apaciguó a las bestias y el pasajero se bajó para auxiliar a la joven. María de los Ángeles ahogó un pequeño grito al percatarse que el pasajero era Leopoldo Andrés, y este, por su parte, no pudo ocultar la sorpresa y la alegría que le producía aquel inesperado encuentro:

—¡Qué sorpresa! —atinó a decir el joven doctor— ¿Te encuentras bien?

La muchacha, luego del susto inicial, sintió una emoción profunda y se ruborizó, trató de esconder su sonrojo tras una trastocada sonrisa:

—¡Estoy bien! —fue lo único que ella atinó a decir.

Leopoldo Andrés, que iba en camino a encontrarse con su colega y socio, el Dr. Juan Vicente, para afinar asuntos del consultorio, no podía creer su suerte. Se había hecho la idea de que nunca más volvería a ver a la joven de las guayabas; por eso, al encontrarla nuevamente no podía dejar de mirarla, como si se tratara de un espejismo que se desharía ante sus ojos si apartaba la vista.

—¡Disculpe mi impulsividad! No es mi intención asustarla, pero temo que, si dejo de mirarla, la perderé nuevamente por las calles de la ciudad. Estuve semanas enteras esperándola en la Plaza Mayor. Al final me convencí de que usted no estaba interesada en verme —lo dijo en tono de reproche.

María de los Ángeles se detuvo para conversar con el joven y este despachó al cochero para quedarse con ella.

—¡No es así! Una serie de eventos desafortunados se interpuso en mis deseos. Mi madre enfermó, y mis hermanas y yo nos turnamos para cuidarla. Luego vinieron los preparativos del matrimonio de mi hermana mayor, lo que evitó que pudiera presentarme en la Plaza, tal como habíamos convenido. Me temo que le debo una disculpa.

—¿Me permite acompañarla? —preguntó cortésmente, mirándola con verdadero arrobamiento.

La joven asintió, tímidamente, con la cabeza. Usualmente era comunicativa y audaz, pero ante la presencia del muchacho, se recataba y se le enmudecían las palabras.

—Me dirijo al mercado. No sé si el destino le convenga —dijo, esforzándose en reír, intentando controlar sus emociones.

—No me interesa el destino, sino la compañía —anunció el joven, instalándose un silencio incómodo, luego del breve diálogo.

Caminaron por la calle principal, luego terciaron a la derecha, y seguidamente a la izquierda. Pronto los tarantines de frutas y verduras estuvieron a la vista. No tardaron en escuchar el bullicio de los vendedores ofreciendo sus mercancías. Muchas personas iban y venían comprando frutas y hortalizas.

—¿Cómo está su padre? —preguntó, finalmente, María de los Ángeles, mientras escogía las fresas más grandes que se exhibían en un guacal en el puesto de un comerciante. Esto lo hacía lentamente, para disfrutar por más tiempo la compañía del doctor.

—Está muy bien, manejando la hacienda —contestó el otro, presuroso— ¿Y el suyo?

—¡Trabajando mucho! Últimamente casi no hemos ido a Las Marías. Extraño los días en la hacienda —expresó lanzando un

suspiro.

—Yo tampoco he ido a Valencia debido a los trabajos del consultorio; pero mis padres me visitan frecuentemente.

—¿Ya tiene consultorio? ¡Mis felicitaciones!

Salieron del mercado.

—Si me permite la escoltaré hasta su casa. La ciudad arde en ebullición y los ánimos están caldeados.

—Sí. Escuché que Emparan desarticuló otra conspiración: el batallón de milicias de los Valles de Aragua, con el coronel Marqués del Toro. Tengo entendido que esta vez se limitó a confinar a los principales cabecillas en Maracaibo, Margarita y otros puntos de la provincia.

El joven observó con detenimiento a la muchacha. No era usual que una muchacha de su edad se expresara en términos tan concretos de un evento.

—¿Y cómo sabe todo eso?

—Tengo un padre que no habla más que de política, y aunque no aprueba que nosotras, las mujeres de la familia, tengamos opinión sobre estos asuntos; por lo menos, en lo que a mí respecta, me gusta estar informada de lo que está ocurriendo a mi alrededor.

Volvieron a incorporarse a la calle principal. Se escuchaban el trote largo de los caballos y el chirriar de carretas transitando por la vía. María de los Ángeles se enderezó el sombrero en un afán por ocultar el rostro. No convenía que los vecinos la vieran en compañía de un joven, sin chaperona. Tenía fama de rebelde, más no de libertina. Llegado a un punto, la muchacha se detuvo.

—Hasta aquí puede acompañarme. Mi padre ya debe haber terminado su siesta y suele salir a caminar a esta hora para comprar tabaco. Aunque no creo que lo reconozca a usted como hijo de Don Alberto, no aprobará verme en compañía de un caballero que él no conoce. Así que despidámonos aquí, y evitemos problemas.

Leopoldo Andrés comprendió. La reputación de una joven era un valor muy preciado en la alta sociedad. Los europeos tenían una mentalidad más abierta a este respecto, pero en las provincias, todavía prevalecía el culto a la virtud y a la pureza virginal.

—¡Me gustaría seguir viéndote! —la tuteó.

—¡Mañana! ¡En la Plaza Mayor! —gritó la joven mientras corría por la acera, perdiéndose entre la multitud.

A juzgar por la sonrisa de Leopoldo Andrés la respuesta de María de los Ángeles debió satisfacer en gran medida sus expectativas.

Al día siguiente se encontraron en la Plaza Mayor y estuvieron conversando durante dos horas, hasta que comenzó a caer la noche

y María de los Ángeles tuvo que regresar a casa a toda prisa. El domingo se vieron en la Iglesia, pero no pudieron conversar porque la muchacha acudió a la misa en compañía de su familia; así que solo se comunicaron intercambiando largas y melancólicas miradas. Durante el trascurso de tres meses, la pareja se vio en diversas oportunidades; y Leopoldo Andrés comenzaba a acostumbrarse a la plática encantadora de María de los Ángeles, su caminar pausado, en ocasiones, y acelerado, la mayoría de las veces, la forma delicada de entornar los ojos cuando veía algo que la sorprendía, y a sus inusuales arrebatos en contra de los bailes y el matrimonio. En especial, le encantaba la forma de expresar sus opiniones, sin ambages ni mojigaterías. Por eso, una tarde calurosa, mientras caminaban por la Plaza Mayor, Leopoldo Andrés consideró que era el momento oportuno para expresarle formalmente sus intenciones.

—No puedo ocultar por más tiempo mis sentimientos. No hago más que pensar en ti todo el tiempo. Nada me haría más feliz que escuchar de tus propios labios que me amas con la misma intensidad con que te amo yo a ti. Dime lo que anhelo escuchar y ponle fin a este tormento.

El corazón de María de los Ángeles latía apresuradamente. Hacía días que esperaba la declaración del doctor, y ahora que la escuchaba, le producía una profunda angustia; no porque no correspondiera al sentimiento que el joven le profesara, sino en pensar en el disgusto que le produciría a Don Luis el verla ennoviada con el hijo de su enemigo.

—No es mi intención atormentarte, amor mío. No es la falta de amor lo que me entristece. Es el pensar que mi mayor felicidad le causará la mayor de las desdichas a mi padre —dijo con pesar, aunque con los ojos brillando de la emoción.

Leopoldo Andrés, detuvo sus pasos y tomándola de las manos, le habló con gran ternura:

—No debes temer. Nuestros padres entenderán tan pronto le expliquemos lo profundo de nuestro sentimiento. No habrá obstáculos que se interponga entre nosotros; nuestra unión es el motivo perfecto para dejar atrás las diferencias entre nuestras familias.

La muchacha no estaba tan convencida como Leopoldo del cambio de parecer de su padre. Todo lo contrario, vería en la situación un motivo adicional para odiar a la familia León, y así se lo hizo ver al joven. Pero el muchacho insistía tanto en ir a hablar con Don Luis que María de los Ángeles tuvo que fingir un gran disgusto y usar un gran poder de persuasión para convencerlo de lo

contrario:

—Esperemos un poco. Mi padre en estos momentos tiene muchas preocupaciones por sus negocios. Las exportaciones han menguado y teme que la inminencia de una guerra termine por afectarnos. No quiero agregar otra preocupación más a las que ya tiene.

El joven doctor aceptó, a regañadientes y por un tiempo prudencial, esperar para hablar con su padre, pero recalcó que antes del mes de diciembre lo haría, con o sin su permiso. La muchacha asintió, para las festividades faltaban unos cuantos meses; ya vería qué hacer para posponer aquel encuentro entre Leopoldo Andrés y su padre que auguraba como catastrófico.

# CAPÍTULO 9

## De Emparan es depuesto

María Concepción estaba en su habitación, sentada frente a su pequeño escritorio de caoba, con una hoja en blanco, pluma y tinta; pensaba escribirle una carta a María Prudencia a Madrid. Escribió la fecha y el saludo, y se mantuvo, un largo rato, pensativa. Deseaba hablarle de Sebastián de Brume y la idea de su padre de endilgárselo como marido a ella o a María de los Ángeles, pero no estaba segura de que a su hermana le interesara tal asunto. Además, no sabría dar mayor detalle, más que el simple enunciado de su visita, ya que el joven aún no se presentaba a cenar. A petición de Dolores, Don Luis había pospuesta la dichosa cena; ahora estaba prevista para la semana entrante, por lo que consideró más conveniente esperar para así, con mayor información, escribir una carta llena de comentarios minuciosos de la velada que incluiría la descripción del joven, su apariencia, modales, y, sin lugar a dudas, la enumeración de los berrinches de María de los Ángeles para no asistir a la cena. Resolvió entonces escribir sobre los achaques de salud de su madre, que eran copiosos y abundantes, los nuevos ovillos de lana que llegaron de Sevilla, y que tejería en alguna prenda que le mandaría en el próximo embarque que saliera para España. Reiteró lo mucho que la extrañaba y que esperaba con fruición la fecha en que regresara a Caracas. Habiendo terminado la carta, y releyéndola varias veces, sintiéndose satisfecha, la metió en un sobre y llamó a Tiburcio para que la llevara al correo. El negrito, tan pronto recibió la encomienda, salió por la puerta principal a cumplir el encargo, ya que le gustaba, tanto como a María de los Ángeles, los placeres que la calle ofrecía.

Aquel día, 19 de abril de 1810, Jueves Santo, María de los Ángeles amaneció indispuesta. Se sentó en la cama, sudorosa,

estremecida por un fuerte dolor de cabeza y fiebre. Su madre, luego de catarle la frente, y constatar la fiebre, sentenció que no debía asistir a la misa ni a la procesión de la catedral. Decretó, con su autoridad de madre, que la joven permanecería en cama hasta que el Dr. Ramos viniera a examinarla. Leoncia fue del mismo parecer. María Concepción, por su espíritu fraternal, natural en ella, quiso quedarse con su hermana, pero ni Don Luis ni Dolores lo permitieron.

Su padre dijo:

—Allí estarán nuestros amigos y conocidos. ¿Qué pensarán si nos presentamos nosotros solos? que no tenemos interés por los asuntos de la iglesia? ¿que no inculcamos el temor a Dios a nuestras hijas? ¡Sería un irrespeto total a nuestros principios y creencias! ¡De ninguna manera puedes quedarte! ¡Irás con nosotros!

Y ante tan irrefutable exposición de ideas, a María Concepción no le quedó otro camino que acompañar a sus padres a la misa de la catedral.

Entretanto, Leoncia se quedó cuidando a la muchacha con esmero. Entró a su habitación con un tarro de limonada caliente y se lo hizo beber. Seguidamente le untó el pecho con una poción mentolada:

—No hay náa como un buen limón para alejá las pestes y un buen frotao con mentol —y continuó su masaje vigoroso.

María de los Ángeles no estaba convencida de la efectividad de los remedios de la negra, pero, con tal de aliviarse pronto, probaría lo que fuera. A las diez de la mañana se presentó el doctor Ramos, la examinó minuciosamente, le revisó la cavidad bucal y le palpó los ganglios del cuello. Después de pensar unos segundos, dictaminó que se trataba de un resfriado común, que pasaría de tres a cuatro días. Recomendó dar a la enferma mucho líquido y asegurarle un buen descanso. Cuando se retiró, Leoncia regresó al cuarto:

—Mira pue, tanto estudiá el dotor para da un diagnóstico que hasta yo podía da —manifestó sarcásticamente.

María de los Ángeles se dispuso a descansar y cerró los ojos, cayendo en su sueño profundo. Por esos días no vería a Leopoldo Andrés por encontrarse en Los Leones con sus padres.

Doña Dolores, tan pronto llegó a la catedral se arrepintió de haber ido. Ya había pasado la misa y una multitud se agolpaba en la plaza, esperando por la procesión. El calor era insoportable, pero el fervoroso espíritu de los devotos los hacía aguantar el martirio con estoica resignación. Algunas damas se refrescaban aleteando sus elaborados abanicos importados de España, alejando el cálido aire

que las martirizaba, y bebiendo jugo de caña de azúcar expedido por vendedores ambulantes. Los indigentes aprovechaban también aquella contingencia para exacerbar la lástima de los feligreses y mendigar la consabida limosna que las almas compasivas daban generosamente exaltados por el espíritu dadivoso de la cuaresma.

Don Luis se alejó de su esposa e hija para conversar con unos delegados del Ayuntamiento. Doña Dolores y María Concepción esperaban por la procesión a las puertas de la catedral, que no terminaba de salir, y las consumía la impaciencia.

Entonces, ocurrió un hecho inesperado. Se asomó Don Emparan al balcón de la casa capitular, con una expresión desencajada en el rostro, y preguntó a la multitud allí agolpada:

—¿Están ustedes contentos con mi mando?

La multitud, desconcertada, no supo qué contestar, pero Madariaga, un conocido clérigo chileno, salió detrás de Emparan y mientras él dirigía su pregunta, el cura hacía señas con los dedos a sus espaldas. Aquellos delegados que estaban mezclados con el pueblo comenzaron a gritar:

—¡No lo queremos! ¡No lo queremos! ¡No lo queremos! —a este clamor, se unió también la voz del pueblo, no por convicción, sino por puro espíritu de imitación.

Doña Dolores no sabía lo que estaba ocurriendo y, tomando a María Prudencia por el brazo, empezó a buscar a su marido porque no le gustó lo que estaba escuchando.

—¿Dónde se habrá metido Luis? —caminaba por la plaza, confundiéndose entre la gente.

Entonces, Emparan, amedrentado por el bochorno del rechazo, contestó despectivamente:

—¡Pues yo tampoco quiero mando! —volvió la espalda y se retiró del balcón.

María Prudencia divisó a su padre hablando acaloradamente con los delegados a las puertas del Ayuntamiento. Querían entrar, pero la guardia no se los permitía. Se acercaron hasta él y lo llamaron.

—Luis, ¿qué está pasando? —preguntó Dolores asustada.

Su esposo se apartó de los delegados y caminó con su esposa e hija hasta quedar bajo la sombra de un gran árbol que señoreaba la plaza.

—¡Han depuesto a Don Emparan! ¡Qué calamidad!

—Pero, ¿Cómo es eso posible? —preguntó Dolores, viendo con horror a la muchedumbre que comentaba lo ocurrido y comenzaba a desalojar la plaza. Algunos, alegres, y otros, en desacuerdo. El sentimiento de fidelidad hacia Fernando VII estaba muy arraigado

en el ánimo de los provincianos. María Prudencia estaba paralizada del miedo y solo deseaba volver a la casa.

—¡Debemos marcharnos! No sabemos lo que pueda ocurrir en estos momentos. Debo hablar con algunos amigos a ver cómo esta situación afectará nuestros negocios ¡Regresemos a casa! —dijo Don Luis, y salieron en busca de su carruaje y se alejaron prontamente del lugar.

Aquel día los patriotas asentaron las palabras de Emparan como una renuncia voluntaria en el acta de cierre de sesión de la asamblea extraordinaria. Gracias a la voluntad férrea y al verbo encendido de Madariaga, aupando en principio los débiles esfuerzos de los revolucionarios, se llegó a desconocer la autoridad de la Regencia y a declarar a las provincias de Venezuela con plenos derechos naturales y políticos para establecer gobiernos en nombre de Fernando VII.

# CAPÍTULO 10

## Los primeros días de la República

El viaje de Valencia hacia Caracas fue muy accidentado. Caía la lluvia por raudales enlodando los caminos, haciéndolos casi intransitables; los recios caballos avanzaban con dificultad y les costaba trabajo galopar por aquella superficie tan lisa y resbaladiza. El chofer y su ayudante se mostraban cautelosos, sabían que aquellos caminos intrincados eran aprovechados por bandidos para cometer sus felonías. La neblina dejaba poco campo para la visibilidad. En eso, un contratiempo, la carreta se detuvo:

—Doctor —dijo el chofer dirigiéndose a su pasajero— debemos hacer un alto para reparar una rueda partida —y habiendo dicho esto, se apeó de su asiento y ayudó al joven a salir del carruaje, quien se situó a la vera y observó la rueda siniestrada para tasar el daño. Leopoldo Andrés notó que tanto el chofer como su ayudante se mostraban nerviosos, y no dejaban de mirar hacia la maleza y a un recodo del camino, que terciaba en una curva cerrada que hacía imposible mirar quién venía en esa dirección. Las escopetas las ubicaron a sus pies, cuestión de tenerlas a mano de presentarse algún percance. Al notar su inquietud, el susodicho comentó:

—¿Son estos parajes peligrosos?

Los hombres se miraron entre sí, con ese lenguaje silencioso que usan las personas que permanecen juntas demasiado tiempo. Hacía frío y el viento no dejaba de soplar:

—¡Sí! No más la semana pasada unos facinerosos asaltaron a un comerciante que se dirigía a Caracas por este mismo rumbo, con un cargamento importante de café. Se dice que se detuvo a orinar. El cuerpo del desdichado se encontró amarrado a un tronco, le habían arrancado los ojos y la lengua. El asesinato se atribuyó a la cuadrilla de Carlos Gil, un joven mantuano de mal vivir que opera en la zona.

Pero ni siquiera la guardia se atreve a aventurarse por estos parajes para aprehenderlos; así que la banda actúa impunemente y a sus anchas.

Con semejante exposición de los hechos, Leopoldo Andrés, aunque estaba fatigado, alertó los sentidos para atisbar los alrededores en busca de merodeadores. Se sentó en un montículo de piedras para tener mejor visión. Mientras, el chofer y su ayudante desamarraron la rueda de repuesto, que viajaba en la parte trasera, y sacaron toda la parafernalia que les permitiría realizar el cambio sin demora. Trabajaban con rapidez. Leopoldo Andrés ofreció su ayuda, pero los hombres declinaron amablemente, profesando que estaban acostumbrados a esos percances y que pronto reanudarían el camino. La lluvia arreció.

—¡Tenemos que apurarnos! —gritó el ayudante cuya voz se confundía con los sonidos de la tormenta— Pronto anochecerá y a nadie le gusta andar a oscuras por estos caminos, amén de que no quisiera terminar como el comerciante siniestrado.

Todos asintieron. Tan pronto la rueda estuvo reparada, los tres hombres la abordaron y reanudaron su marcha con premura. No hubo otros inconvenientes.

Llegaron a Caracas con el corazón en vilo, había anochecido y la luna ya asomaba tras un cúmulo de grisáceas nubes. Leopoldo Andrés abrió la puerta de su casa con el cansancio reflejado en el rostro. Lanzó la maleta con sus enseres personales a un lado de la puerta Apareció Sultán a lamerle las botas, ladrando y moviendo su cola con alegría. Se tomó unos minutos para acariciarle el lomo. Luego el perro se calmó y fue a tirarse al rincón de siempre, sobre un pedazo de felpa que le servía de cama. Entonces, el joven buscó un taburete para sentarse y se sacó de un tirón las incomodas botas. Se disponía a sacarse el chalecón cuando sintió unos pasos que se detuvieron detrás de la puerta de la calle, y los nudillos de una mano que tocaba insistentemente. Leopoldo Andrés estaba perplejo.

Serían como las doce de la noche, hora inoportuna para visitas. Se situó detrás de la puerta, y, con cautela, preguntó con voz grave:

—¿Quién anda allí?

Una voz conocida le contestó:

—Soy yo, Juan Vicente. ¡Abre, por lo que más quieras! ¡Me estoy muriendo de frío!

Extrañado, destrabó la aldaba, giró el picaporte y dejó pasar al amigo que tiritaba. Sultán, estirando sus largas patas, se levantó de su rincón, se fue a olfatear los zapatos del desconocido, y debió parecerle poco interesante porque inmediatamente volvió a su

lugar.

—¡Disculpa la intromisión, amigo mío! Pero he estado viniendo a tu casa a todas horas durante el día, y me cansé de tocar sin que nadie me respondiera. Solo me ladraba Sultán respondiendo a mi llamado —dijo e hizo una pausa para tomar un respiro.

Mientras tanto Leopoldo Andrés lo convidó a sentarse cerca de la chimenea, mientras colocaba algunos troncos y procedía a encenderla. A la claridad de las llamas, Juan Vicente siguió hablando:

—Cuando vi que la carreta pasaba por mi casa, supe que venías en ella. Y siendo que los acontecimientos que ocurrieron hoy en la catedral, y posteriormente en el Ayuntamiento, son demasiado importantes para ignorarlos, me aventuré a venir para ponerte al día.

El joven doctor estaba intrigado. Se preguntaba qué podría ser tan importante para que su amigo se internara en la lluvia, vagase solo por las solitarias calles y se expusiera a pescar una tuberculosis solo por el simple hecho de hablarle ¿Qué era ese asunto tan importante que no podía esperar hasta mañana? Su amigo pronto despejó la incógnita:

—¡Han depuesto a De Emparan! Ahora el destino de la provincia está en nuestras propias manos —dijo sin poder disimular la emoción.

Leopoldo Andrés quedó mudo por un instante.

—¿Cómo ha sido eso posible? —murmuró, al tiempo que se levantaba del sillón, y con pasos vacilantes iba hacia el gabinete en donde guardaba los vinos y el licor, y sacaba una botella de brandy. Le sirvió una copa a Juan Vicente, luego, se sirvió una para sí mismo.

Entonces Juan Vicente pasó a contarle todos los detalles de la trama que armaron los criollos para quedarse con el poder. Aquella noche su amigo durmió en la habitación que usaban sus padres cuando venían a visitarlo, pero él no pudo pegar los ojos. Su cabeza era un torbellino de ideas y emociones. España no se quedaría de brazos cruzados ante el derrocamiento de Emparan. Era el Goliat que esperaría en las sombras para derrotar a David. Los patriotas tenían una tarea titánica por delante: asegurarse el respaldo de las otras provincias para no tener el mismo destino de los patriotas de Quito, formar una junta de gobierno, un ejército, una constitución. Seguramente regresarían los venezolanos que estaban confinados o en el exilio, Bolívar, Del Toro, Montilla. Solo si lograban una unidad nacional podrían tener éxito en la creación de la nueva república.

Cuando amaneció ya había decidido presentarse en el Ayuntamiento a ofrecer sus servicios, considerándolo su deber como ciudadano y patriota. Pensó en María de los Ángeles y en lo mucho que cambiaría su relación por esta circunstancia. Sabía que semejante empresa requeriría la mayor parte de su tiempo y no sabía si la muchacha estaría dispuesta a aguantar las presiones del caso. Vendrían tiempos duros y esperaba encontrar la forma de conciliar su amor por la muchacha con su amor por la patria: los dos grandes amores que estarían en pugna de ahora en adelante.

En la tarde de ese mismo día, se encontraba María de los Ángeles conversando con María Concepción en el comedor, cuando entró Tiburcio y, con un halo de misterio, se quedó mirándolas fijamente, sin atreverse a interrumpir la conversación de las hermanas. Fue María de los Ángeles, quien, al verlo, lo instó a acercarse. Lo conocía demasiado bien como para saber que deseaba comunicarle algo.

—Y entonces, Tiburcio, ¿vas a soltarlo o no?

El negrito le mostró la corona de perlas que eran sus dientes, al reír. Y, con actitud pícara respondió:

—Es una carta que tengo pa usted —y se la entregó.

María Concepción la dejó sola para que la leyera, pensando que se trataba de una carta de María Prudencia; aunque le causó extrañeza que sus hermanas se escribieran, considerando que, mientras vivieron bajo el mismo techo, peleaban tanto como los perros con los gatos. Lo que ella ignoraba era que se trataba de una nota de Leopoldo Andrés, a quien el negrito encontró en la Plaza Mayor y de quien recibió el encargo de entregar la carta en las propias manos de la destinataria. La muchacha abrió el sobre y procedió a leer el contenido. Le pedía que se vieran a las cuatro de la tarde en la Plaza Mayor. María de los Ángeles no lo dudó un instante. Sus padres no estaban en la casa, se habían marchado para ver una obra de teatro que se estaba estrenando en el Teatro Coliseo, su tutor salió temprano alegando compromisos personales y María Concepción recién se había retirado a su habitación a descansar, mientras Leoncia se ocupaba en la cocina de los preparativos de la cena. Así que, sin que nadie detuviera sus pasos, salió de la casa con sigilo.

Leopoldo Andrés divisó a María de los Ángeles bajando de un carruaje en la Plaza Mayor. Dos mozalbetes, que se encontraban cepillando sus caballos, la piropearon galantemente. Se acercó el novio y tomándola de la mano, le plasmó un suave beso en el dorso. Comenzaron a caminar bajo la sombra de los frondosos árboles que

poblaban la plaza. El rostro de Leopoldo denotaba gravedad; por el contrario, el de la muchacha denotaba una alegría incontrolable tras cinco días de ausencia.

—¡Dios! Me pareció una eternidad ¡cinco días! ¡Cómo te extrañé! —vociferaba la muchacha, quien no dejó de notar la expresión sombría del rostro de su novio. Por un instante creyó que ya no la amaba y que aquella premura en encontrarse se debía al hecho de que el mozo deseaba terminar aquella relación tan descabellada. Entonces, ella también frunció el ceño y esperó lo que el muchacho tuviera que decir.

Por su parte, Leopoldo Andrés trataba de encontrar las palabras para expresar las emociones que lo atormentaron durante toda la noche. Lejos de su pensamiento la idea de hacer sufrir a la joven, pero las circunstancias cambiaron y él deseaba vehementemente hacerle ver que, aunque la amaba con todo su corazón, un compromiso de honor con su patria reclamaba también su tiempo y sus recursos. Comenzó hablando de la renuncia de Emparan. La muchacha ya estaba enterada del asunto por las conversaciones, espiadas, de Don Luis con sus amigos. Entonces, el novio pasó a resaltar la importancia de las diligencias que debían hacerse para establecer una república y lo frágil que era la estabilidad de los patriotas si no lograban el apoyo de las otras colonias de la América.

—¡Te amo más allá de mis fuerzas! —expresó con honda emoción— pero ayudar a consolidar la nueva forma de gobierno, y tener un país libre es una cuestión de honor y el mejor regalo que podría hacerle a nuestros hijos: ¡Un país libre!

María de los Ángeles suspiró y se aferró más al brazo del doctor. El sol comenzaba a ocultarse y la plaza se veía menos poblada.

—¡Por un momento pensé que habías encontrado otro amor y te estabas despidiendo de mí! —expresó con cierto desconcierto.

—¡Absolutamente incierto! Nadie se compara contigo. Eres la mujer de mis sueños y no albergo dudas de mis sentimientos hacia ti. Pero debes estar consciente de que dispondremos de poco tiempo para vernos y que habrá días en que ni siquiera podremos hacerlo. Tendré que viajar mucho y hasta es probable que me una al ejército y tenga que ir al frente de batalla. Habrá días de incertidumbre y me odiaré por hacerte pasar por eso. Lo que se nos viene encima no es tarea fácil, amor mío. Deseo dejarte libre para que encuentres el amor en otros brazos, pero al mismo tiempo me hierve la sangre al pensar que otro pueda tenerte.

La muchacha, al escuchar lo referente al ejército y el frente de

batalla, se dio cuenta de que estaban en la antesala de una guerra. Su tutor, la hacía leer mucho al respecto, pero de guerras lejanas, del pasado, que se habían realizado en suelo extranjero. La misma España no estaba exenta de aquel fantasma, de aquella guerra que libraba contra Francia. Sabía de la crueldad del género humano, la exaltación del odio hacia el enemigo, las pérdidas humanas de padres, hijos y hermanos; pero estar a punto de experimentarla era una cuestión que enervaba los nervios.

—Ni siquiera pienses que he de sustituirte por otro, ni en mil años. Te apoyaré en todo lo que haga falta y te esperaré por siempre, si así tiene que ser. Haremos valer el tiempo que tengamos juntos, y lloraremos y nos extrañaremos en la distancia, cuando no lo estemos. Las tierras de Las Marías, La Española, Los Leones, la misma tierra que tenemos bajo los pies, nos pertenece; y si hay que defenderla de la dominación española; pues que así sea.

—¡Todo por la patria! —dijo Leopoldo Andrés, abrazándola tiernamente.

—¡Todo por la patria! —sentenció María de los Ángeles.

# CAPÍTULO 11

## Primeras medidas de los patriotas

En los últimos meses la sala de la familia Mendoza se había convertido en un lugar de reunión frecuente para los amigos de Don Luis, en donde se juntaban para comentar lo que estaba sucediendo en las provincias. La situación era delicada, por lo que evitaban reunirse en sitios públicos. Doña Dolores entró a la habitación para supervisar a la esclava que servía el café, y ante tan nutrido público, no pudo evitar la tentación de intervenir en la conversación:

—¡Válgame Dios, Don Crisóstomo! ¿Ahora qué vamos a hacer con esos facinerosos en el poder? —interrogaba Dolores con una expresión de angustia en el rostro, quien no estuvo muy de acuerdo con la destitución de Emparan— ¿Qué saben los patriotas de manejar un gobierno?

La mirada encendida y la expresión sombría del rostro de su esposo le hicieron darse cuenta, aunque demasiado tarde, que estaba interrumpiendo una conversación de caballeros en la que no le correspondía opinar, así que, presurosa, retirando las tazas de café que habían estado degustando hacía unos minutos, tan silenciosamente como pudo, se perdió por el corredor hacia la cocina.

Tras la maciza puerta de roble de la sala, María de los Ángeles, escondida, aupada por la curiosidad propia de la juventud, no perdía detalle de la conversación de su padre con sus amigos. Entre la eterna y tediosa monotonía de la existencia doméstica y el transcurrir ocioso de los minutos en aquella inmensidad de casa, el fisgonear tras una puerta era una osada aventura por la que bien valía la pena pagar un castigo. Una inconformidad, temible y atroz, iba creciendo día a día en su interior. ¿Acaso la mujer debía mantenerse ajena a los asuntos de la política o el comercio? ¿Era lícito el trato que concedía su padre a su madre por el pecado de emitir una opinión? ¿No tenían ellas, acaso, derecho a las mismas

condiciones que tenían los hombres? ¿Por qué condenarlas, entonces, a una larga vida de hastío y aburrimiento dentro de las cuatro paredes de una casa? Consideraba que en el mundo de "afuera" debía haber mucho más que calados, bordados y zurcidos. Naturalmente, a una muchacha de su condición no se le permitía infiltrarse en los asuntos mundanos del quehacer nacional; pero la joven usaba toda su astucia para colarse de vez en cuando, tan sigilosamente como un jaguar a la vista de una presa, en aquel exclusivo mundo dominado por hombres. Afortunadamente, Leopoldo Andrés creía en la igualdad de géneros y respetaba, y hasta solicitaba, su opinión en muchos tópicos; y aun cuando no la solicitara, igual ella se encargaba de dársela.

—¿Y cómo van los negocios, amigo mío? —preguntó Don Crisóstomo a Don Luis, mientras tamborileaba sus dedos a la orilla de la mesa.

El interpelado lanzó un fuerte suspiro, mezcla de alivio y esperanza, al tiempo que respondía:

—Por los momentos van bien. Contrario a lo que yo pensaba, la recién instalada Junta ha tomado medidas que resultan favorables para los negocios. Declararon el comercio libre con todas las naciones del mundo. Han levantado el derecho de alcabala de la importación y exportación; y hay algunos artículos de primera necesidad que hasta están libres de los derechos de importación. Inglaterra fue la más privilegiada con un descuento del 25 por ciento de los impuestos comerciales. Ahora, mi estimado compatriota, tenemos una Junta para fomentar la economía.

Don Crisóstomo emitió un pequeño silbido demostrativo de su sorpresa. Consideraba que los alcances de la revolución serían efímeros y banales, y así se lo expresó a los presentes. Otro señor agregó:

—Contrario a lo que ustedes piensan, creo que las cosas pueden tornarse violentas muy pronto. ¿Te percataste del edicto que dictaron donde suprimen el comercio de negros en la provincia? Para muchos esta es una medida impopular, ese negocio es muy lucrativo. Les aconsejo que sean cautelosos porque, aunque las circunstancias nos favorezcan en el presente, la situación puede cambiar muy pronto.

El resplandor de la luz se colaba por una de las ventanas, indicando que el sol estaba por ocultarse y pronto anochecería. Don Luis asintió al tiempo que expresaba:

—Por lo menos nos quedan los esclavos que ya tenemos. Aunque se diera la orden de liberarlos, ¿a dónde irían? No poseen recursos,

ni educación, ni bienes. No creo que su situación cambie mucho, aunque hayan decretado su liberación. Igual tendrán que permanecer con sus amos que son los que los sostienen. El hábito, amigos míos, es un yugo mucho más fuerte que un grillete de hierro atado al pie. Esa gente está muy acostumbrada a recibir órdenes y me atrevería hasta a decir que no saben ni cómo pensar. ¡Ni siquiera sabrían qué hacer con su libertad!

Muy acertada lucía la declaración de Don Luis ante los ojos de sus amigos, siendo que la revolución fue impulsada por la clase alta e ilustrada del país, quedando rezagadas las clases bajas, los negros y los indios, cuyas condiciones seguían más o menos igual a la de los tiempos coloniales. Pronto se vería que para que la República se asentara de una vez por todas, haría falta la participación de todos.

Don Crisóstomo sacó un cigarro del bolsillo de su chaqueta, les ofreció uno a los demás, y encendió la lumbre al tiempo que daba una profunda bocanada. Luego, dijo:

—Puede que tengas razón, pero hay que estar pendiente de los acontecimientos. Por los momentos, la Junta Patriótica está enviando emisarios a Coro, Barinas, Maracaibo, Barcelona, Margarita, Cumaná y Guayana, convidándolos a que se unan a la causa. Mediante misiva, también, se han dirigido a los ayuntamientos de las colonias de América, explicándoles las razones de su conducta e invitándolas a unirse al movimiento revolucionario. Una comisión saldrá para Inglaterra en unos días para solicitar el reconocimiento de la recién creada República y su protección en caso de una eventual invasión por parte de los españoles. Irá el joven coronel Simón Bolívar, Luis López Méndez y Andrés Bello, pero no creo que logren mucho. Los ingleses no son tontos y no se meterán en camisa de once varas. Si no existe algún interés económico o estratégico que los impela a tomar esta acción, se mantendrán al margen. Mucho más ahora que están necesitando la ayuda de España para enfrentarse al enemigo común, Francia. ¡Te acordarás de mis palabras, cuando regrese la Comisión con el rabo entre las piernas!

Don Luis, a través del humo blanco del cigarro, preocupado, agregó:

—Falta esperar la reacción de España a todo esto. Por muy mermada que esté su economía por efecto de la guerra con Francia, no está destruida. No va a soltar, así por así, el control de las colonias, así estén éstas gobernadas a nombre de Fernando VII. Y las provincias, ¿Se han adherido a la causa revolucionaria? No he tenido noticias al respecto.

La lumbre del cigarrillo se avivó por la bocanada:

—¡Hay resistencia! Algunos no creen en los patriotas. Se dice que el ejército español hará uso de las armas para someterlos; pero te digo, el ejército de los patriotas deja mucho que desear, está compuesto de vándalos y simpatizantes, sin ningún entrenamiento ni experiencia militar. Habrá que ver cómo les va en los campos de batalla.

Don Luis acompañó su cigarrillo con una copa dorada de brandy.

—¡Soplan vientos de guerra! —y exaltando su espíritu de comerciante, agregó:

—Quizá sería muy buen negocio la compra de fusiles y material bélico. Tanto los patriotas como los realistas están en necesidad de ellos.

Don Crisóstomo concordó con la opinión de Don Luis, pero lo previno:

—No te arriesgues amigo mío, los patriotas no tienen recursos para pagar material bélico. He oído que les va muy mal con las finanzas.

Y cambiando de tema, preguntó:

—A propósito, ¿Cómo va el pleito de linderos de Las Marías?

Don Luis soltó la copa sobre la mesa y refunfuñó como si le hubiesen recordado un asunto muy desagradable:

—¡Sin avances, amigo mío! —dijo descorazonado el interpelado — Ahora con los revolucionarios en el gobierno, quién sabe para cuándo se resolverá este asunto. Disolvieron la Real Audiencia y ahora tenemos un Tribunal Superior de Justicia, que parece más bien un "Tribunal Superior de Injusticias". Así que, como verás, en estos momentos el tribunal tiene asuntos más serios que tratar que mi pequeña disputa territorial —agregó desencantado.

Mientras tanto, en la sala contigua, María Concepción sorprendía a María de los Ángeles en una posición comprometedora: arrodillada en cuclillas, con el oído pegado a la puerta, con el vestido arremolinado a los pies, mostrando las enaguas.

—¿Qué haces, por el amor de Dios? —interrogó en tono reprobatorio.

María de los Ángeles y María Concepción compartían una misteriosa afinidad, a pesar del antagonismo de sus caracteres. La una, fuego y pasión; la otra, calma y cordura.

Contestó sin inmutarse ni mostrar remordimiento alguno:

—Me informo de lo que está pasando en el mundo exterior. Hay

mucho de lo que no sabemos y como nadie nos dice nada… —exclamó efusivamente, levantándose del piso y acomodándose las ropas.

María Concepción la tomó por el brazo y la alejó de la puerta, previendo que su madre, o algún miembro de la servidumbre, la sorprendieran en tan funesta situación. Cruzaron el florido zaguán y la cocina, siguieron hacia el patio de lavado que quedada detrás de la casa, más allá de donde dormía el personal de servicio, y en donde podrían hablar sin interrupción.

—¡Debes dejar de hacer esas cosas! Un día de estos, papá se dará cuenta y te castigará severamente. Lo que ocurre allá afuera no es de nuestra incumbencia.

Pero María de los Ángeles era de otro parecer, y así se lo hizo entender:

—¡Claro que es de nuestra incumbencia! Lo que sucede afuera nos afecta a todos; y en cuanto al castigo, ¿Qué mayor castigo que estar enclaustrada en estas cuatro paredes? ¡Créeme, hermana mía, no hay nada peor que eso! —dijo en tono quejumbroso y convincente.

Luego, entrando en cuenta de que su hermana había sido predestinada a ser la esposa de un célebre abogado, Don Mario Pinzón, que ahora formaba parte de la Junta Suprema de Caracas, en vista de que el hijo del Marqués del Toro y Sebastián de Brume habían sido descartados por estar involucrado en supuestas actividades conspirativas, dijo:

—¿Y ya has visto al novio?

María Concepción negó con la cabeza con una expresión de resignación en su rostro. Era tímida y comedida con sus emociones. Si Don Luis no le hubiera endilgado un novio, bien podría haber llevado una existencia larga y plena como hija de Dios, enclaustrada en algún convento católico de los que abundaban en la ciudad de Mérida. La devoción religiosa de la muchacha asustaba, a veces, a sus hermanas; podía pasar horas y horas, arrodillada sobre una incómoda esterilla, ante la imagen alumbrada de la Virgen del Socoro, recitando interminables Padrenuestros e incansables Avemarías, sin que se le secara la garganta, sintiera sed o se le arrugara el rostro. Para dialogar con María Concepción, si el interlocutor era un desconocido, era menester hacer gala de paciencia e ingenio.

Ante la interrogación de su hermana, contestó:

—Viene esta noche a cenar y a formalizar la petición de mano —exclamó de una forma desganada que desgarraba el corazón.

Como si se estuviera refiriendo a otra persona y no a ella.

Luego agregó:

—Creo que una vez lo vi en una reunión que hizo papá en casa la navidad pasada, cuando María Prudencia pidió por regalo de pascuas aquel piano tan estrambótico que no usó nunca; pero no estoy segura.

María de los Ángeles la atosigó a preguntas:

—¿Es joven? ¿Es buenmozo? ¿Dónde vive? ¿Te gusta? —preguntó con la curiosidad propia de las jóvenes, recostándose con cuidado de la batea, donde la blanca espuma del jabón flotaba sobre la ropa en remojo, esperando la mano de Eufemia que no debía tardar en llegar para completar la tarea de enjuagarla y tenderla, antes que desaparecieran, de la inmensidad del cielo, los vigorosos rayos del sol. María Concepción esquivó hábilmente la mirada de su hermana, escondiendo la incertidumbre que sentía en el alma, pero que no se atrevía a expresar, al tiempo que respondía:

—Papá comentó que es viudo, pero no tuvo hijos. Algunas canas le circundan el rostro, es atlético y tiene buena estatura. Está bien acomodado y posee una abundante fortuna.

—En otras palabras, ¡es un viejo! —contestó la otra, plantándose frente a ella y haciendo que la mirara directo a los ojos. Esperaba poder transmitir a su desvalida hermana un poco del fuego que ardía en su interior, la instó a la rebeldía:

—¿Sabes que puedes negarte, verdad? Papá no puede obligarte a casarte con un hombre que no quieres. El matrimonio significa estar atada a una persona por el resto de tu vida, a darle hijos y a cuidar su casa y sus asuntos. ¿Estás dispuesta a pasar por todo eso al lado de una persona que no conoces?

María Concepción, haciendo acopio de una seguridad que no sentía, se defendió:

—Pero lo voy a conocer; para eso son los meses de cortejo, ¿no? El matrimonio se celebrará el año que viene, según papá lo estipule.

Tomó las manos de la hermana y la acunó entre las suyas:

—Te conozco María Concepción, si papá lo exige, tú no te vas a negar. ¿Tienes idea de lo que significa tener intimidad con un hombre? —se atrevió a preguntar.

Los rubores de la mojigata muchacha le subieron al rostro y bajó la mirada en señal de timidez. No miraba a María de los Ángeles, cuando preguntó, en tono de confidencia:

—¿Tú sí sabes? ¿Cómo lo sabes? ¿Te contó mi madre?

Los ojos le brillaron y ufanada en lo que sabía contestó:

—¡Claro que sé! No porque me lo haya dicho mi madre ya que,

en esta casa y en la sociedad terrible en que vivimos, te lo dicen en la noche de bodas cuando ya no tienes tiempo para huir. Me lo dijeron las negras de Las Marías. Ellas no son tan remilgosas como las damas de sociedad en ese aspecto. Así es cómo se hacen los niños —y acercándose al oído de María Concepción le narró en susurros lo que realmente se hacía en la noche de bodas.

María Concepción se quedó mirándola de hito en hito un minuto, al tiempo que, sorprendida y contrariada, estallaba en enojo:

—¡No lo creo! ¡No puede ser! No creo que caballeros respetables hagan eso, María de los Ángeles. Seguro las negras te engañaron y tú caíste en la saña como una boba.

María de los Ángeles la miró con aires de suficiencia:

—Aquí la única boba eres tú, si te niegas a creerlo. ¡Así se hace! Lo hacen todos, los negros, los indios, los mulatos y los caballeros respetables como tu Mario Pinzón. Y si no nos hemos enterado antes de esto, es porque hay una especie de conspiración silenciosa entre las familias para mantenernos, castas y vírgenes hasta el matrimonio. Claro, como esto se hace a puerta cerrada, jamás hemos podido presenciar semejante acto y nos mantenemos en la más profunda de las ignorancias.

—¡Dios nos libre de presenciarlo! —dijo persignándose María Concepción, quien ya había empezado a entender que su hermana no bromeaba.

María de los Ángeles, viendo la cara de aflicción de su hermana, y con la compasión ablandándole el corazón, quiso lisonjear la herida infligida:

—¡Pero no te apures, hermana! —dijo colocando sus brazos alrededor de sus hombros, conciliadora— Aparentemente, después de la primera noche, no es tan malo. Las negras bromeaban mucho acerca de ello. Y, pensándolo bien, si existen tantas personas en el mundo, significa que el trabajo de hacerlas no es tan malo, ¿no lo crees?

Luego, dándole un beso en la mejilla, concluyó:

—Lo que digo es que deberías de casarte por amor, no por conveniencia de papá.

María Concepción asintió tímidamente. Entonces, María de los Ángeles, luego de meditarlo muy bien, concluyó:

—Tengo fuertes sospechas de que nuestro padre quiere estar bien con Dios y con el Diablo. A María Prudencia la casó con un español peninsular y a ti pretende casarte con un republicano. Así de presentarse una guerra, tendría aliados en ambos bandos.

Las dos muchachas rieron de la ocurrencia.

# CAPÍTULO 12

## Una huida

Hacía un mes que María de los Ángeles no sabía nada de Leopoldo Andrés, quien partió en una asignación del Ayuntamiento a la ciudad de Coro. Vagaba melancólica por la casa, sin que le apeteciera realizar ninguna tarea. Ni siquiera la lectura, su pasatiempo favorito, la sacaba del ensimismamiento que le producía la ausencia del novio. Pasaba noches en vela, no probaba bocado y había palidecido. Leoncia no sabía qué hacer. Trataba de reanimarla contándole anécdotas de su juventud, pero ni así lograba levantarle el ánimo a la joven. La negra imaginaba el motivo de semejante desgano, pero sus esfuerzos para sacarle a la muchacha la identidad del joven que provocaba tal desánimo terminaban siempre en discusiones, en la que María de los Ángeles negaba siempre que existiera algún hombre en su vida. Entonces, un día, Don Luis anunció que viajarían a Las Marías. Solo así se vio una chispa de alegría en el bello rostro de la joven. Leoncia se alegró porque un cambio de aires y sol le sentaría muy bien. La servidumbre comenzó a preparar todo para salir ese mismo día.

Leopoldo Andrés llegó a Los Leones el viernes por la tarde. Venía de Coro y decidió quedarse unos días en la hacienda antes de partir a Caracas. Deseaba como nunca ver a María de los Ángeles, pero su madre había enfermado y se hacía necesario evaluar sus dolencias. Estando en la hacienda ocurrió un hecho que alteró las actividades cotidianas del caserío: un negro había huido y Don Alberto estaba furioso.

El negro Toño era un hombre alto, robusto, musculoso en demasía y de carácter huraño y violento. Era uno de los tantos esclavos de la hacienda Los Leones. Siendo su fuerza hercúlea una de sus mayores fortalezas, se llamaba siempre que fuera menester la

utilización de fuerza bruta para la realización de algún trabajo. El capataz, Pancho Ferrer, hombre servil, acucioso y malhablado, no le quitaba el ojo de encima. No confiaba en él. Desde el primer momento que llegó a Los Leones, dos meses atrás, lo consideró como un negro vagabundo, pretencioso y desobediente, que no se acostumbraría nunca a su condición de esclavo y que en cualquier momento mostraría la verdadera naturaleza de su carácter. Le temían en las barracas. Corto de palabras y arrojado en audacia, jamás se tomó el tiempo de establecer relación alguna con los otros esclavos. Despreciaba tanto a blancos como a negros. Actuaba como si estuviera de paso, y en realidad así lo consideraba él mismo. Cuando tocaba laborar en lejanos linderos, el capataz no le perdía el rastro, le colocaba dos guardas y jamás le daba la espalda.

—Altanero el negro ese, ¿no? —comentó una vez el ayudante de Ferrer, abanicándose con un sombrero de cogollo bajo la prolija sombra de un araguaney y lanzando un escupitajo al piso, mientras vigilaba a los negros que abrían profundos e hirientes surcos en la tierra, preparándola para la siembra. El mismo árbol cobijaba también a Ferrer.

—¡Así es! —contestó el capataz— pero más templados que ese han pasado por mis manos y los he dejado más mansitos que cordero de iglesia —alardeaba el mozo.

El implacable sol señoreaba en lo alto de los cerros, el monte alto se desgajaba por la profunda herida que propinaba el machete. Los negros trabajaban al aire libre, refrescándose apenas con la tenue brisa que se colaba ocasionalmente por los espesos matorrales. Era un día caliente, como si se hubieran abierto las pailas del infierno, como si se ensañara la tierra bajo la mutilación que se le estaba infligiendo. Un copioso sudor embarraba los torsos desnudos de los esclavos que con picos y palas desgarraban las entrañas fértiles de aquellas tierras carabobeñas.

Llegó la tarde y con ella el tiempo de finalización de la jornada. Los esclavos recogieron los implementos de trabajo bajo la mirada acuciosa del capataz y sus ayudantes. Luego del conteo y agrupados en fila tomaron la trocha de vuelta.

Regresaron a las barracas, hediondos, sudorosos y cubiertos con la tierra amarilla del camino. Unos corrieron a acunarse en las ruñidas hamacas que colgaban entre dos estacas apostadas en las afueras del rústico albergue, para unos minutos de sueño antes de la comida; otros se lanzaron a la superficie terrosa y marginal, a jugar, con la poca energía que les quedaba, con los niños desnudos que dejaron atrás antes de partir al trabajo, dormidos con sus mulatas,

en horas de la madrugada; los más se iban a las pipetas a sacar con tobo el agua verdosa y babosa que se recogió en tiempos de lluvia, para un apresurado baño.

En muchas oportunidades, Ferrer había compartido su juicio, sobre el negro Toño, con Don Alberto, pero este, en su condición de amo y señor, desdeñando la opinión de su capataz, le había recomendado el uso del látigo como único instrumento para hacer entrar en razón a los esclavos problemáticos: <A los negros hay que tratarlos con disciplina férrea> decía.

Sin embargo, Pancho no había seguido aquella drástica recomendación, no por nobleza de sentimientos o espíritu, sino que, considerando la robustez del cuerpo del mulato y su espíritu recio, arrogante y altanero, tenía la certeza de que, al primer golpe del cuero, este se levantaría en contra y no dudaría en arrebatarle el látigo para devolverle el castigo. Así que, ante los remedos del negro, el capataz se hacía la vista gorda.

Pero aquella mañana llegó un nuevo día de trabajo, y el amo requirió la presencia del negro.

—¡FERRER! —gritó Don Alberto saliendo, recién bañado, de la casa— ¿Dónde está Toño? Lo necesito para cambiar la rueda de la carreta.

Ferrer, quien se hallaba en el corredor de la casa principal a la espera de las instrucciones del amo para las tareas del día, degustando un aromático café en taza de peltre, que minutos antes le había servido Jacinta, observó que la carreta estaba enclenca en un lado del camino, con la rueda rota en dos mitades; y se apresuró a atender el requerimiento.

Enseguida respondió:

—¡Ya lo llamo, patrón! —y corrió a buscar un caballo para ir hacia las barracas de los negros. El trayecto le llevó pocos minutos y pronto estuvo ante la endeble estructura de palos y barro que cobijaba a los esclavos. Como era usual a esa hora de la mañana, afuera, una esbelta mulata, que portaba una colorida pañoleta que le cubría el ensortijado cabello, pilaba maíz para las arepas del desayuno, tres infantes desnudos corrían alrededor del pilón levantando polvo y alegrando el ambiente con sus risas. Dos negros de mediana edad, con el torso desnudo, estaban echados sobre unas esterillas de palma junto a la puerta, con los ojos cerrados en actitud de descanso. Al divisar al capataz, se incorporaron de inmediato y saludaron:

—¡Buenos días, Don Ferrer! —contestó uno.

—¡Buenos días! —contestó el otro bajando ligeramente la cabeza

en señal de respeto. El capataz se apeó del caballo rápidamente y le largó las bridas a otro de los negros que estaba sacando agua de un barril, al tiempo que exigía:

—¡Busquen a Toño! ¿Dónde diablos se ha metido? El amo lo busca ¡Que salga pronto!

El olor a sudor y excremento, alborotado por los primeros rayos de sol, le hizo arrugar la cara y, tapándose la nariz, gritaba llamando a Toño desde afuera.

Los negros, que minutos antes había estado echados en la esterilla, se pusieron sus camisas. Estaban nerviosos y asustados, mirándose entre sí como escondiendo un secreto.

Ferrer captó su intercambio de miradas, así que, ciñéndose bien los pantalones, acomodando el cinturón, los confrontó sin ambages:

—¿Dónde está el negro Toño? —preguntó con aire severo y autoritario.

Los hombres, trémulos de miedo, al ver la resolución de su voz y ojos, y la autoridad que emanaba de sus labios, no tuvieron otro remedio que responder a la pregunta:

—¡Se fue, capataz! ¡Desde anoche no lo vemos! —dijeron al unísono.

Instintivamente, Ferrer agarró un palo que estaba tirado en el suelo y, dirigiéndose a los negros, lo levantó en el aire y los amenazó con furia:

—¿Y ahora es que vienen a decirlo? ¿Cómo es eso de que se fue? ¿Por qué no fueron a la casa a avisarle al amo o a mi persona de lo ocurrido? Si sabían de su fuga y no informaron nada, entonces, eso los convierte en cómplices del hecho.

Los ojos de los interpelados se agrandaron de miedo. Temían los azotes del capataz, tan frecuentes por cualquier cosa, e irrumpieron en una serie de excusas relatando lo que había sucedido:

—No lo vimos a la hora de la comida y pensamos que estaba con alguna de las negras en los matorrales. Eso es lo que suele suceder cuando un negro se pierde; pero a eso de las doce, cuando no apareció, comenzamos a sospechar. Buscamos su plato y su pocillo, vimos que no estaban, entonces fue cuando supimos que se había marchado de verdad, verdad. Las últimas semanas había estado hablando de enlistarse en el ejército para matar blancos.

El otro negro lo secundó:

—¡Es verdad! Y si no fuimos en ese momento a avisarle fue porque estaba muy oscuro y por el camino de la ceiba sale una aparición. Ya nos estábamos acomodando para ir a avisarle ahoritica mismo, patrón.

El capataz intervino, descargando un golpe en la cabeza de uno de ellos:

—¿Acomodándose para avisarme? ¿O para seguir durmiendo en la esterilla? Porque eso fue lo que yo vi cuando llegué.

Los negros bajaron la mirada y aguantaron la reprimenda en silencio. El capataz sabía que debía dar parte del asunto al amo inmediatamente, pero retrasaba el momento a sabiendas del disgusto que el hecho le causaría. Entonces, comenzó a dar órdenes para preparar una cuadrilla de captura para el negro fugitivo.

—Llamen a Juan, José y Eladio, que se preparen y busquen las escopetas en la casa del amo. Que Antonito vaya a las haciendas vecinas y avisen de la huida de Toño. Digan que se ofrece una recompensa.

De vuelta al caserón, le comunicó la desagradable noticia a Don Alberto, quien todavía se hallaba en el patio del frente, haciéndole una inspección a la destartalada carreta. Se puso furioso por el escape del esclavo y responsabilizó a Ferrer por no hacer bien su trabajo.

—Y el negro viene a escaparse precisamente hoy que tengo a Leopoldo Andrés en la casa —se lamentaba el padre.

Al rato, habiéndose esparcido la noticia, comenzaron a aparecer en la hacienda amigos de las fincas vecinas que formaron cuadrillas para seguir el rastro del esclavo.

Se repartieron en diferentes direcciones. Una de ellas, la que llevaba al río, la lideraba Pancho Ferrer y Don Alberto.

—¡Iremos por la ribera! —repitió Don Alberto— el muy tunante necesita agua. Es fuerte y resabiado y no se aventurará por terrenos conocidos, así que tengan los ojos bien abiertos y los oídos bien atentos —recomendó a los cabalgantes.

Los otros tres hombres que formaban la cuadrilla de Don Alberto se terciaron la escopeta a la espalda y enrumbaron sus caballos hacia el río, azuzando las espuelas y el fuete. Todo el día recorrieron las zonas aledañas de la hacienda, pero les llegó la noche y aun no tenían pistas de los rastros del negro. Se había desvanecido, como si se lo hubiera tragado la noche, por lo que Don Alberto comenzó a pensar que había recibido alguna clase de ayuda. Cerca de las doce de la noche, se reunieron las cuadrillas nuevamente al frente de la casa del amo. Los hombres, carcomidos por el cansancio y con los cuerpos cubiertos del polvo amarillo del camino, reflejaban el agotamiento de la búsqueda. Don Alberto les dirigió unas palabras:

—Ya no podemos seguir, necesitamos descanso. Mañana nos

reuniremos aquí cuando levante el alba. Cada hora que pasa disminuyen nuestras oportunidades de encontrarlo. Les aseguro que el negro Toño no descansará esta noche, pero va a pie y nosotros a caballo, así que eso nos coloca en posición de ventaja. Los veo mañana.

El grupo se dispersó enseguida y los rancheros se dirigieron a sus respectivas casas. Don Alberto entró a la suya para reunirse con su hijo quien se encontraba recibiendo los cuidados amorosos de su madre. Lo encontró en la sala, sentado en una silla de cuero de vaca traída de Apure, degustando una infusión de naranja y canela. Al ver a su padre, el joven se levantó y corrió a abrazarlo.

—Perdona mi facha —se disculpó Don Alberto cuya vestimenta y botas habían estado destilando polvo desde la entrada hasta la sala— Estábamos en la busca del esclavo fugitivo.

Leopoldo Andrés levantó su mirada.

—Sí, me enteré ¿Quién ha sido? —interrogó con curiosidad, volviendo a tomar su puesto en la silla.

—El negro Toño. No lo conoces. Lo compré hace dos meses a precio de gallina flaca. Ya me habían advertido sus antiguos amos de sus continuos intentos de escape y su desobediencia, pero, poniendo en conocimiento del capataz estas consideraciones, pensé que tomaría las medidas necesarias para evitarlo. Debió haberlo encadenado hasta quebrantar su voluntad. ¡Así es cómo se hace!

El joven, que desaprobaba enormemente las condiciones en que los amos trataban a los esclavos, alarmado, refutó:

—Padre, no hable así. Los esclavos también son seres humanos y el mejor regalo que podría hacerles sería darles su libertad.

Don Alberto detectando un ligero tono de reproche en las palabras de su hijo, entonces, aclaró:

—Si así lo hiciéramos, hijo mío, ¿Quién trabajaría las tierras? ¿De dónde hubiéramos sacado para pagar tu educación y gastos? Créeme los esclavos son necesarios para el progreso de la nación; son la mano de obra trabajadora. Además, no debes inquietarte por Toño, ese negro dejó la hacienda para unirse al ejército. Los patriotas están ofreciendo la libertad de los esclavos a cambio de diez años de servicio. Ya verás cómo habrá una desbandada de esclavos enlistándose y cuando ya no haya mano de obra para trabajar las tierras, ya veremos cómo hará ese mismo ejército para alimentar a sus soldados. Entonces, nos devolverán a los esclavos, ya verás.

—Sus ideas son muy radicales, padre. En esta guerra, hará falta el concurso de todos, negros, blancos, indios, criollos y hasta

españoles, si es necesario. Son tiempos de sacrificio y sangre; y ese es uno de los motivos por los que decidí pasar unos días con usted, aquí, antes de partir hacia Caracas. Les traigo una propuesta que espero tenga acogida en su corazón: tengo la firme convicción de que estarán más protegidos conmigo, en Caracas, que aquí en la hacienda. Caracas estará más resguardada que cualquier otra provincia. Los realistas están en Maracaibo y Coro. ¡Demasiado cerca de Valencia, papá! ¡Creo que debes considerar el bienestar de mamá y el tuyo!

Don Alberto creció en aquellas laderas, formó su familia, cosechó las tierras y tenía ganado, con lo cual sacaba muy buen dinero. Lo que le pedía su hijo le pareció descabellado.

—¡Nadie me sacará de mis tierras! —profirió Don Alberto, porfiado.

—¿Ni siquiera una guerra?

—¡Ni siquiera! —enfatizó el viejo.

El hijo, conociendo a su padre, esperaba aquella respuesta. No lo tomó por sorpresa. Su padre era un campesino de corazón. Toda su vida la había vivido en el campo, en la ciudad se sentía molesto y agobiado. A Leopoldo Andrés no le quedó otro remedio que aconsejarlo:

—Entonces, prepárese papá. Almacene alimentos, velas, armas y municiones. Muchas de esas cosas van a escasear. ¡No quiero que sufran ni les falte nada!

—¡No debes preocuparte por nosotros! ¡Estaremos bien! —y dio por terminada la conversación.

Doña Mercedes se había retirado a la cocina y dio instrucciones a Jacinta para ultimar los detalles de la cena. Minutos después, entró la mulata al comedor colocando los cubiertos sobre la amplia mesa de roble y encendió las velas del candelabro para tener mayor iluminación. Entonces, tanto Don Alberto como Leopoldo Andrés, expresaron satisfacción porque los martirizaba el hambre, se dirigieron al comedor y tomaron asiento. Don Alberto se situó en la cabecera, con Doña Mercedes a su derecha y su hijo a la izquierda. Cenaron en silencio, el padre sondeando en su cabeza los peligros de la guerra, la madre imaginando nuevos platillos para complacer a su hijo y Leopoldo Andrés pensaba en la niña de las guayabas.

Esa misma noche María de los Ángeles y una fornida mulata de diecinueve años, de vivarachos ojos y angulosos pómulos llamada Macuto, se adentraron en la espesura negrísima del bosque, alumbrada apenas por el cacho de una plateada luna que se asomaba en la cumbre escoltada por un puñado de diminutas

estrellas. Desde las diez de la noche habían esperado, agazapadas en la cocina, a que la servidumbre y los padres de María de los Ángeles se retiraran a sus aposentos. Eran las doce cuando finalmente se decidieron a atravesar el zaguán con sigilosos pasos y se aventuraron hasta la gruesa puerta de cedro de la entrada, único obstáculo que se interponía entre Macuto y su libertad. La mulata huiría con su enamorado, el negro Toño hacia Barlovento. El sendero sombreado por los brazos oscuros de los árboles ofrecía una visión macabra y siniestra a los ojos de María de los Ángeles, quien caminaba con la esclava por aquellos tortuosos parajes a sabiendas del peligro que corrían. Una brisa fresca, para aquella noche de noviembre, les azotaba incesantemente el rostro, pero era el azote del miedo a ser descubiertas lo que ocupaba sus mentes con mayor tenacidad. Recordaba María de los Ángeles que cuando Macuto llegó a Las Marías, captaron sus ojos la expresión de infinita melancolía que reflejaba el rostro de la mulata, que fue asignada a las labores propias de la cocina. Siendo que María de los Ángeles pasaba mucho tiempo en compañía de Leoncia, pronto oyó la triste historia de Macuto, historia que refirió rodeada de trastos y budares mientras deshojaba unas cebollas para el sancocho de los esclavos, bañada en lágrimas, una mañana en que el resto de la servidumbre se hallaba ocupada en los preparativos de la visita del novio de María Concepción a la hacienda. Nació siendo esclava en una hacienda de San Mateo; allí ayudaba a la nana en el cuidado de los niños del hacendado José Portofino. La monotonía de su vida se vio sacudida cuando llegó a la plantación de café un negro prieto, alzado y altanero, de cabeza redonda y mirar inquieto. Lo pusieron a trabajar la tierra de inmediato. Macuto lo veía a diario, cuando le llevaba a los jornaleros la ración de arepa de maíz y café del desayuno.

—¡El amor lo complica todo! —sentenció Leoncia, sacudiendo la cabeza, haciendo énfasis en la frase de doble sentido para que María de los Ángeles entendiera que se estaba refiriendo a ella también. La susodicha no se dio por aludida. Macuto, entonces, continuó su relato:

—No es muy dócil mi negro Toño y esto le valía constantes azotes y castigos —decía tornando los ojos hacia el techo.

—Don Portofino malgastó su fortuna en malos negocios, bebida y mujeres. Y claro, cuando necesitó dinero comenzó a vender todo. El primero que vendieron fue a mi negro desobediente y un mes más tarde me vendieron a mí.

Una gruesa lágrima corrió por el ébano de sus mejillas al

finalizar su relato.

—¿Y no sabes dónde está ahora? —preguntó María de los Ángeles conmovida.

Entonces, los ojos de Macuto se iluminaron como dos luceros:

—Está en la hacienda Los Leones, señorita. El domingo pasado encontré a una de las esclavas de allá en el mercado, también ella era esclava de Don Portofino, y también como yo fue vendida para pagar deudas, y me dijo que mi negro trabajaba allí.

Puesta al tanto de las desgracias de aquel interrumpido idilio que emulaba en fatalidad y desencanto al relato shakespeariano de Romeo y Julieta, contado por los gruesos labios de la propia Macuto, y exaltada por el romanticismo de los amores universales, María de los Ángeles urdió un plan para ayudar y facilitar los medios para la huida de la joven pareja. Llamado Tiburcio a las maquinaciones del escape que se estaba urdiendo en la cocina, se instruyó para que contactara al negro Toño en Los Leones y lo pusiera en cuenta del plan. Toño, el fornido mulato, avisado de las audacias del arreglo, aupado por los bríos de la eminente libertad y el prometido encuentro con Macuto, comenzó a esparcir el rumor en la barraca de que se uniría al ejército, esto con la intención de despistar al capataz y al amo de Los Leones, para que cuando se supiera de su huida lo buscaran en los cuarteles y no en los caminos, lo que le daría tiempo para llegar a su destino.

El suave aleteo de un ave en lo alto de un árbol hizo que a las mujeres se les congelara la sangre y la respiración, pero al darse cuenta del motivo del ruido, siguieron su curso corriendo como almas en pena, alejándose del caserío. A la mitad del sendero, cerca de una ceiba en ruinas y un guayabal, lugar convenido por las partes para el encuentro, esperaba el negro Toño, carcomido de angustia y ansiedad, escondido entre la espesa maleza, escuchando los sonidos de la noche: el croar de las ranas del río, el cantar retumbante de los grillos, el sigiloso paso de los animales rastreros junto al aleteo de los seres voladores nocturnos. ¿Y si lo descubrían antes de que pudiera escaparse? ¿Y si Macuto no venía? ¿Y si los agarraban a los dos? Esta vez, el amo no sería tan benevolente, por lo menos cien azotes le darían por seguro. Le dolían las rodillas, ancladas a la tierra, por la incómoda posición y el picoteo incesante de los mosquitos que lo atormentaban mucho más que sus propios pensamientos.

Escuchó, de pronto, unos pasos presurosos. Alzó ligeramente la cabeza para tener visión del camino, sin delatar su presencia. Vio a las jóvenes acercarse y, finalmente, salió de su escondite. Él y

Macuto se estrecharon en un fuerte y ansioso abrazo como solo los que aman verdaderamente saben darse. María de los Ángeles, interrumpiendo sus muestras de afecto, alertó:

—¡Vamos! ¡Rápido! ¡Dejen los amapuches para después! No hay tiempo que perder. Vayan al río. Allí dejé un caballo ensillado y una mula atados a una ceiba. En una bolsa hay algunas monedas y todo lo necesario para que lleguen a Barlovento pronto. También tienen una carta membretada de mi padre autorizándoles a desplazarse hasta Barlovento, pero úsenla solo en caso de extrema urgencia.

María de los Ángeles notó la angustia en sus rostros:

—¿Su padre hizo eso por nosotros? —preguntó ingenuamente la mulata.

Con gran satisfacción y compartiendo la pequeña travesura que la hacía cómplice de aquella arriesgada aventura, respondió con una sonrisa:

—¡No! Fui yo quien robó su papelería y falsificó su firma. ¡Váyanse ya! ¡No deben perder tiempo!

Macuto se desembarazó de los brazos del novio y tornó los ojos anegados de lágrimas hacia la muchacha y, henchida de agradecimiento, la abrazó al tiempo que decía:

—¡Dios la bendiga! ¡Déjenos acompañarla de vuelta a la casa! ¡Está muy oscuro!

La otra se rehusó, contestando con resolución:

—¡No! ¡Iré sola! Ustedes partan ya. El tiempo es su enemigo. Cabalguen de noche. No se detengan —y dándoles un fuerte abrazo a cada uno, tornó a correr por el camino, de vuelta a la casa. Lo último que vieron los esclavos fue la larga cabellera de la joven balanceándose a sus espaldas, internándose en la densa oscuridad del bosque.

De vuelta a la tranquilidad de las cuatro paredes de su cuarto, la joven, exhausta, se dejó caer en sobre las delicadas sábanas de su cama. Por la ventana el brazo florecido de un naranjo la saludaba ofreciéndole su cítrico y singular aroma. La cortina ondeaba, acariciada por los embates del viento, y el reflejo de la luna coloreaba extrañamente los objetos de la habitación. La tarea estaba hecha, solo Leoncia y Tiburcio conocían el secreto y en ellos tenía absoluta confianza. La mullida almohada de encajes recibió su cabeza que bullía en un mar de pensamientos. ¿Qué pensaría Leopoldo Andrés de su participación en la huida de uno de los esclavos de su hacienda? ¿Lograrían llegar a Barlovento? ¿Qué pasaría si su padre descubría que fue ella quien robó una de sus hojas membretadas, y no conforme con esto, falsificó su firma para

librar a un esclavo? ¿Y del robo del caballo y la mula? Rezaba a la Virgencita de Coromoto porque todo resultara bien. Pero, a pesar de sus preocupaciones y elucubraciones, un sentimiento de satisfacción anidaba en su alma. Había hecho lo correcto, fulguraba su corazón. Pensó en la triste vida de los esclavos, expuestos a las más innobles tareas sin que pudieran refutar ninguna; sin tener siquiera el mando de su propio cuerpo. Pensó, entonces, en María Concepción, quien sin ser negra ni esclava, vivía la misma esclavitud de Macuto y Leoncia, bajo el cuidado autoritario del padre. Hizo un esfuerzo por conciliar el sueño, no quedaba nada más por hacer. Todo estaba en las manos de Dios. Serían como las dos de la mañana cuando, finalmente, se cerraron sus ojos y pudo dormir.

En un catre de desnudo colchón, acalorado por la falta de ventilación de la pieza, Cordero Briceño trataba de conciliar el sueño. Su escueta y desaliñada habitación quedaba a un costado de la caballeriza y la única ventana que tenía daba al frente del caserón del amo. Un inusitado ataque de tos lo había despertado a eso de la una de la mañana, y el sofocante calor junto al ataque constante de los osados mosquitos habían conseguido alborotarle el insomnio. Cuando ya levantado y bien despierto, fue en busca de un vaso de agua que le aclarara la garganta, fue cuando, desde la ventana, atisbó a la hija menor del amo corriendo hacia la casa. En principio, se llevó un tremendo susto, pensando que se trataba de un ánima en pena en busca de redención; pero muy pronto reconoció los finos rasgos de la muchacha. ¿Qué estaría haciendo a tan altas horas de la noche? ¿Algún hechizo de amor que requería el amparo de la luna? ¿O se estaría viendo, a escondidas, con algún enamorado? ¿Qué tanto sabría Don Luis de la escapada a medianoche de su hija? Vio en este percance la oportunidad de sacar provecho de la situación. Convenía averiguar en profundidad de qué se trataba todo el asunto a fin de no caer en falsas acusaciones. Mantendría la boca cerrada entretanto, pero con los ojos y oídos bien abiertos. Se bebió el vaso de agua de un tirón, relajó la garganta. Entonces, alejándose de la ventana, tornó a su cama y se acostó a dormir.

Toño y Macuto llegaron a la ribera del río siguiendo las indicaciones de la niña María. Enlazados al tronco de un árbol estaban el caballo y la mula prometida. Había tenido María de los Ángeles buen cuidado en suministrar también algunas provisiones: dos tortas de cazabe de yuca, un tolete de queso blanco y un buen trozo de carne salada y agua. También había unas mantas de lana, un machete y un cuchillo de caza. Sin perder tiempo, desataron a

los animales, que debían estar acostumbrados al trato con las personas ya que fueron muy dóciles y los siguieron sin oponer resistencia. Las aguas del río, teñidas de plata por la luna, rugían furiosas, en la orilla. Seguirían la vera del río. Tendrían chance de hacerlo así, al menos hasta que amaneciera, ya que después tomarían caminos alternativos donde no hubiera mucho tránsito de gente.

A cada paso del camino el corazón de Macuto se aceleraba, exacerbado por el miedo. Leoncia, le había aconsejado que tan pronto llegaran a Barlovento buscaran al negro Tobías, que vivía muy cerca de un terreno baldío entre el río Curao y Amuya, en un rancho de bahareque y techo de palma. El los ayudaría a instalarse. Pero el camino se volvía cada vez más difícil y a Macuto comenzaron a asaltarla las dudas. El terreno era escarpado, lleno de rocas filosas. A medida que se bajaba por el río se hacía más y más escabroso y la geografía más empinada y viscosa. Llegó un momento en que los animales se resistieron a avanzar.

—¡Por Dios santo, mula! ¡Avanza! —gritaba con desesperación Macuto.

A lo que Toño, a su lado, aupando también a su recio caballo, respondía con igual cantidad de azotes, tanto para la hostigada mula como para el mal llamado alazán. En un punto los animales se detuvieron por completo y no hubo azote que valiera que le imprimieran movimiento.

Macuto estaba aterrorizada. Toño, luego de varios intentos y artimañas, se detuvo; se apeó del caballo y ayudó a Macuto a descender de la mula, al tiempo que decía:

—¡Debemos decidir entre avanzar solos o con los animales! —dijo Toño, con el rostro sumido en desesperación— Ellos nos están retrasando.

Para completar las penurias, una leve lluvia comenzó a mojar sus cabezas, muy pronto se hizo tenaz y comenzó a empapar también sus cuerpos. Grises nubarrones, que venían soplando desde la cima del Cerro Miquitita, coparon rápidamente todo el firmamento. Por todos lados, tierra, agua y maleza.

—El terreno se pondrá fangoso —acotó el negro, buscaron refugio debajo de un árbol de largas hojas, mientras se decidía la cuestión. Macuto se debatía, indecisa, entre dejar los animales o seguir con ellos. No sabía cuál sería la decisión acertada. Después de minutos de incertidumbre, en que la lluvia inundó todo lo que se apreciaba a la vista, finalmente expresó, con pausada voz:

—¡Haré lo que tú digas! ¡Decide tú! —afirmó complaciente.

La verdad era que la muchacha nunca había tenido que tomar decisiones en su vida, ni triviales ni importantes, ya que todas, absolutamente todas, fueron, siempre, decisiones de los amos.

—¡Está bien! —expresó Toño, acercándose a los animales, soltando las bridas y descargando las mochilas que tenían como carga. Tomó solo lo que pudieran llevar para avanzar sin contratiempos.

—¿Qué crees que les pasará a los animales? —interrogó observando al caballo y la mula destilando agua.

—No te preocupes —dijo rodeándola por los hombros— lo más seguro es que regresen a Las Marías. Pensarán que se escaparon durante la tormenta.

Sueños, esperanzas, ilusiones, Macuto no quería dar cobijo a ninguna de ellas hasta tanto su libertad fuera cosa segura. La lluvia arreciaba, caía el agua a borbotones haciendo al terreno más fangoso. La silueta luminosa de un rayo surcó el firmamento, pavoneando su brutal rugido. Pronto el barro les llegó hasta las rodillas, pero aun así decidieron continuar su marcha. Caían una y otra vez en el espeso pantanal, solo para volver a levantarse con muchos más bríos; los brazos poderosos del hombre sostenían a la mulata por la cintura; avanzaban penosamente. Toño no se atrevía siquiera a pensar en lo que le harían si eran encontrados. De pronto, como si de asunto se magia se tratara, la tormenta cesó y, esperanzados, continuaron caminando sin mirar atrás. Cuatro días después la pareja arribaba a Barlovento. Habían vendido todo: las mantas, las provisiones, el machete y el cuchillo; y con las monedas que les había dado la niña María de los Ángeles lograron pagar el trasporte de Caracas a Barlovento, pueblo en donde iniciarían su vida en libertad.

Mientras tanto en Las Marías, siguiendo las indicaciones de María de los Ángeles, Leoncia reportó a Doña Mercedes la huida de Macuto. Si no lo hubiera hecho, ella misma hubiera sido considerada como cómplice del hecho. Se hallaba Doña Mercedes en la cocina, dando instrucciones a la servidumbre con relación al menú que se serviría para agasajar a Don Mario Pinzón, cuando entró la negra a enterarla del suceso. Mercedes sintió nauseas, no porque le importara mucho el destino de la esclava, sino porque significaba un contratiempo más en la larga lista de infortunios que había tenido que sortear esa mañana para llevar a buen término los preparativos de la velada. A pesar de las molestias, informó a su esposo para que se encargara del asunto, y este, a su vez, dio instrucciones a Cordero Briceño para formar cuadrillas para ir tras

la pista de la esclava. El mismo Cordero le dijo que el día anterior también había huido otro esclavo de la hacienda Los Leones. Ambos estuvieron de acuerdo en que aquello no podía ser coincidencia y que, con seguridad, los esclavos habían huido juntos.

A mediodía, María de los Ángeles, muy inquieta debido a la incertidumbre de no tener noticias de los enamorados en fuga, sintió la urgencia de escapar de los alborotos por los preparativos de la visita del novio de María Concepción. Este no tardaría en llegar en cualquier momento, y la muchacha no tenía ánimos para salutaciones ni protocolos de bienvenida. Se dirigió a la caballeriza a buscar a Blancanieves, la preparó ella misma y, montándola se perdió rumbo a los matorrales, dejando atrás las protestas de su madre, quien la gritaba desde el corredor. Recorrió un buen trecho antes de llegar al río. El sonido de las aguas calmó su agitado espíritu. Aquel sonido suave, vibrante, cadencioso, susurraba a su oído ecos del pasado.

Se apeó, arreglándose las ropas. A lo lejos divisó a una de las cuadrillas de Don Alberto.

—¡No volverán! —se dijo para sí— ¡Ya pasaron por aquí!

Divisó en el firmamento una columna de aves planeando en perfecta formación. El fogoso sol reñía en los cielos con un cúmulo de nubes que buscaba atrincherarlo. Hizo un esfuerzo para no rendirse a la pena. Era doloroso encontrarse allí, porque todo, absolutamente todo, le recordaba a Leopoldo Andrés. Una lágrima rodó por su mejilla y fue a parar a las cristalinas aguas del río, que aquella tarde parecían más transparentes y espumosas que de costumbre. Extrañaba a su novio. No entendía cómo, en tan poco tiempo, podía amarse a alguien con tanta intensidad. Sentía un vacío que nada llenaba, y ni siquiera tenía el consuelo de desahogarse con amigas, ya que ninguna sabía su secreto. En un afán por sacarse a Leopoldo de la cabeza, había comenzado a asistir a las reuniones de la Sociedad Patriótica, lugar en que se reunían los jóvenes que compartían un mismo sueño por la libertad, y en donde pasaban largas tardes intelectualizando sobre las ideas democráticas.

Entonces, le pareció oír, a lo lejos, otro sonido: el galope de un caballo. Al voltear vio la figura de un jinete acercándose. Contuvo el aliento. Al principio, era solo una mancha oscura cabalgando hacia ella; minutos después, el contorno de la silueta se definió, resultando que el jinete era Leopoldo Andrés, quien se alzaba del otro lado del río en toda su gallardía. Él ya la había visto y, bajándose, apresuradamente, del caballo, cruzó el río con

arrobamiento.

—¡Leopoldo Andrés! —gritó la muchacha en el furor de su alegría, mientras sus ojos se preguntaban si todo aquello, quizá, no un sería un sueño. Pero, sueño o no, la figura avanzaba hacia ella, quien lo esperaba en la orilla como se espera un salvavidas con el arrebato de un náufrago. Entonces, como el tiempo se le hiciera eterno y los minutos transcurridos le parecieran siglos, y la ansiedad de su corazón se resistiera a seguir demorando los abrazos y los besos largamente extrañados, corrió a su encuentro en las arremolinadas aguas y se entregó a sus brazos. Aquellos ojos negros la miraban otra vez. Por su lado, Leopoldo Andrés sintió un estremecimiento cuando la mirada húmeda de la muchacha se encontró con la suya y una tenue sonrisa le coronó el rostro.

Al punto se apoderó de ellos una pasión desenfrenada, alimentada por el gran amor que se profesaban. Luego de la embriaguez de los besos, vino la sensatez de las palabras:

—Pero ¿Cuándo llegaste de Coro? —preguntó la joven entre risas.

Enlazados salieron del agua, enlazados fueron a sentarse sobre un tronco caído que yacía bajo la sombra de un guayabal. El joven le acarició la mejilla con ternura y volvió a besarla. El río había desatado su cabellera y caía como cascada hasta su cintura. Era hermosa María de los Ángeles y Leopoldo Andrés sintió en todo su furor el peso de su amor.

—Llegué ayer y mañana me iba a Caracas porque me moría de las ganas de verte. Vine al río porque aquí me siento muy cerca de ti, quería estar a solas con mis recuerdos. Imagina mi sorpresa cuando te vi, ¿Cuándo llegaste tú?

—También ayer. Hoy viene el novio de María Concepción a conocer la Hacienda. En el caserío todo está convulsionado. Ya sabes cómo es mi madre cuando se trata de agasajar a alguien; cuanto más cuando su deseo es impresionarlo; lo que, a mi forma de ver, no tiene caso ya que el pobre hombre ya está comprometido con mi hermana, y mi madre celebrará ese matrimonio así los realistas lleguen a Caracas y quemen la Catedral —bromeó.

—Por tus palabras deduzco que el novio de tu hermana no cuenta con tu aprobación.

La muchacha suspiró. Pinzón ni le agradaba ni le desagradaba. Era uno de esos hombres grises que no dejaban huellas en la vida de las personas. Lo había visto en muy pocas ocasiones, pero inclusive esas ocasiones bastaron para que la muchacha se formara una opinión poco favorable sobre su persona. Su conversación la aburrió

terriblemente y sus modales los consideró tan exageradamente perfectos que parecían una pantomima. No obstante, y para hacerle justicia, tuvo que reconocer que atendía febrilmente a María Concepción y parecía genuinamente enamorado de ella.

—¡No es el novio el que me molesta! Es la forma en que mi padre nos consigue marido, sin tomar en cuenta nuestros sentimientos. Como si fuéramos esclavas, sin derecho a voz ni voto. ¡No es justo!

Entonces, Leopoldo Andrés recordó su pretensión de hablar con Don Luis esa misma semana y solicitar su permiso para cortejar a María de los Ángeles.

—¡He decidido hablar con tu padre! Tu hermana ya está comprometida, no voy a esperar a que te consiga marido a ti también.

La muchacha sonrió.

—¡Yo no soy como mis hermanas! Jamás consentiré en que me impongan a nadie. Además —dijo acurrucándose en su pecho— yo ya encontré a mi futuro esposo.

El joven asintió y la volvió a besar.

—¡Sí! Pero no estaré tranquilo hasta que hable con Don Luis.

Y pasaron el resto de la tarde juntos, diciéndose las cosas que acostumbran a decirse los enamorados. María de los Ángeles mantuvo en secreto su participación en la huida de Toño y Macuto; inclusive cuando Leopoldo Andrés le comentó el hecho. No por falta de confianza, sino porque pensó que era lo mejor para los esclavos.

Los enamorados no querían despedirse, pero el sol ya se estaba ocultando y no tuvieron más remedio que separarse, prometiendo encontrarse nuevamente en la ciudad. Al día siguiente, ambos, por diferente vía, regresaron a Caracas.

# CAPÍTULO 13

## En donde las provincias se deslindan de España

La peor pesadilla de los patriotas se hizo realidad cuando la corte española los declaró rebeldes y colocó a la provincia en estado de bloqueo. Don Luis, siempre se jactó de ser un hombre admirable y audaz en los negocios, su abultada fortuna, producto de decisiones comerciales favorables, avalaba tan presunción. Por eso la noticia de que Cortabarría, ministro del Consejo Supremo de España e Indias, tenía buques de guerra y estaba reuniendo tropas en Puerto Rico, Cuba y Cartagena, le produjo una gran inquietud que pronto, se tornó en miedo. Cortabarría exigía obediencia y reconocimiento a las cortes generales y prometía perdón y olvido; pero los patriotas recordaban demasiado bien los horribles asesinatos del año pasado de sus compañeros patriotas en Quito, quienes fueron engañados por el Conde Ruiz de Castilla y, posteriormente, asesinados; mal podrían ellos pensar en aceptar tales condiciones. Por tal razón, los diputados del Ayuntamiento redactaron un edicto en donde se le informaba a Cortabarría que Venezuela no aceptaba su despacho y que desconocerían cualquiera otra autoridad que no fuera la del Rey Fernando VII.

Se escucharon las campanadas de la Iglesia de San Pedro y Don Luis supo que era hora de ir a casa. Su despacho quedaba a escasas dos cuadras de la iglesia y las campanadas marcaban el itinerario de sus actividades cotidianas. Cuando daban las ocho, era usual encontrar al susodicho instalado en su escritorio dando comienzo a su jornada laboral, las de las doce le recordaban que era hora de alimentar al cuerpo y cuando sonaban las cinco campanadas de la tarde, sus empleados lo veían recoger los papeles de trabajo, que

compilaba en un solo bulto y colocaba en el lado derecho de su escritorio, y prepararse para partir: cerraba la ventana, tomaba su sombrero, y se afinaba, finalmente, la solapa antes de salir a la calle. Este ritual se repetía, sin cambios, cada día. Por tal motivo, ese día, sus empleados se extrañaron cuando habiendo sonado las campanas, Don Luis permaneció en el despacho, sentado en su sillón, con la cabeza cabizbaja, la mirada perdida y el cuerpo encorvado, sumido en un sinfín de preocupaciones.

Con que asombro y perplejidad escuchó, aquella tarde, la noticia de los propios labios de Don Crisóstomo, quien venía en ese momento del Ayuntamiento y no dudó en tomarse unos minutos de su valioso tiempo para poner al tanto a su amigo de los últimos acontecimientos. Estuvieron largo rato conversando, imaginando formas de evadir la hecatombe. Pero, por más que se dieran a pensar en las opciones, todas llevaban a un mismo resultado: el cierre de las operaciones comerciales de Mendoza & Cía. Constituía una fuente de vergüenza para Don Luis encontrarse en semejante situación. Las pérdidas serían incalculables, y las deudas impagables. En el mejor de los casos, tendría que vender algunas propiedades, Las Marías o La Española, quizá ambas, pero esperaba poder salvar la casa de Caracas. Si hubiera previsto con anterioridad este resultado, estaría en posición de superar, sin detrimento de la calidad de vida de su familia, los efectos del bloqueo; pero las haciendas eran una fuente constante de gastos y los productos agrícolas, siendo estos perecederos, y al no tener compradores a quien ofertarlos, se perderían irremediablemente. Ningún buque español aceptaría transportar sus mercancías; y los patriotas no contaban con flota naviera. Ni siquiera podía venderlos a otras provincias por vía terrestre, porque la movilidad en la colonia estaba comprometida por los enfrentamientos entre los patriotas y los realistas; además estaban los bandidos que acechaban, inmisericordes, a la vera de los caminos.

Don Luis demoraba el momento de ir a su casa, sumido como estaba en una tremenda depresión. La idea de comunicar a Dolores la terrible noticia de aquella debacle económica le enervaba los nervios. Un golpe duro, sin duda, un golpe duro del que había pocas posibilidades de recuperarse. Habría que adelantar el casamiento de María Concepción y buscarle un marido rico a María de los Ángeles. Solicitaría un préstamo a sus yernos para pagar a los proveedores, pero aun así quedarían muchas cuentas sin pagar. Pensó en el honor del apellido Mendoza, y cómo su legado de constancia y dedicación se vería mancillado por tan graves circunstancias. Anochecía

cuando, finalmente, el hombre tomó su sombrero y se dirigió a casa.

Por otro lado, a los enamorados ya no les era posible ocultar su amor. María de los Ángeles, ajena a las maquinaciones de su padre, caminaba del brazo de Leopoldo Andrés, por las veredas abiertas de la Plaza Mayor. Serían como las tres de la tarde cuando los aún débiles rayos del sol se disputaban el paso a través de las copas robustas de los árboles plantados en los islotes, dejando a la vista sectores de sombra y luz en la superficie empedrada de la plazoleta. Hablaban sobre el edicto enviado a Cortabarría.

—¡Leopoldo, tengo miedo! Siento que estamos parados al borde de un abismo, y que solo nos falta dar un paso para caer irremisiblemente en un foso profundo de muerte y desesperación. La guerra exalta lo peor del ser humano, nos hace indolentes e insensibles a las necesidades del otro, nos vuelve crueles y nos hace cometer los peores crímenes, sin pensar en consecuencias.

El joven sabía que lo peor de la guerra aún no había llegado. Lo más que se había visto eran algunos enfrenamientos aislados en el interior de la república; pero pronto las fuerzas de España se harían sentir en el territorio.

—¡En verdad, tienes razón, mi amor! El espíritu humano es capaz de dispensar crueldad sin límites —expresó con actitud sombría.

La muchacha expresó, muy agitada:

—Nunca antes había estado más impactada que ahora. A excepción de cuando mataron a José María España. Yo solo tenía ocho años cuando ocurrió el hecho, pero su recuerdo sigue incólume en mi memoria. Recuerdo que el día de la ejecución, nuestros maestros nos llevaron a la plaza a presenciar la ejecución de la sentencia. Espectáculo terrible para unos niños de primaria. Aquel hombre era muy apreciado por el pueblo. Salió de la cárcel acompañado de algunos soldados y clérigos de diferentes órdenes. La sentencia era terrible: instruía a que se le sacara de la cárcel, se arrastrara a la cola de una bestia y se le ahorcara. No conformes con esto, mandaba a que una vez pasado por las manos del verdugo, se cortara la cabeza y se llevará en jaula hasta La Guaria, se descuartizara el cuerpo y se colocara en lo alto de una vara en diferentes partes de la provincia para que todos pudieran verla y que sirviera como recordatorio de lo que les ocurre a los reos condenamos por traición.

—Recuerdo el hecho. ¡Terrible en verdad!

—Tuve pesadillas durante meses. Pero hubo algo aquel día que me impresionó mucho más que la ejecución de la sentencia. Luego

de consumado el hecho, hubo un hombre que dirigió unas sentidas palabras, llenas de euforia y melancolía, frente al cuerpo destrozado de su amigo. No entendí lo que dijo en aquel entonces, pero el dolor y la tristeza de sus ojos eran tantos que dejaron una fuerte impresión en mí. Hace unos meses decidí averiguar quién era aquel hombre que con tanta melancolía y dolor se dirigía a su amigo muerto.

Leopoldo Andrés miró con curiosidad a la muchacha:

—¿Y averiguaste quién era?

Ella asintió, con picardía.

—¡Ciertamente! Siempre logro lo que me propongo. El orador de aquel día era Don Vicente Echeverría. De niña, me impresionó su dolor; ahora caigo rendida ante la belleza de su prosa. He leído tantas veces el lamento de su corazón traducido en aquellas amargas palabras, que puedo recitarlas de memoria sin el auxilio del papel. Esto fue lo que dijo aquel momento:

*"Dejad, cristianos, que, para desahogar mi corazón, me despida un momento del amigo de mis tiernos años, del compañero de mi juventud, del que recogió las efusiones primeras de mi amistad. Dejadme llorar, como David, al nuevo Absalón, que ha perecido colgado de ese árbol funesto. Absalón, fili mi… Satisfecha la vindicta de la majestad terrena, yo no debo acordarme sino del amigo; está ya en las manos clementes de la justicia divina, que le ha recibido en sus brazos al salir de los míos. ¿Qué importa la manera con que murió al que está en el cielo? Quizá aun a los ojos del mundo, en estos malos días en que la sangre de los reyes mancha las manos del verdugo, el patíbulo venga a ser un título de gloria ¿Qué te diré yo, amigo mío, que dé paz sobre los caminos públicos a tus huesos áridos y lleve un consuelo a tu inconsolable esposa?¿Que la mano del hombre no es la mano de Dios; que su balanza no es la de los poderes de la tierra, y que mientras estos hieren, Aquel corona? Yo debo detenerme aquí en medio de la turbación que domina mi espíritu. Mi fe es de mi rey; dejadme mis lágrimas para mis amigos"*

Luego de que la joven recitara los versos, Leopoldo Andrés la besó, y siguieron caminando largo rato en silencio, conmovidos por las palabras que un hombre pronunciara en tributo a un amigo muerto. Pasados algunos minutos, María de los Ángeles habló:

—¿Y qué están haciendo para enfrentar a Cortabarría?

—Estamos reclutando gente, sin olvidar que nuestra posición financiera es muy precaria. Poco tenemos para pagar salarios a la tropa. Ruiz considera que lo ideal sería reclutar esclavos, que se alisten. A cambio, le están ofreciendo su libertad; a los indios les están levantando el tributo que cancelan. El principal problema es

que no tenemos tiempo para entrenamientos ni enseñanzas sobre tácticas de guerra, y en eso, nos aventajan los peninsulares. Pero, tenemos a Bolívar, que es un gran estratega, y muchos jóvenes brillantes que están dispuestos a dar la vida con tal de conquistar la libertad. En verdad, te digo que hubiéramos preferido un acuerdo diplomático con España, así evitaríamos el derramamiento de sangre; pero todos los indicios apuntan a que el conflicto se resolverá a través de las armas.

María de los Ángeles se estremeció al escuchar las palabras de Leopoldo. Sabía que pronto vendrían días terribles. No quiso que la sombra de la guerra que se cernía sobre sus cabezas eclipsara aquella tarde plácida que compartía con Leopoldo Andrés. Se acurrucó entre sus brazos y cerró los ojos. El recuerdo de su calidez era lo único que María de los Ángeles mantendría en mente cuando se le hiciera insoportable su ausencia.

Con aquel edicto quedó sellado el destino de las colonias de América; era solo el comienzo de una de las mayores y más sangrientas guerras de la historia hispanoamericana, la cual estaría signada por una crueldad inverosímil en la que ambos bandos aportarían su cuota significativa de bajas. El camino de la independencia se estaba gestando y sería un trayecto largo y amargo, pleno de triunfos y fracasos. Conquistarían los patriotas territorios, día a día, solo para volver a perderlos, de la noche a la mañana, en violentos ataques de los realistas. Se dispersarían las fuerzas revolucionarias, solo para volverse a agrupar, más feroces que nunca.

Las colonias americanas, en su mayoría sumisas y fieles a Fernando VII, ante la brutalidad con que se estaba manejando el conflicto, comenzaron a tener un sentimiento de aversión y odio hacia España; y ante esta disyuntiva el anhelo de una patria libre, sin la intervención extranjera ni de la monarquía de Fernando VII, comenzó a engendrarse en el pensamiento de los nuevos patriotas. A la cabeza, vislumbraba un hombre, Simón Bolívar, que se había jurado libertar a la América. A él correspondería tal magnánima tarea, así como sentar la idea de un gobierno libre e independiente en las provincias.

# CAPÍTULO 14

## La propuesta

Había pasado media hora y Miranda aún no llegaba. Miranda era un hombre entusiasta a pesar de que ya rondaba los sesenta, largo cabello cano y mirada astuta que había intentado por todos los medios libertar a Venezuela del yugo español. Años atrás comandó dos expediciones, pero estas terminaron irremediablemente en fracaso.

Leopoldo lo había visto en dos oportunidades durante su estada en Londres: una vez en casa de un aristócrata, ofuscado, tratando de obtener su ayuda para montar la primera expedición y la segunda en una reunión que se ofreciera en honor de la reina Catalina de Rusia, con quien se vinculaba románticamente a Miranda, según malintencionados chismorreos de la corte.

No había dudas de que se trataba de un hombre educado y con regia disciplina militar. El mismo Bolívar había ido en su busca a Londres, solicitando su presencia y experiencia para el sostenimiento de la nueva República. Llegaba a tal el grado la confianza de Bolívar por Miranda que hasta le había ofrecido alojamiento en su residencia. Gran algarabía había en la ciudad por la llegada de semejante personaje, pero no todos estaban contentos con su venida. Un grupo de oficiales veía con desconfianza la incorporación del genio precursor al ejército, considerando que venía con ínfulas de imponerles su voluntad, basado en su destreza y conocimiento de los campos de batalla: no en balde había combatido con los españoles y más tarde como general del ejército francés.

Miranda seguía sin aparecer, y Leopoldo Andrés empezó a inquietarse ya que se había citado con María de los Ángeles en la Catedral, y se le estaba haciendo tarde. Los preparativos, debido a

la eminente llegada del general, habían copado la totalidad de su tiempo, y tenía días sin ver a su prometida; por eso la razón de su ansiedad por partir. Mientras esperaba en una de las salas del Ayuntamiento, conversaba con el delegado Ruiz.

—¿Cómo vamos con los reclutamientos?

Ruiz contestó con una expresión de desaliento, dejando de escribir la misiva que tenían frente a sí y viendo a su amigo fijamente:

—¡Necesitamos conseguir recursos urgentemente! Debemos pagar los salarios de los soldados, así como alimentación y material de guerra, entre otras cosas. Se nos acaba el tiempo. Cortabarría ha ejecutado el bloqueo en las costas de Barcelona, Cumaná y La Guaira y no teniendo suficientes buques de guerra para bloquear todos los territorios, ha dado patente de corso a criminales para que vengan a promover guerras y sublevaciones.

Leopoldo Andrés, respondió esperanzado:

—¡Esperemos que Miranda nos ayude en estas contingencias! Es un hombre muy preparado en las artes bélicas. Su experiencia nos será muy útil para defender la República.

Entonces, viendo el reloj, y ante la imposibilidad de seguir esperando al general, delegó la tarea de recibirlo en Ruiz y despidiéndose, salió a encontrarse con María de los Ángeles. Corrió hacia la Catedral que estaba muy cerca del Ayuntamiento. No tardó ni cinco minutos haciendo el trayecto a pie. Tan pronto entró al recinto divisó a la joven, arrodillada cerca de la banqueta de la capilla de la Virgen del Socorro, en actitud fervorosa. Sus labios se movían entonando una oración y sus ojos permanecían alzados hacia la imagen de la virgen. Un finísimo velo de encaje blanco le cubría delicadamente parte de la cabeza. En ese momento encendía una vela cuya voluminosa llama alumbró por un instante la tersa cara, otorgándole una apariencia etérea y celestial, muy lejos de las mundanidades de este mundo.

—¡María de los Ángeles! —llamó de lejos y la muchacha interrumpió su oración y tornó la cabeza en dirección a la entrada. Caminando hacia ella con su sombrero en la mano, estaba Leopoldo Andrés. La muchacha se levantó y corrió a recibirlo. Ambos se sentaron en uno de los bancos traseros.

—¡Lamento el retraso! Hay mucho por hacer en el Ayuntamiento. Y con la venida de Miranda está todo convulsionado. También están los preparativos del primer congreso que se celebrará en el mes de marzo. ¡Hay mucho trabajo por hacer!

La muchacha tomó su mano para confortarlo y lo miró con gran

ternura. Luego dijo:

—Luces fatigado. Debes tomar tiempo para descansar. Te vas a enfermar si así sigues, y enfermo no le servirás a la patria.

El muchacho soltó un fuerte suspiro, al tiempo que acariciaba la mano de la joven. En ese momento, entró uno de los monaguillos con un candelabro y unos manteles para arreglar el altar para la misa. Por unos momentos los jóvenes mantuvieron silencio. Tan pronto el muchacho salió, Leopoldo Andrés prosiguió:

—¡No es tan fácil! ¡Estamos en guerra! Por todos lados estamos siendo atacados. Sublevaciones de nuestra propia gente, españoles a las puertas, no sabemos por dónde nos van a atacar y, por si fuera poco, la lista de las necesidades es inmensa. Ruiz no se da abasto con los recursos que disponemos. ¿Y si no logramos seguir adelante? La república se está desmoronando —dijo descorazonado.

La muchacha lo miró amorosa:

—¡Hallarán un modo, ya verás!

Hacía una semana que Leopoldo Andrés le había vuelto a comunicar su intención de hablar con Don Luis para solicitar su mano en matrimonio. La muchacha se había negado rotundamente. El joven aprovechó que estaban en la iglesia para retomar el tema y convencer a la muchacha de su propuesta:

—No me gusta estar viéndote a escondidas, como si fuéramos bandidos o ladrones —dijo— Quiero cumplir con todas las de la ley para que te conviertas en mi esposa. La gente gusta de las habladurías y no quiero que tu nombre ande en boca de nadie.

María de los Ángeles, angustiada por la tenacidad del novio, usaba toda su maña para disuadirlo de semejante acción; por lo que fingiendo enojo refutó:

—Mi padre jamás lo consentirá. Me prohibirá verte y me mantendrá vigilada todo el tiempo, y no podré encontrarme contigo con la libertad con que te veo ahora —dijo—¡Debemos esperar!

—¿Esperar a qué? —interrogó el joven con desesperanza.

El monaguillo entró otra vez, vestido con su túnica blanca y capota roja, cargando en brazos un cáliz y otros implementos para el altar. Los miró de reojo y comenzó a colocar los objetos, uno a uno, sobre el altar.

Luego, dirigiéndose a ellos, les dijo:

—La misa empieza a las cuatro.

Leopoldo Andrés asintió con un movimiento de cabeza, y siguió hablando con María de los Ángeles bajando un poco más el tono de su voz para que el monaguillo no lo escuchara.

—No quiero que nos sigamos viendo a escondidas, como si

nuestro amor fuera algo impuro y funesto que deba ocultarse del resto del mundo.

Algunas personas comenzaron a entrar y a instalarse en los bancos para la misa.

La joven seguía plantada en su argumento:

—Tú mismo dices que las cosas van a empeorar, que estamos en guerra.

Esperemos un año a ver qué pasa, y si las cosas se componen, entonces, veremos.

El joven doctor se dio por vencido.

—Eres muy testaruda. Si nos descubren, será peor. Hablar con Don Luis y aclarar las cosas sería lo mejor. Quiero que seas mi esposa. Las cosas se pondrán peores; ¡tenerte a mi lado es todo lo que quiero!

Leopoldo Andrés se dio cuenta de que había llegado el momento de hablar de otro asunto con la muchacha.

—Hay algo que debo decirte. Desde hace días estoy recibiendo entrenamiento militar en el cuartel de la tercera división. Nos hacen falta soldados y todos los delegados del Ayuntamiento nos alistamos. Era nuestro deber alistarnos para defender a la patria.

Al escucharlo, la muchacha se alarmó. ¿Leopoldo Andrés en el frente? ¡No! ¡Nunca! ¡No lo consentiría! Era demasiado peligroso. La guerra no respetaba rango ni edades.

—¡No lo hagas, amor! ¡No! ¡Es una desgracia! No debes ir. No imaginas lo que he escuchado de los enfrentamientos en el interior. Hay canarios que están luchando con palos y machetes. ¿Sabes el daño que hace un machete? Tú nunca has empuñado un arma. ¿Qué harás cuando le tengas que arrebatar la vida a un hombre? Tú, ¿Qué harás? Si tú eres doctor y has jurado salvar vidas, no quitarlas.

El muchacho trató de calmar a su prometida:

—¡No debes angustiarte! Como tú bien dices, soy doctor. Estaré en algún lugar seguro, lejos del campo de batalla atendiendo a los heridos.

Sobre este particular, mintió el joven; y mintió con alevosía. Bien sabía que, en la guerra, independientemente de la posición social o la profesión, llegado el caso, se requeriría que todos estuvieran en el frente, empuñando un fúsil; debatiéndose entre la vida y la muerte, pero no deseaba perturbar a la muchacha comentándole hechos que no harían más que incrementar su angustia. Luego agregó, apretando, aún más fuerte, las manos de la joven:

—¡Debes hablar con tu padre y prepararse porque la guerra se pondrá peor! Ustedes cuentan con recursos; seguro Don Luis las mantendrá protegidas y eso me alivia un poco. Lo más prudente es que tú y tu familia estén en Las Marías.

La muchacha refutó:

—¡Amor mío, en una guerra nadie está protegido! ¡Ni en el interior ni en la capital! Además, no sé si mi padre quiera instalarse en Las Marías, sus negocios los maneja aquí en Caracas.

El muchacho sabía que la joven tenía razón. Nadie escapa a los horrores de la guerra.

María de los Ángeles miró el reloj, luego, agregó:

—¡Es tarde! ¡Debo marcharme ya! Espero que no se hayan dado cuenta de mi ausencia.

Se despidieron con un casto beso. Leopoldo Andrés volvió al Ayuntamiento mientras la muchacha tomó el carruaje que la llevaría de vuelta a su casa.

Al llegar a la casa, toda la familia estaba reunida en el comedor; hasta Leoncia se hallaba de cuerpo presente, parada al lado de la puerta que daba al corredor que llevaba a la cocina. No sabía si alguien había reparado en su ausencia, solo entró por la puerta principal y se situó al lado de Leoncia, quien sí notó su suspicaz manera de caminar y de esconderse detrás de ella. Don Luis, en actitud solemne, parado al frente de la mesa del comedor, era el punto focal hacia el cual se dirigían todas las miradas, decía unas palabras ininteligibles y Dolores se cubría el rostro con las dos manos, mientras lloraba desconsoladamente en la silla que solía usar para bordar. Oyó que adelantarían el matrimonio de su hermana. María Concepción, cabizbaja, asentía con la cabeza a todo lo que el padre decía. En realidad, María de los Ángeles no estaba prestando mucha atención a las palabras del interlocutor, pero abstraída como estaba, llegó a un punto en que oyó mencionar su nombre en la conversación, entonces, sí puso mucha atención mientras su padre decía:

—… por eso invité este viernes al primo de Mario, Jorge Olavarría, para que venga a cenar con nosotros y nos acompañe a la hacienda el sábado, como habíamos pautado. Es un joven muy agradable. Recién regresó de República Dominicana, donde obtuvo su título de abogado. Ha prometido ayudarme con el problema que tengo con los linderos de Las Marías. Además, hemos conversado acerca de una futura unión con María de los Ángeles.

La muchacha quedó sin habla. ¿Qué había dicho su padre? Creyó escuchar que hablaba de una unión entre ella y un

desconocido. ¡Jamás! ¡Jamás consentiría en semejante arbitrariedad! ¿Casarse con otro que no fuera Leopoldo Andrés? ¡Nunca!¡Nunca! ¡Nunca! Entonces, con el rostro encendido por la rabia y las impertinencias de su padre, decidió dejar muy claro que ella jamás se casaría sino por amor, así que contestó muy airada:

—¡Pero si ni siquiera lo conozco! ¡De ninguna manera! ¡Jamás me casaría con un hombre que no amara! —expresó tajante.

El padre, haciendo gala de su autoridad, ante la osadía de la hija que daba muestras de rebeldía y semejante desconsideración, expresó, elevando un poco el tono de su voz:

—¡En esta casa se hace lo que yo diga! ¡Y si digo que te cases, te casas! —la reprendió.

Mientras, Dolores se levantaba de la silla y caminaba hacia la muchacha para apaciguar su comportamiento. María de los Ángeles le mantuvo la mirada. Comprendió que era el momento de confesar su noviazgo con Leopoldo Andrés. No tenía opción. De otra forma, su padre seguiría insistiendo en que se casara con Olavarría y trataría de imponerle su presencia.

Entonces, tomando una gran bocanada de aire, se atrevió a decir:

—¡Pero es que yo ya tengo novio desde hace meses y no quiero casarme con otro!

Don Luis y Doña Dolores la miraron absortos. Estaban horrorizados por lo que recién había mencionado su hija ¿Tenía novio?, pero ¿quién? María Concepción la observaba también en estado de estupefacción. Y Leoncia frunció el ceño y encogió la boca, confirmando sus más íntimas sospechas. Don Luis tuvo que sentarse porque creyó que se caería, y Doña Dolores comenzó a tener palpitaciones. Enseguida su padre refutó encolerizado.

—¿Y desde cuándo tú tienes novio? ¿Se puede saber cuál es su nombre? ¿A qué familia pertenece? ¿En dónde los ves? Debe ser un vagabundo, porque de tratarse de un muchacho decente desde hace tiempo se habría presentado a hablar conmigo—interrogó con voz autoritaria.

—Mi novio es el hijo de Don Alberto León, dueño de Los Leones, ¡Su nombre es Leopoldo Andrés León Méndez!

El padre, furioso, la miró desconcertado; y su madre, en un afán por limar asperezas, trató de cambiar los hechos expresando que María de los Ángeles solo decía aquellas barbaridades para molestarlo. Ella insistió en que solo decía la absoluta e irresoluta verdad.

—¡Jamás, óyeme, jamás serás la esposa de ese hombre! En el

entendido de que lo que estés diciendo sea la verdad —gritó Don Luis— Eres una hija ingrata; siempre me has decepcionado. Te casarás con Olavarrieta, ¡óyeme bien! así que ve acostumbrándote a la idea.

—¡Eso ya lo veremos! —profirió la rebelde y abandonó el comedor para refugiarse en su habitación. Allí, lejos de los ojos de su familia, se entregó a las lágrimas.

# CAPÍTULO 15

## El matrimonio de María Concepción

Apartir de esa noche, María de los Ángeles estuvo encerrada en su habitación, con órdenes para la servidumbre de no dejarla salir sola en ningún momento. Siempre estaba María Concepción, Leoncia, o algún otro esclavo, por los alrededores, y cuando sus ocupaciones los alejaban del cuarto, era Tiburcio quien se encargaba de la vigilancia. Pero el negrito Tiburcio era manipulable, y la muchacha, aprovechándose de esta condición, se las arregló para enviar una carta a su novio comunicándole los detalles de la fatídica noche y el deplorable estado en que se encontraba su relación con su padre, tras confesar lo largamente callado: su cuestionado noviazgo con él. Le habló de su encierro y de la censurable decisión de Don Luis de casarla por conveniencia con un desconocido. Todas las angustias y el desconcierto de María de los Ángeles se volcaron en aquella carta, que más que una carta parecía la sentencia de una despedida. También evocaba el horror de la incertidumbre y la lejanía. Por su parte, Leopoldo Andrés, lejos de conformarse con tan implacable destino, aprovechándose también de la complicidad de Tiburcio, redactó una carta llena de positivismo y esperanza, en donde le reiteraba sus sentimientos y profesaba su intención de hablar con Don Luis para solicitar su mano en matrimonio, confiando en que privaría su buen juicio, y dejaría atrás las dificultades del pasado tumultuoso que separaba a las dos familias. Así pues, María de los Ángeles llevaba cinco días sin ver a su enamorado y sin tener noticias suyas. Entonces, otro evento, significativamente más importante, acaparó la atención de los padres: los preparativos del matrimonio de María Concepción.

Este enlace se celebró anticipadamente, sin la pompa ni los lujos del casamiento de la hija mayor. Ni siquiera hubo tiempo de avisar a María Prudencia, porque debido al bloqueo el sistema de correo

no estaba funcionando. María de los Ángeles se negó a participar en la reunión de la celebración del matrimonio de su hermana, prefiriendo quedarse encerrada entre las cuatro paredes de su habitación. No asistió a la ceremonia religiosa, pero Don Luis insistía en que se presentara en la recepción, por lo que Leoncia tuvo que subir a la habitación y convencer a la proscrita de obedecer a su padre y disfrutar la fiesta.

—¡Actúe con inteligencia, mi niña! Finja que acata sus órdenes, y, una vez ganada su confianza, convénzalo de lo que anhela su corazón.

Después de pensarlo, la muchacha aceptó el consejo con remilgos. Entonces, la negra le preparó el baño y le sacó el vestido que usaría para la reunión. María de los Ángeles se tomó su tiempo para asearse y arreglarse meticulosamente. Ya eran las ocho de la noche cuando se presentó ante los invitados.

El salón estaba abarrotado, se veía que su madre había procurado invitar a toda la alta sociedad caraqueña, sin importar que estuvieran cortos de fondos. Divisó a María Concepción cerca de una ventana, al lado de un arreglo floral de rojos claveles y blancas rosas, junto a los padres del novio: una avinagrada señora ataviada de negro, de alargado rostro cuyas arrugas denotaban su avanzada edad, y su esposo, un anciano esquelético, más arrugado aún que su esposa, si aquello era posible. El novio, vestido de negro y camisa blanca, hablaba con Don Luis, muy acicalado y florido en atenciones con su suegro; ambos sostenían una copa de licor en la mano y charlaban e intercambiaban opiniones sobre el futuro de la República.

—… están perdidos. Quieren emitir papel moneda para sufragar sus gastos, pero la gente no se fía. ¿Quién va a cambiar monedas por papel? ¡Nadie! Todos van a esconder las monedas y los artículos van a empezar a escasear. ¡Esa medida es un golpe para el comercio!

Doña Dolores, al ver a su hija menor, se acercó para recriminarle su tardanza:

—¡Dios mío! ¡Apresúrate! ¿Por qué tardaste tanto? Debes presentar tus respetos a los padres de Mario. Son una pareja encantadora, ya verás.

La hija, entonando su voz sin mucho ánimo, contestó:

—¡Ya los vi! Son un par de adefesios y no les veo el encanto por ninguna parte.

La madre se molestó muchísimo con su comentario:

—¡María de los Ángeles, por favor compórtate! Estamos hartos

de tus desplantes. Sabes muy bien cuáles son nuestras circunstancias. Necesitamos este enlace. Harías bien en ayudar, aunque sea un poquito, a tu padre.

La joven se mordió los labios. En eso, divisó a su padre, quien se acercó para convidarla a conocer a los suegros de su hermana, por lo que no le quedó más remedio que seguirlo y congeniar con los adefesios.

—Don Pinzón —dijo Don Luis— esta es mi hija menor, María de los Ángeles. El anciano la saludó con una reverencia y alabó lo agraciado de su rostro. Ella agradeció el halago y saludó también a la esposa. María Concepción la miraba impávida, esperando que su hermana se comportara y no le hiciera pasar alguna vergüenza ante ellos.

Don Pinzón dijo dirigiéndose a María de los Ángeles:

—Mi sobrino, Olavarrieta, no pudo venir por encontrarse de viaje en el exterior. Pero envía sus excusas y le informa que espera con ansias el momento de conocerla.

La muchacha había resuelto comportarse, para alivianar la tensa relación que tenía con sus padres, pero a la sola mención del nombre del hombre que sus progenitores eligieron como su futuro marido, su espíritu estalló en cólera, y acabó por rebelarse de la siguiente manera, en forma pública y escandalosa:

—¿Y eso por qué habría de importarme a mí? —y, disculpándose, agarró camino hacia la cocina.

Doña Dolores estaba apenada y abochornada por el desplante de su hija, veía como los invitados que presenciaron la escena comenzaban a hacer comentarios. María Concepción miraba a su novio de reojo, quien aún no se reponía de la sorpresa. Don Luis estaba muy disgustado por el comportamiento de su hija, pero prefirió permanecer en la sala calmando a sus invitados; ya hablaría con la insubordinada más tarde, lejos de los ojos curiosos de los presentes.

María de los Ángeles se fue a la cocina a buscar a Leoncia. Llegó con los ojos enrojecidos y el rostro contraído. Con el puño cerrado propinó un fuerte golpe sobre la mesa. Leoncia, al verla, corrió hasta ella, con cara de preocupación:

—¿Qué le pasa a mi niña? ¿Por qué está así? —dijo acariciándole el rostro y despejando algunos cabellos de su frente.

La muchacha estaba hirviendo de rabia e impotencia. Una de las mulatas le pasó un vaso de agua para que lo bebiera y se calmara.

—¿Y todavía me lo preguntas? Mi padre me quiere endilgar un novio. Cree que me va a casar como lo hizo con María Prudencia y

con María Concepción, pero ¡no!, conmigo no podrá, ¡te lo juro!

—No jure en vano, señorita, que eso es pecado —dijo Leoncia.

Le corrían las lágrimas por el rostro. La anciana trataba de confortarla.

—No me voy a casar con nadie. Antes me voy de la casa. Antes me meto a monja. Antes me mato, prefiero morir.

—Cálmese, señorita. No hable así. ¿Para dónde se va a ir? Hable con su padre. A lo mejor entiende.

—No, Leoncia. No va a entender, lo conozco demasiado, ya verás.

María de los Ángeles rumiaba su rabia. Después le contó lo que pasó en la sala. Leoncia escuchó todo el relato en silencio, preocupada. Sabía que Don Luis impondría su autoridad y temió por la muchacha. La aconsejó de esta forma:

—Tenga paciencia. A lo mejor mañana se le olvida la locura del matrimonio. ¡No se afane! ¡Todo tiene remedio!

La muchacha caminaba de un lado para otro como un león enjaulado:

—¡A lo mejor tienes razón! Pero ten la seguridad de que ese matrimonio no se va a celebrar. Manifestaré mi descontento, así sea con actitudes violentas. Fingiré locura, gritaré, los haré quedar en ridículo. ¡Ya verá mi padre de lo que soy capaz!

—Es ese muchacho, ¿verdá? El hijo de Don Alberto, el que la tiene desconcertaá. Pero si yo ya sabía que le pasaba algo, ¿por qué no acudió a mí? Yo te habría ayudao. La negra nunca le ha fallao, mi niña.

Las dos se abrazaron en la cocina.

Don Luis y Doña Dolores continuaban en el salón, deshaciéndose en excusas con los Pinzón. Los músicos tocaban una melodía bailable y varias parejas estaban en la pista, dando volteretas y agitando los pies; entre ellos, María Concepción bailando con su ahora esposo.

Cuando los Pinzón se quedaron solos, la anciana, en tono de confidencia, le dijo al marido:

—¿Qué te ha parecido la muchacha?

El esposo, con aire de preocupación, le respondió:

—Fue insolente, sin lugar a dudas. Se ve que es una chiquilla sin disciplina. Dejar en ridículo a su padre de esa manera, ¿Quién lo hubiera creído? Afortunadamente, parece que los invitados no se dieron cuenta del hecho. ¡Es mejor así!

La mujer, acomodándose los antejos que se habían deslizado hasta la punta de la nariz y con una voz socarrona, agregó:

—¿Y crees que sea conveniente emparentarla con Jorge? ¿No será más bien un problema en lugar de una solución? Lucrecia no me perdonaría que enredara a su hijo con una loca. Por suerte, la hermana parece normal y Mario está encantado con ella. Será una buena esposa. ¿Crees que debamos prevenir a Jorge?

El hombre contestó con perplejidad:

—¡No lo sé! Realmente no lo sé.

El sonido melodioso de los violines se dejó sentir en la sala, la gente escuchaba absorta deleitándose con la armonía de las notas musicales. Doña Mercedes lloraba. Su mundo se derrumbaba. Otra de sus hijas dejaba el techo familiar, y, muy pronto, María de los Ángeles también se iría. Al final, solo serían Don Luis y ella, y ese hecho la entristeció.

# CAPÍTULO 16

## El veredicto

Luego de la partida de María Concepción, la casa de los Mendoza parecía una morada sepulcral. María de los Ángeles pasaba los días leyendo, encerrada en su habitación, en castigo por su mala conducta. Doña Mercedes recorría como alma en pena los rincones del caserón, extrañando a sus hijas y Don Luis se encerraba por horas en su estudio, compadeciéndose de su mala fortuna.

Pero como las desgracias suelen venir acompañadas, aquella mañana apareció Don Crisóstomo, quien se había convertido en un ave de mal agüero, a comunicar una noticia que enfureció a Don Luis: el Tribunal, finalmente, emitió la resolución acerca de los linderos de Las Marías; y otorgaban los derechos del río a Don Alberto León Ribas. María de los Ángeles escuchó un alboroto en la sala y, como era su costumbre, se deslizó hasta el estudio para escuchar lo que se hablaba. Don Luis vociferaba y culpaba de negligencia a los jueces:

—¡Son unos facinerosos! ¿Qué van a saber ellos de leyes? Se reúnen y promulgan sentencias y normas sin sentido. Los españoles, sí. Ellos sí saben gobernar. No veo la hora en que regresen al poder.

En ese momento, su madre apareció en uno de los corredores y trató de apaciguar sus ánimos, corriendo detrás de él.

—¡Cálmate! Te puedes enfermar.

—¡No me hables así! —gritaba llevándose las dos manos a la cabeza.

María de los Ángeles creyó oportuno entrar a la sala para ayudar a su madre y calmar a su padre; pero, contrario a lo esperado, Don Luis en lugar de agradecer el gesto de apoyo de la hija, se ensañó contra ella:

—¿Y tú? Esto es obra de los León —vociferó— ¿Son esas las

personas con las que quieres emparentarte? Es que no queda en tu corazón algún vestigio de dignidad que se acerque, aunque sea un poco, a ponerte de nuestro lado y repudiar, con igual encono que el nuestro, tu desprecio hacia ellos —dijo con dolor.

La muchacha, paralizada por la sorpresa, ni se tomó el esfuerzo de contestarle. Consideró que no valía la pena; su padre estaba en cólera y nada de lo que ella dijera lo confortaría. La muchacha, por su parte, estaba dolida por sus palabras. Jamás pensó que sería una decepción para él, y aquello le partía el alma. Corrió hacia su habitación y se encerró, lo que le ocasionó un mayor disgusto a su padre. Don Crisóstomo estuvo poco tiempo de visita, el humor de Don Luis no estaba para cordialidades y, después de un intercambio de palabras con su esposa, se encerró en el estudio y allí estuvo hasta que anocheció.

A finales de esa misma semana, se presentó el joven Jorge Olavarría a cenar en la residencia de los Mendoza. Era un joven pecoso, de cabello rojo ensortijado, de mediana estatura. Se ofreció a encargarse de la apelación del caso de los linderos de la hacienda, y con esta acción se ganó la simpatía inmediata de Don Luis. Se hallaban en la sala, degustando una copa de brandy, cuando el padre comentó:

—Mi menor hija es un dechado de virtudes: honesta, juiciosa y virtuosa. Pero tiene un rasgo de rebeldía que bien podría ser corregido por alguien que la guíe con mano dura y disciplina férrea: la mano de un marido de sólidos principios. Cuando vea la hermosura de mi hija, verá que bien vale la pena emprender tan encomiable tarea.

El joven, quien había sido advertido por su tía y su tío de la belleza y la rebeldía de la joven en cuestión, deseaba enormemente conocer a la muchacha que tantas advertencias y consideraciones había provocado en sus familiares.

—¡Será un placer para mí conocer a su hija, Don Luis!

El padre sintiéndose doblemente satisfecho, llamó a su esposa, quien se había mantenido a una distancia prudencial, en el corredor.

—Dolores, da la orden para que se sirva la cena en el comedor y haz que María de los Ángeles nos acompañe.

Doña Dolores dio aviso a una de las esclavas, y luego fue en busca de su hija, quien se encontraba en su habitación. Esta escuchó a su madre con atención e hizo un ademán de levantarse para acompañarla al comedor. Dolores se extrañó mucho de la sumisión y sutileza con que María de los Ángeles aceptó el requerimiento; y

su intuición le advirtió que, quizá, su hija habría planeado alguna "niñería" para recibir a Olavarría; pero optó por ignorarla pensando que la joven no sería tan irresponsable como para dejar en ridículo a su padre frente a un invitado, una vez más.

Aparecieron en el comedor Doña Dolores y María de los Ángeles y tomaron asiento. Don Luis hizo las presentaciones. Enseguida, los ojos de Olavarría se posaron en la joven, quién lo miraba retadora, sin mostrar ni pizca de timidez o cortesía. Mucha razón tenía el padre en adornar de prendas su avasallante hermosura, pensó para sí Olavarría.

Acomodados en sus puestos, la servidumbre comenzó a servir los platillos:

—Como usted bien sabrá, mi hija, María Concepción, se casó recientemente con un primo suyo, Don Mario Pinzón. Extrañamos su presencia en el matrimonio—explicó Don Luis.

El interpelado respondió con mucha amabilidad:

—¡Me hubiera encantado asistir! Pero estuve de viajes y regresé hace cuestión de días.

Don Luis continuó enumerando las virtudes de su más joven vástago:

—Mi hija, María de los Ángeles, es una muchacha muy activa. Hace trabajo voluntario en la Iglesia de San Pedro, tiene un corazón de oro que nadie puede refutar, muy educada e ilustrada. Ha leído todos los libros de nuestra biblioteca —dijo alabancioso.

Por única respuesta obtuvo el arqueo de una ceja por parte de la muchacha. El padre continuó:

—El cordero que estamos a punto de degustar fue preparado por sus oficiosas manos.

En ese momento, un pensamiento fugaz cruzó la mente de la madre. ¿Qué tal si María de los Ángeles hubiera alterado alguno de los platillos que estaban a punto de degustar? En todo caso, ya era muy tarde para comprobar la veracidad de su teoría. Entró una mulata con los trozos, ya rebanados de cordero, y comenzó a repartirlos en los platos. La danza caótica de las llamas flameando en los candelabros sofocaba un poco el ambiente con su olor a parafina quemada. No bien los comensales habían engullido el primer bocado, cuando de pronto tuvieron que regresarlo de un escupitajo al plato. Tal como había sospechado la madre, María de los Ángeles se encargó de sazonarlo con un exceso de sal y ají que lo hacía incomible.

El padre al tornar la cabeza hacia su hija, la encontró con una sonrisa sarcástica dibujada en el rostro; lo que le indicó que el

incidente había sido causado a propósito.

—MARÍA DE LOS ANGELES —gritó— MÁRCHATE INMEDIATAMENTE A TU HABITACION.

Ella ni siquiera se molestó en guardar las apariencias, adjudicándose de inmediato la autoría de semejante desastre. Se levantó con premura, lanzó la servilleta sobre la mesa, y realizando una larga y burlesca reverencia, se despidió del invitado acotando:

—¡Espero que le haya gustado nuestra hospitalidad! Lo que degustó es solo una pequeña muestra de lo que le espera en nuestra familia —luego, se fue.

Don Luis y Doña Dolores se deshacían en excusas con Olabarría; pero, contrario a lo esperado, el acto de la chica suscitó la admiración y respeto del pretendiente. Se despidió con la convicción de que ganaría, de una manera u otra, el corazón de aquella joven tan rebelde como bonita. Le recordaba a aquellos potros bravíos y salvajes que recorrían, briosos, los bosques de Luisiana, en los Estados Unidos: fuerte, recios, altaneros. Los cogían por lazadas y los llevaban a la caballeriza del fuerte, donde un experto en entrenamiento animal, los domaba. En iguales circunstancias, esperaba él dominar el carácter indómito de la muchacha. No obstante, no pudo llevar a cabo su pretensión, porque a los días, yendo en una caravana hacia Puerto Ordaz, fue emboscado y asesinado por bandidos, quedando María de los Ángeles librada del indeseado compromiso; pero de lo que no se libró fue del castigo que la mantuvo confinada por semanas a permanecer en su habitación bajo penitencia.

Días después llegó misiva de María Prudencia comunicando la más hermosa de las noticias: esperaba un hijo. Y aunada a esta buena nueva venía otra: regresaba a Caracas. Doña Dolores no cabía en sí de la emoción: gritaba, lloraba, reía, expresando el profundo gozo que le producía el convertirse en una distinguida abuela. Don Luis expresó también su alegría y deseo que este primer vástago de la familia Fuentes Mendoza fuera un varón. María Concepción, quien se encontraba en la residencia paterna en ese tiempo por motivo de viaje de su esposo, tras conocer la noticia, salió del salón y trajo la cesta de los ovillos de lana para comenzar a tejer unos escarpines para su sobrino. María de los Ángeles recibió la noticia con profunda algarabía. Se esperaba que el nuevo integrante de la familia naciera en agosto. Los preparativos no se hicieron esperar: se arreglaría la antigua habitación de María Prudencia, se contactó a la comadrona para que dispusiera del mes de agosto para atender el parto y, se encargaría el ajuar y el mobiliario para la habitación

del bebé, ya no en Madrid sino en la provincia. Doña Dolores continuaba gastando dinero a manos llenas, sin percatarse de que los fondos venían disminuyendo sustancialmente y, de seguir aquel ritmo desaforado de gastos, pronto se verían, literalmente, en la indigencia.

# CAPÍTULO 17

## Llega María Prudencia

El buque en que llegaron María Prudencia y José Tomás atracó sin problemas en el puerto de La Guaira, estando el puerto controlado por los españoles, y siendo el mismo buque de origen español, pasaron el bloqueo sin problemas. Don Luis se levantó muy temprano aquel día. Apuró a Doña Dolores ya que tenían que bajar a buscar a María Prudencia y a su esposo. Leoncia madrugó también, para barrer el patio interior y Tiburcio, bajo protesta, se levantó para ayudarla. Le preocupaba a Dolores enormemente la salud de María Prudencia y las complicaciones del embarazo que podría acarrear la extenuante travesía marítima que tuvo que soportar la muchacha desde España. Era un viaje muy largo y tedioso para una embarazada.

Partieron muy temprano en el carruaje. Las hermanas se quedaron en casa ultimando los preparativos para la bienvenida. En el fregadero, mientras limpiaba las rosas de espinas y deshojaba las que se habían marchitado, María de los Ángeles pensaba en cómo habría afectado a su hermana el advenimiento de un hijo y la lejanía de la casa paterna. ¿Habría madurado o seguiría siendo la misma muchacha impertinente de siempre? Pensó en el bebé; imaginó al pequeño querubín teniendo que soportar las cursilerías de la madre y los estrambóticos cuidados de la abuela, las hipócritas amistades superfluas alabando su hermosura y proclamando la dicha de los nuevos padres. ¿Se quedaría María Prudencia en la casa? Dudaba que lo hiciera, por más que lo deseara su madre. El coronel había equipado la suya y natural sería que deseara la privacidad de su propio espacio. A lo mejor se quedaba con ellos algunos días, hasta que naciera el niño, ya después sería otra historia.

Sentía otra inquietud que le cercenaba el corazón: escuchó a su madre, mientras conversaba con María Concepción, que le decía que sería Leoncia quien criaría al niño. ¿Su vieja Leoncia viviendo con María Prudencia? Era un pensamiento que prefería alejar de su mente. Aquello era terrible. Aquello era inconcebible. Aquello no pasaría jamás. Ya inventaría alguna locura para asegurar que la anciana permaneciera con Tiburcio en su casa. A raíz de la noticia del advenimiento del primer nieto, sus padres dejaron tranquila a María de los Ángeles; otras preocupaciones ocupaban su tiempo y su mente, por lo que la muchacha pudo ver a Leopoldo Andrés cada vez que las circunstancias lo permitían. Así fue como se enteró de que el joven doctor intentó ver a Don Luis en varias oportunidades, pero éste se negaba a recibirlo.

Casi anochecía cuando María Prudencia arribó finalmente a la casa. Llegó como llegaría una reina a su corte, inflada de vanidades y con delirios de grandeza: abarrotada de maletas y despotricando de todas las cosas que había encontrado mal desde su arribo al puerto.

—¡Es un desastre! ¿Es qué nada funciona en este país? —dijo no más entrar a la sala de la casa y desplomarse sobre uno de los muebles, poblado de cojines, al tiempo fue Dolores la seguía alejándole el calor con un abanico.

María de los Ángeles la miró con desagrado:

—¿Debo recordarte que este país es tu país? ¿O ya lo olvidaste?

Su hermana la ignoró y continuó hablando:

—Desde que llegué todo ha resultado mal: desembarcar fue una tragedia, demasiada gente apilada en la puerta de salida, los caleteros tardaron una eternidad en bajar las maletas, el calor ha sido insoportable.

Luego, dando una mirada alrededor acompañada de un suspiro, agregó:

—¡Esta casa luce vieja! Si vieran mi propiedad en Madrid, verían que está ubicada en el lado más distinguido de la ciudad y amueblada con lo más moderno y funcional que se puede comprar en Europa. ¡Tienen que ir! —dijo dándose importancia y acariciándose el voluminoso abdomen, que lucía igual a un globo terráqueo bajo sus faldas.

—¡Cómo si fuera tan fácil salir de la provincia y eludir el bloqueo español! — refutó María de los Ángeles. La otra volvió a ignorar el comentario. En un momento dado, volteó el rostro y divisó a María de los Ángeles al pie de la escalera. La saludó con un pequeño gesto y tornó a hablar con María Concepción, quien le

hacía preguntas sobre el embarazo y Madrid; a lo que ella contestaba eufórica, exagerando los gestos.

Seguidamente, entró José Tomás, llevando en brazos una torre de paquetes, precedido por un esclavo que cargaba en lomo una pesada carga. Se dirigieron al cuarto de soltera de María Prudencia y allí lanzaron el equipaje.

—¿Tienes hambre? ¿Quieres tomar algo? —preguntaba azorada Dolores a su hija. Esta daba un intenso suspiro y solicitaba se le sirviera de inmediato un refrescante jugo de guanábana. Gritaba Dolores a la criada demandando el jugo. Minutos después entraba una mulata a la sala portando en brazos una bandeja con una jarra de jugo y un vaso.

—Hija querida, tu padre y yo pensamos que es mejor que te quedes en Las Marías un tiempo. Caracas está muy convulsionada. Creemos que estarás más tranquila allá. Además, el aire fresco te sentará muy bien.

La muchacha protestó:

—Pero si precisamente esperaba poder verme con mis amigas durante mi estada, si vieras los hermosos vestidos que he traído. En la hacienda ¿a quién se los voy a lucir? ¡También he traído regalos para todas!

—Entiendo mijita, pero debemos pensar primero en tu seguridad. Partirás en dos días, así que todavía dispones de algún tiempo para confraternizar. Además, estaremos de vuelta antes de la fecha prevista para el nacimiento de la criatura, entonces podrás salir todas las veces que quieras con tus amigas.

María de los Ángeles se cansó del denigrante espectáculo y optó por retirarse a su cuarto.

Los siguientes dos días los pasó María Prudencia y su madre visitando viejas amistades y comprando ropa de bebé. María Concepción también estuvo con ellas, pero regresó a su casa cuando llegó su marido de viaje. Pero resultó que el día que iban a partir a la hacienda, Don Luis se enfermó de una fuerte afección respiratoria y, por instrucciones del doctor, debía permanecer en cama, al menos por cinco días. Doña Dolores pensó en suspender el viaje, pero considerando que era conveniente mantener a la embarazada lejos del foco de enfermedad, no fuera esta contagiosa; se decidió que María Prudencia dejara la casa y viajara en compañía de María de los Ángeles, Leoncia y Tiburcio, ya que el esposo permanecería en Caracas algunos días más para atender asuntos legales que requerían su presencia, acordándose de antemano que en poco tiempo se reuniría con su esposa. La joven embarazada no estaba

muy de acuerdo con esta disposición, pero, al final, cedió debido a la fuerte presión ejercida por Don Luis y Dolores, quienes la instaron a pensar en la seguridad del bebé.

—No me siento cómoda yéndome a la hacienda mientras tú te quedas aquí, como si fueras un hombre soltero —dijo la muchacha echando una mirada crítica al rostro de su marido.

Se despedían a las puertas del carruaje, mientras María de los Ángeles, detrás de ellos, esperaba con impaciencia su turno para abordar. José Tomás la miró cariñosamente al tiempo que le acariciaba el abultado vientre:

—En cinco días estaré en la hacienda. Ya verás que el tiempo transcurrirá tan pronto que cuando menos lo esperes estaré de nuevo a tu lado.

Luego, dándole un beso en la mejilla, alargó el brazo y la ayudó a subir. Cuando María Prudencia estuvo instalada, subió María de los Ángeles y se acomodó en el asiento que daba el frente al de su hermana.

Doña Dolores se acercó, muy compungida, a la ventanilla:

—Hija, es probable que yo también vaya a la hacienda con José Tomás. Es solo cuestión de unos días. María Concepción y yo nos quedaremos para atender a tu padre. Pero, tan pronto termine, me tendrás allá —dijo acariciándole el rostro.

El grupo contemplaba con asombro cómo se iban amontonando maletas tras maletas en el reducido espacio del carruaje hasta casi no dejar espacio para nada ni nadie.

—Creo que vamos a necesitar otro carruaje —dijo María de los Ángeles viendo que el transporte ya estaba lleno y aún quedaban maletas por guardar.

—¿De verdad necesitas todo eso? —preguntó con incredulidad a María Prudencia.

La interpelada enseguida contestó:

—Por supuesto que lo necesito! Voy a estar allá un mes ¡Si no lo necesitara, ni siquiera me molestaría en llevarlo! ¡A veces preguntas unas cosas!...

Doña Dolores, viendo que en realidad un solo carruaje no sería suficiente para transportar todo aquel compendio de maletas y paquetes, se apresuró a dar instrucciones a un mozo para que arreglara otra carreta y se dispuso a recitarle al conductor una retahíla de recomendaciones para llevar el viaje a buen fin. Le exigía que tuviera mucho cuidado por aquellas veredas tan peligrosas, que se cuidara de tomar las curvas muy cerradas, pero que tampoco las tomara muy abiertas y que fuera tan despacio

como lo permitieran las bestias. El viejo Matías asentía sin atreverse a refutar. Llegó la otra carreta y las maletas se mudaron a esta. En el carruaje viajarían María Prudencia y María de los Ángeles y en la carreta, Leoncia y Tiburcio. El negrito sonrió con sus dientes de mazorca, no le agradaba María Prudencia y la perspectiva de pasar horas viajando con ella en el mismo vehículo lo consideraba un martirio que iba más allá de sus fuerzas. Por eso se alegró tanto cuando dispusieron que viajara en la carreta junto al equipaje. Lo acompañaría Leoncia, quien se alegró, también, por el mismo motivo.

Uno de los viajes más tediosos y aburridos era el que avizoraba María de los Ángeles ante sí. Ninguna de las hermanas Mendoza se soportaba y en cuanto a temas de conversación, eran bien pocos los que tenían en común. Sin embargo, la muchacha se hizo el firme propósito de aprovechar aquel viaje para enmendar aquella moribunda relación con su hermana, ya que deseaba estar presente en la vida del sobrino cuya llegada la llenaba de tanta ilusión.

Arrancaron los carruajes a tempranas horas de la mañana dejando tras de sí los rostros compungidos de Doña Dolores y María Concepción. Don Luis se despidió desde la ventana. José Tomás se quedó un rato más en la calle viendo cómo se alejaban hasta que las siluetas fueron tan pequeñas que ya no era posible distinguirlas.

Pronto María de los Ángeles comenzó a ver aquellos caminos, siempre amenazadores, que salían de la ciudad para adentrarse en la vegetación sombría y salvaje. Troncos desnudos junto a robles frondosos y retorcidos agitaban sus brazos bajo el fondo azulado del firmamento. La cinta terrosa del sendero, se hacía, a ratos, estrecha y empinada, y Matías tenía que recortar la velocidad y usar toda su experticia de conductor para salvar los obstáculos imprevistos: rocas provenientes de los frecuentes derrumbes, ramas caídas por las lluvias, fango maloliente, hiedra y musgo conquistando los terrenos baldíos. Hasta que luego de unos minutos, el camino volvía a retomar su silueta ancha y generosa, y el carruaje adquiría, otra vez, su caminar ágil y pausado.

Ya llevaban dos horas de camino cuando María de los Ángeles comenzó a ver la palidez en el rostro de su hermana.

—¿Te sientes bien? —preguntó alarmada.

María Prudencia apenas pudo contestar, doblegando las náuseas que le producía el vaivén del carruaje. Sus manos trataban de aferrarse, desesperadamente, al asiento para no caerse, pero sentía que todo a su alrededor adquiría un matiz borroso e irreal. La hermana, viendo la escena que se desarrollaba ante sus ojos, en un

gesto compasivo, se apresuró a sentarse a su lado y, colocando la cabeza de la enferma sobre sus piernas, sacó un pañuelo que perfumó con un poco de agua de rosas que llevaba consigo y lo pasó varias veces por su tez para refrescarla; pero María Prudencia, a cada minuto que pasaba, parecía ponerse peor.

—¡Matías, por favor, deténgase!

El carruaje se detuvo. El conductor parecía asustado y respiraba pesadamente. Indicó que no era bueno detenerse por esos caminos ya que había muchos bandidos y que estos solían aparecerse en parajes tan desolados como ese. El lugar, efectivamente, estaba solo y oscuro. Bordeado de altos arbustos y espesa vegetación, escenario ideal para un asalto, tal como decía el conductor.

—Entiendo —dijo María de los Ángeles— pero mi hermana necesita estirar las piernas y respirar un poco de aire fresco. Solo será cuestión de unos pocos minutos.

Leoncia y Tiburcio, aprisionados por el diluvio de maletas, se bajaron de la carreta y se acercaron.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se detienen?

—Es María Prudencia. Está pálida y descompensada —dijo mientras ella y Leoncia la ayudaban a bajar. María de los Ángeles estaba preocupada. Nunca había visto a su hermana así.

—Que sorba un poquito de agua, no mucho pa que no se embuche —recomendó Leoncia.

El conductor seguía mostrando signos de nerviosismo. Miraba a todos lados temiendo que en cualquier momento los asaltaran los maleantes. Detrás de cada ramaje, sospechaba la existencia de un bandido. Las mujeres estuvieron unos minutos caminando alrededor de la carreta. María Prudencia se veía cansada y frágil. Cuando se sintió mejor y le volvió el color al rostro, entonces, la subieron rápidamente al carruaje y su hermana dio orden al conductor de continuar el viaje. Afortunadamente, el resto del trayecto lo hicieron sin contratiempos. Cuando llegaron a Las Marías, al cabo de unas horas, María de los Ángeles lanzó un suspiro de alivio.

# CAPÍTULO 18

## Más problemas en la hacienda

Las colonias americanas, en su mayoría sumisas y fieles a Fernando VII, ante la brutalidad con que se estaba manejando el conflicto, comenzaron a tener un sentimiento de aversión y odio hacia España; y ante esta disyuntiva el anhelo de una patria libre, sin la intervención extranjera ni de la monarquía de Fernando VII, comenzó a engendrarse en el pensamiento de los nuevos patriotas. A la cabeza, vislumbraba un hombre, Simón Bolívar, quien se había jurado libertar a la América. A él correspondería tan magnánima tarea, así como sentar la idea de un gobierno libre e independiente en las provincias.

El 5 de Julio se concretó la firma de la Declaración de Independencia, manifestándose la decisión soberana de regir los destinos de la nación sin la participación de España. Fue un día de inusual celebración. Los delegados salieron a la calle y la gente del pueblo se les unió, festejando con gran emoción y algarabía. Hubo música y bailes. Hubo cantos y comparsas. Hubo comida y licor. Hubo esperanza y fe. Comenzaba un nuevo capítulo en la historia de aquella provincia fundada por Diego de Lozada. Quedaban atrás los días de la colonia. Fueron días de felicidad y derroche. Pero los días de celebración y fiestas cesaron pronto y un amargo despertar sacó a los caraqueños de su arrobamiento.

La noticia de un alzamiento de canarios y españoles en Valencia se difundió por toda la ciudad provocando indignación y angustia. La Junta no perdió tiempo y envió una tropa encabezada por el Marqués del Toro a fin de someter a los insurgentes. Pero el Marqués, ducho en cuestiones militares y con una fuerte formación castrense, subestimó a sus oponentes. Pensó que se encontraría con una banda de peones y campesinos armados de palos y machetes,

como había ocurrido en otras oportunidades y, aunque en principio no tuvo problemas en someterlos y ganar la ciudad, pronto los españoles se armaron y rechazaron la cuadrilla hasta obligarla a refugiarse en Maracay.

Entonces, al militar no le quedó otra opción que atrincherarse y solicitar refuerzos a Caracas. Las noticias iban y venían. No cesaba el nerviosismo. Nadie dejaba de comentar los acontecimientos que se estaban sucediendo con vertiginosa rapidez. El temor y el miedo colectivo surgieron en las calles caraqueñas con pasmosa regularidad. Los enfrentamientos ya no eran en las lejanas riberas del Orinoco o en los boscosos parajes barcelonenses. Eran en Valencia, a escasas horas de Caracas. De vencer los realistas, en cuestión de días podría estar situada la ciudad.

Por otro lado, los valencianos tampoco escapaban al temor y la incertidumbre que este hecho producía. Había, entre sus habitantes, personas que simpatizaban con las ideas republicanas y que temían alguna clase de represalia por parte de los insurgentes. Muchos hacendados tuvieron tiempo de trasladar sus bienes a otras ciudades cercanas, temiendo que los enfrentamientos tomarían mayor envergadura. Lo que no se pudo trasladar fue escondido bajo tierra, en los patios de las casas, mayormente joyas y monedas de oro. Los más comenzaron a hacer arreglos para dejar la provincia en busca de locaciones más seguras.

A Las Marías llegaron las noticias del alzamiento. También los esclavos estaban alzados, alebrestados, deseando unirse a la tropa de los realistas. Cordero Briceño, sin ninguna preparación para manejar conflictos y exacerbado por los vapores etílicos del ron que se había tomado, temprano en la tarde, en el bar de Don Rumildo, vociferaba y amenazaba con cierta cantidad de azotes y el retiro de las raciones de comida para todo aquel que intentara abandonar la hacienda. Los reunió a todos a las puertas de las barracas, en formación india, y caminaba, de arriba a abajo, con un fuete en la mano para infundir miedo y la pistola encasquetada en el ancho cinturón, poniendo mucho énfasis en las palabras:

—¡Al negro que se escape, lo persigo y lo mato! —decía sacudiendo el fuete y mirándolos con desprecio a los ojos— Don Luis pagó mucho dinero por ustedes y espero que no sean malagradecidos.

Pero los esclavos, cansados de tantos años de vejámenes, escuchaban sin pronunciar palabra, pero para sus adentros pensaban que el capataz se había vuelto loco, y a los locos no había que hacerles caso. Esa misma noche, un puñado de ellos escapó de

la hacienda, mientras Cordero visitaba a su querida en el pueblo. A la mañana siguiente le informaron que cinco esclavos revoltosos se habían dado a la fuga.

Entonces, consideró Cordero infundir mayor miedo a los que aún quedaban en la hacienda. Les gritó, los amenazó, les prometió violencias sin fin si se atrevían a poner un pie fuera de Las Marías. Nuevamente los esclavos escucharon sin chistar, y al amparo de noche, otro grupo escapó por el riachuelo, cruzando la hacienda Los Leones, para perderse por los caminos terrosos que llevaban al centro.

Esta situación representaba un gran problema para Cordero. Por un lado, Don Luis se encontraba ausente y no había forma de comunicación con él; por el otro, en el caserío, solo se encontraban las dos hijas del patrón, junto a dos esclavos domésticos. En pocas palabras, no había autoridad patronal que tomara las decisiones en la hacienda. Dedujo que, dadas las circunstancias, lo más natural sería que su persona tomara las riendas; después de todo era el capataz, y bajo su autoridad, los ayudantes y esclavos cumplían sus cotidianas tareas. Fantaseó con la posibilidad de ser el dueño de aquellas tierras tan fértiles y generosas, de cortejar a alguna de las hijas del patrón y ser envidiado por sus conocidos y amigos. Una sonrisa torcida le cruzó el rostro.

Sin embargo, todas sus maquinaciones se desvanecieron, cuando esa mañana, estando aún en las barracas, fue mandado a llamar por la señorita María de los Ángeles, quien requería su presencia en el caserío. Avisado por un ayudante, se presentó ante la joven, que lo esperaba en la sala, enfundada en los pantalones de montar de Don Luis.

—¡Mande usted, señorita! —replicó el hombre, con respetuoso tono.

La joven lo miró con resolución al tiempo que decía:

—Me imagino que ya se habrá enterado de la noticia.

El capataz asintió con un movimiento de cabeza.

—¡Muy bien! Se hace necesario que tomemos cartas en el asunto. No podemos esperar a que nos sorprendan los soldados. Créame que en cuestiones de guerra son tan perniciosos los patriotas como los realistas. Ninguno tendrá respeto por la propiedad ajena. Así que mándeme algunos esclavos de la plantación para que me ayuden a recoger todo lo que tengamos de valor en la casa.

En principio, se sintió incómodo de recibir órdenes de una mujer; pero siendo esta la hija de su patrón, no hubo nada que

pudiera hacer. Entonces, viendo que la muchacha usurpaba la autoridad del padre, se vio en la obligación de informar de las fugas:

—Anteayer escaparon cinco esclavos y anoche se fueron otros cinco. Se marcharon para unirse a las tropas realistas.

María de los Ángeles dio un fuerte suspiro y, por unos segundos, se quedó pensativa. Luego agregó:

—Hablaré con los esclavos. Iré en este momento a las barracas. Espero que se queden por colaboración, no por obligación.

—¿Y cómo piensa hacer eso? —dijo en forma sarcástica, retirándose el sombrero de cogollo de la cabeza, pensando que la muchacha estaba fuera de sus cabales.

—Les ofreceré un jornal. Que trabajen a cambio de una retribución económica o una parte de la cosecha.

El capataz la miró como si se hubiera vuelto loca, pero a ella poco le importaba lo que aquel pensara.

—No creo que Don Luis esté de acuerdo con eso —dijo Briceño.

—Los tiempos cambian, Sr. Briceño. No podemos seguir con los viejos esquemas de trabajo. Por el camino que vamos no habrá esclavos que recojan la cosecha, y eso sí sería una gran pérdida para mi padre.

Y diciendo esto, se dirigió hacia la puerta. Allí se detuvo.

—Creo que sería conveniente que me acompañe, después de todo usted sigue siendo el capataz.

Briceño corrió hasta colocarse al lado de ella y juntos fueron a buscar los caballos para ir a las barracas. Mientras caminaban, el hombre buscó conversación.

—¿Cómo está la señorita María Prudencia? —preguntó por pura cortesía.

La joven lanzó un suspiro de desesperanza:

—No está muy bien. Espero que no nos dé ninguna sorpresa. A buena hora viene a estallar esta revuelta. Vinimos hasta acá en busca de tranquilidad y fíjese lo que nos encontramos.

Fueron a las barracas y María de los Ángeles les propuso a los esclavos trabajar por un jornal. Al principio estaban recelosos con la propuesta, pero la muchacha usó su poder de convencimiento y al final, muchos acordaron quedarse para recoger la cosecha.

Briceño y María de los Ángeles regresaron a las caballerizas. Entonces, la muchacha cayó en cuenta de que algo debía hacerse con relación a los caballos. Había que alimentarlos, cuidarlos y ponerlos fuera de la vista de las tropas.

—¿Hay alguna parte donde podamos esconder a los caballos?

Briceño arrugó la cara y colocándose la mano en el mentón hizo como si estuviera pensando. Luego dijo:

—Hay un rancherío, monte adentro, donde se pueden guardar — dijo señalando en alguna dirección detrás de la casa.

—¿Y estarán seguros los caballos, allá? ¿Fuera de la vista de la tropa?

Cordero echó un escupitajo al suelo, se tomó unos segundos para pensar, y respondió:

—Si vienen por el camino del este, seguramente los verán. Recemos porque vengan por el camino de San Antonio.

—Necesitaré su ayuda, Briceño. Por favor, no me falle.

El capataz se puso a trabajar inmediatamente, haciendo a un lado su reticencia. Dio instrucciones a la cuadrilla para que prepararan a los caballos para trasladarlos al rancherío al día siguiente.

Leoncia salió de la casa con cara de preocupación. Llevaba las manos metidas dentro del delantal y buscaba a María de los Ángeles que se había ido al patio. La encontró arrancando unos rábanos de la huerta.

—La niña Maripru no está bien. La veo muy alicaída y pálida. Si se llega a enterá de que estamos aislados, se va a poné muy nerviosa.

—No le digas nada de lo que está pasando, viejita. Me preocupa que se adelante el parto y estemos aquí solas. Manda a Tiburcio a la barraca de los esclavos y pregunta si hay allí alguna comadrona. Debemos prepararnos en caso de que el niño llegue antes de tiempo. Briceño no cree que las tropas lleguen hasta acá. Pero, ¿quién sabe? ¿Cómo estamos de alimentos?

Leoncia contestó:

—Tenemos suficiente. También hay verduras en el huerto. ¡Ah! y los árboles frutales.

—Dile a Tiburcio que recoja todo. Que no deje nada en los árboles y que almacene en la cocina.

El muchacho, como invocado por el nombre, venía corriendo por el camino de tierra, al tiempo que gritaba azorado:

—Señorita María de los Ángeles un jinete viene hacia acá.

Las mujeres alzaron la vista hacia el camino. Efectivamente, la silueta de un hombre, con sombrero de ala alta que le ocultaba parcialmente el rostro, cabalgaba sobre un alazán color caramelo, cuyas crines se alzaban al viento. Leoncia apretó el brazo de la joven. María de los Ángeles corrió hasta las caballerizas para buscar una pistola y regresó junto a Leoncia. El jinete ya había traspasado

el portón de la entrada y galopó hasta situarse al frente de ellas:

—Buenos días. Soy Don Alberto León Ribas, dueño de la hacienda Los Leones. Busco a Don Luis —dijo.

Hacía muchos años que María de los Ángeles no veía al padre de Leopoldo Andrés, por lo que no lo reconoció hasta que se presentó. Con aire cordial respondió:

—Mi padre no se encuentra. Está en Caracas. No sabemos cuándo vuelve —dijo dubitativa— ¿Puedo ayudarlo en algo?

El hombre, de rostro tostado por el sol y arrugas alrededor de la comisura de los labios, tenía los mismos ojos de Leopoldo, se mostró visiblemente desconcertado por esta contingencia. No obstante, prosiguió:

—Las imagino enteradas de lo que está pasando en Valencia. Los realistas tienen el mando. Por el bien común, y a fin de salvaguardar nuestros bienes, venía a proponerle a Don Luis una tregua.

La muchacha, encontrando el planteamiento muy sensato, accedió someterse a dicha tregua:

—Cuente con eso, Don Alberto. Dejemos las diferencias de lado ¿Qué podemos hacer?

El hombre admiró la determinación de la muchacha. No había conocido, hasta ahora, a una mujer que se relacionara de igual a igual con un hombre; y aunque no estaba de acuerdo con ese tipo de familiaridades, pensó que si así actuaba es porque debía tener la venia del padre. Entonces, explicó:

—Mandé a poner un centinela en lo alto aquel cerro —dijo señalando a una montaña que se alzaba al fondo— Si ve movimiento de tropas, dará aviso de inmediato, mediante el disparo de tres balas de escopeta. Los dueños de Las Delicias y el de Otoñales también pondrán un hombre para el trabajo. Podríamos turnarnos las guardias.

—Hablaré con el capataz para que envíe un ayudante. Solo díganos el turno que nos corresponde.

—¿Están solas? —preguntó con curiosidad.

María de los Ángeles asintió:

—En la casa estamos mi hermana embarazada y yo, junto a Leoncia y Tiburcio —dijo señalándolos— En las caballerizas está el capataz y los ayudantes, más los esclavos en la barraca.

La miró confundido, pero no dijo lo que pensaba.

—Si necesitan ayuda no tienen más que llamarme —agregó— Estoy a sus órdenes. ¿Tienen armas?

La muchacha asintió. Entonces, él continuó:

—¡Será mejor que las saquen! Y si tienen joyas u objetos de valor, caven un hoyo y entiérrenlos —dijo a modo de despedida.

El visitante, quien había hablado sin apearse del caballo, torció las riendas y dio media vuelta para regresar por el mismo camino por el que había venido. María de los Ángeles, interrumpió su maniobra con un grito:

—¡Don Alberto! —dijo— sé que tiene ganado. Si desea resguardarlo, bien podría llevarlo al rancherío que está detrás de Las Marías. Queda fuera de la vista desde el sendero y hay un ala del río que desemboca allí. Su hacienda está muy expuesta y es bien sabido que los soldados son muy asiduos a los saqueos.

El hombre la miró directamente a los ojos y agradeció la oferta, exclamando:

—¿Está segura de que no quiere consultarlo con su padre? No me malinterprete, tengo en alta estima su propuesta, pero no estoy seguro que sea del agrado de Don Luis.

María de los Ángeles confirmó lo dicho:

—No se inquiete, Don Alberto. Le aseguro que no tendrá problemas.

Era tanta la seguridad en la voz de la joven que el hacendado quedó convencido de la veracidad de sus palabras.

—Siendo así, prepararé el ganado. Lo haré lo más pronto posible. Muchos de mis esclavos han desertado para unirse al ejército, así que mientras más pronto lo haga, mejor. Se despidió nuevamente y las mujeres se quedaron mirando cómo se alejaba la figura hasta que se perdió de vista al final del sendero. Entonces, Leoncia, frunciendo el ceño y colocándose las manos en la cintura, refutó:

—Mijita, ¿Usted está segura de lo que está haciendo? A Don Luis no le va a gustá.

—Mi padre no está aquí, Leoncia. Informaré a Briceño del acuerdo.

—Buen momento que escogieron los españoles pa alzase, ¿no? —comentó jocosa.

Entretanto en Caracas, Doña Dolores enfundada en su bata de crespones y con el rostro desencajado, gemía postrada en una cama, lloraba copiosamente y sus ojos comenzaron a hincharse de tanto llanto. A su lado, María Concepción la consolaba, susurrándole dulces palabras de aliento al oído, abanicándola como si con esto pudiera alejarle la pena del alma. La madre seguía quejándose:

—Mi Maripru, sola y abandonada en aquella casa. ¡Dios! ¡No es justo! ¿Por qué? ¿Por qué tuvo que pasar esto? En mala hora se nos

ocurrió que se fuera a la hacienda. Ahora, ¿Quién sabe lo que le estará pasando? ¿Y el niño? Si le pasa algo al niño, no me lo perdonaría nunca —y arrancaba a llorar nuevamente.

Su hija le infundía ánimos:

—Leoncia es muy capaz de atenderla propiamente. Lo ha hecho desde que estaba pequeña. Está bien cuidada, ya verás.

—Pero Leoncia no es una partera, María Concepción. No sabrá cómo atenderla —refutaba la madre.

En ese momento, Don Luis apareció en el umbral de la puerta. Traía negras ojeras bajo los párpados y la mirada cansada del insomnio. Entró azorado a la habitación para hablar con su esposa. Se sentó en un lado de la cama y Dolores le devolvió la mirada de angustia. Compartió con ella sus inquietudes:

—Tengo que buscar a las muchachas. Iré a caballo. No pueden quedarse allá solas.

Doña Dolores se incorporó al tiempo que se le escapaba un grito. Trató de disuadirlo:

—Es una osadía intentar tal maniobra considerando tu edad, Luis. No hay nada que quisiera más que estar con mis hijas. Pero debe haber otra forma, ya no eres tan joven como para realizar esa travesía a caballo. Además, acabas de salir de una enfermedad y estás débil. Es muy peligroso. Si te pasara algo, no sé lo que haría.

María Concepción, quien al momento en que entró el padre a la habitación se fue hasta la ventana para tomar un poco de aire fresco, intervino:

—Mamá tiene razón, papá. Podría ocurrirle algo en el camino. Es un viaje muy largo y no se sabe cómo están los caminos en estos momentos.

Al final, Don Luis se dejó convencer por las dos mujeres y bajó, con los hombros caídos por la preocupación, a la sala para reunirse con sus amigos. Don Crisóstomo, Mario Pinzón y José Tomás estaban sentados en las cómodas butacas.

Conversaban sobre los riesgos de ir a Valencia dada la situación:

—Es muy peligroso. Los caminos están cundidos de bandidos y las posadas no están funcionando. Es arriesgado lo que quieren hacer —dijo Mario.

—¡Tiene razón Pinzón! —alegó Don Crisóstomo— el general Toro está en Maracay, ha pedido refuerzos y Miranda pronto saldrá con la tropa. Es más sensato que esperen a ver cómo resultan las cosas.

Pero José Tomás no estaba como para recibir consejos:

—No puedo esperar. Esto puede durar una eternidad. Fíjense

que, en las riberas del Orinoco, los patriotas y los realistas han venido luchando desde el año pasado; y no se ve que esté cercana la resolución del conflicto.

José Tomás era coronel del ejército cuando Emparan era Capitán General, y lo seguía siendo en el ejército de los patriotas, aunque no se sabía con exactitud hacia quien se inclinaba su fidelidad. Por los momentos, lo único que le importaba era llegar hasta su esposa y su hijo y usaría todos los medios disponibles para hacerlo:

—Iré con Miranda —dijo decidido y resuelto. Luego agregó:

—Si me disculpan, iré inmediatamente al cuartel general. Averiguaré cuándo salen y me alistaré.

Se levantó apresuradamente y se despidió de los presentes con un apretón de manos. Salió de la casa y se enrumbó hacia el cuartel. Pensó en María Prudencia y tuvo la sensación de estar haciendo lo correcto al arriesgarse en aquellos menesteres.

En otro lugar de Caracas, Leopoldo Andrés, caminaba, preocupado, por todo el contorno de la sala de su casa. Volvía una y otra vez sobre sus pasos. De vez en cuando, se detenía y tomaba un trago de licor, y volvía a caminar, pensativo. Por la ventana se escurría un débil rayo de sol. Sus padres estaban aislados en Valencia, y María de los Ángeles se hallaba también varada por aquellos lares. Después de algunas deliberaciones, decidió ir al cuartel general para alistarse en las filas que comandaría Miranda. Era la única manera de llegar a Valencia en ese momento.

Se decía que los españoles estaban atrincherados en una fortificación en el cerro el Morro, lugar alejado de Los Leones y Las Marías, pero con las tropas en constante movimiento y en necesidad de provisiones, siempre existía la posibilidad de que se volcaran a las haciendas cercanas para proveerse.

¡Terrible incertidumbre aquella que moraba en todos los rincones! Odio entrañable incubado en el corazón mismo de la provincia, extendido como una perniciosa mancha hacia todos los rincones. Europeos y criollos, hacendados y empleados, esclavos e indios, unos a favor o en contra del proceso independentista. Separados por sus convicciones políticas; apoyando a los republicanos o a los peninsulares, terreno fértil para las más inusitadas discordias, se amoldaban a uno u otro partido, dando comienzo a una sangrienta guerra civil.

Partió Miranda en auxilio del General Toro. Leopoldo Andrés y José Tomas iban entre sus filas. Se reunían, se agolpaban en un solo ejército las fuerzas de Miranda y las del Toro. Se movían con disciplina. La artillería ocupaba el flanco central. La caballería los

secundaba. Atizaban los hombres los caballos para la inminente batalla. Rugían fuertes, briosos, al encuentro del brutal enemigo. Bayonetas y fusiles terciados al frente, municiones, arneses, armas. Estruendoso ruido de los cascos de los caballos martirizando la tierra. Caminaban a sabiendas de que algunos no volverían a recorrer, de vuelta, la tierra que ahora pisaban.

Llegado al punto de batalla, Miranda se detuvo. Se reunió la tropa en las faldas del cerro. Se situaron los soldados que medían con la vista la distancia que los separaba de los enemigos. A la orden del general, avanzaron. Estrepito de armas y cañones invadieron el sereno tramo. Atacaron con bravura. Los realistas se resistieron. Lucharon pelearon, mataron.

Pero, esta vez, la Providencia acompañó a los patriotas y estos arrojaron a los revoltosos de la fortificación. Horas más tarde, capitulaban los españoles y aceptaban las suaves condiciones impuestas por Miranda. Una vez más el audaz general se llenó de gloria.

Después de la victoria, los soldados se asentaron en un campo cerca de la ciudad. Entre el puñado que salió ileso se encontraba Leopoldo Andrés. Hastiado de sangre, soltó el fusil, pero tuvo poco tiempo para lamentos. Se puso a trabajar con otros compañeros para levantar un hospital de campaña para atender a los heridos del combate. Trabajó sin descanso atendiendo a los enfermos, pensando en solicitar licencia tan pronto se estabilizaran.

José Tomás era uno de los heridos. Un fogonazo le incrustó esquirlas en su muslo derecho y fue trasladado al improvisado hospital de campaña. Afortunadamente, su condición no era grave y podía moverse sin dificultad. Leopoldo Andrés lo atendió diligentemente. Vertió polvos sulfatados y esterilizó la herida. La conversación casual lo llevó a compartir con Leopoldo su añoranza por ver de nuevo a su esposa, comentándole, entonces, su situación: la esposa recluida en Las Marías, sin saber nada del hijo que esperaban. Pronto Leopoldo Andrés se percató de que estaba conversando con el esposo de María Prudencia; lo había visto brevemente en la celebración de bienvenida de Emparan.

—Conozco a los Mendoza; bueno, al menos a uno de sus integrantes, María de los Ángeles. Mi familia vive en Los Leones, la hacienda que se encuentra justo al lado de Las Marías. Y aunque en estos momentos mi padre está enemistado con Don Luis por una disputa por linderos, tengo la esperanza de que esta situación se resuelva pronto y las dos familias puedan recuperar los lazos de amistad que una vez tuvieron. Esperaba pedir licencia para ir a ver

a mis padres, ahora que el conflicto ha terminado. Espero convencerlos para que se marchen a Caracas.

José Tomás, añadió con cierta sorpresa:

—¡Qué pequeño es el mundo! ¿Quién diría que ambos tendríamos intereses similares? Hablemos con el comandante y pidamos la licencia. Podemos hacernos compañía mientras cabalgamos juntos hacia las haciendas a ver a nuestras familias.

Así lo hicieron y los dos hombres consiguieron la licencia. Consideró el comandante que estando los enfermos debidamente atendidos y al cuidado de otros doctores, los servicios de Leopoldo Andrés no eran requeridos. Así que, ante la apremiante expectativa de reunirse pronto con sus familiares, apilaron sus cosas, tomaron sus caballos y partieron sin demora.

Pasaron las horas y los soldados reposaban rendidos, sobre la hierba, cansados, desfallecidos, después del arduo combate. Aquella noche no hubo luna. Total oscuridad se asomaba por todas partes, al igual que el cantar de los grillos y los sapos. Algunos dormían sin importarles la dureza del suelo donde apoyaban la cabeza. Una brisa extraña refrescaba los rostros mustios. De pronto, se oyó un ruido. Luego, este se multiplicó por mil. Asombrada, atónita, despertó la tropa por el aplastante sonido de los fusiles. Por un error garrafal, luego de la capitulación de los españoles, las armas habían quedado en poder de los realistas. Y estos, viendo oportunidad de arremeter contra los patriotas que aún se hallaban en los campos, salieron de los cuarteles al amparo de la noche y los emboscaron.

Corrían los soldados por todos lados, huyendo del infatigable fuego español, gritos de dolor y angustia se escuchaban sin cesar cuando los fusiles herían los cuerpos patriotas, corría abundante la sangre que se bebía la pujante tierra. Corrieron sin dirección ni orden. Miranda escapó por poco y pudo replegarse en Guacara con lo que le quedaba de tropa. Los españoles, ansiosos de venganza, degollaron hasta a los enfermos que habían quedado en el hospital y se apropiaron de las armas y municiones que quedaron.

En el instante de la masacre, José Tomás y Leopoldo Andrés llegaban a Las Marías, inocentes de lo ocurrido en el campamento. Los caballos supuraban saliva por la boca. Estaban cansados, sedientos y hambrientos. El manchón blanco de la casa se distinguía entre los rasgos borrosos de la vegetación. Acuñaron las espuelas y llegaron hasta el frente del caserío. Inmediatamente, los perros que estaban en el patio comenzaron a ladrar. Alertado por los ladridos, se incorporó Briceño de la cama y se asomó a la ventana. Vio a dos

hombres que se disponían a entrar a la casa. Sin pensarlo dos veces, tomó la escopeta que mantenía siempre a un lado y corrió hacia el caserío, apuntando a los intrusos.

A la voz de alto del capataz, se volvió José Tomás. Entonces, Briceño, reconociendo la cara angulosa y las largas patillas del marido de María Prudencia, depuso el arma, lo saludó y tras un corto intercambio de saludos, volvió a su pieza.

Dentro de la casa, Leoncia se incorporó y corrió hacia la habitación de María de los Ángeles. Llevaba una vela encendida en una mano y en la otra un garrote. Alertada por las voces y el alboroto de los perros, la muchacha se había despertado ya. Con Leoncia a sus espaldas, caminó con sigilo hasta la puerta de entrada, temiendo que fueran los soldados los que provocaban aquella algarabía.

—¡Cuidao, mi niña! —recomendaba, asustada, la mulata, a quien no le faltaban fuerzas ni bríos para defenderse de lo que sea que estuviera perturbando la tranquilidad de la noche.

Abrió el pesado portón y lo primero que vieron sus ojos fue la figura cansada de Leopoldo Andrés. En un arranque de alegría y, sin tomar en cuenta a los presentes, corrió hasta estrecharse entre sus brazos. A José Tomás, que ya estaba enterado de los lazos de amistad que unían a su cuñada con su amigo, la escena no le pareció extraña, pero siendo su prioridad saber del estado de su esposa, inmediatamente indagó sobre su salud. Y dirigiéndose a Leoncia, preguntó:

—¿Cómo está Maripru? —al tiempo que entraba a la casa. María de los Ángeles se desembarazó de los brazos de su enamorado por unos momentos, y tornándose hacia el angustiado esposo y siguiéndolo dentro de la casa, contestó:

—Está en el cuarto de mis padres. ¡Cuánto me alegro que estés aquí! No ha estado bien. Será mejor que la mires con tus propios ojos.

Y tomándolo de la mano, lo llevó hasta la habitación donde reposaba la esposa. Leoncia y Leopoldo Andrés les siguieron los pasos. El marido entró y miró, compungido, el bulto blanquecino que envuelto en una delicada sábana dormía un sueño intranquilo. Se alzaban, en ese momento, las vaporosas cortinas por la tenue brisa que tímidamente entraba por la ventana abierta. Se acercó con sigilo y se sentó en una pequeña silla que estaba al lado de la cabecera, quedando de frente a la muchacha. Amorosamente posó su mano sobre la tibia frente, al tiempo que tomaba su mano. Tan pronto la esposa sintió el contacto de José Tomás, despertó:

—¡Estás aquí! ¡Estás aquí! Tenía miedo de morirme sin verte.

El coronel se asustó al oír aquellas palabras:

—¿Por qué hablas de muerte, amor mío? Aún nos quedan muchos años por vivir y para criar a nuestros hijos.

La esposa lloraba. Se incorporó con dificultad del lecho y trataba de aferrarse al pecho del marido con desesperación. Este la instaba a tomar las cosas con calma y a permanecer en la cama.

—No me he sentido bien. Tengo tanto miedo de perder al niño —dijo aterrada.

Leoncia, María de los Ángeles y Leopoldo Andrés se mantenían afuera de la habitación para darle privacidad a la pareja. La vela que Leoncia sostenía entre sus manos alumbraba la totalidad del corredor.

En vista de la preocupante situación de su hermana y de la afortunada coincidencia de que Leopoldo Andrés se encontrara en la casa, María de los Ángeles le pidió que examinara a María Prudencia y emitiera un diagnóstico. El joven doctor accedió en el acto y tan pronto se retiró José Tomás de la habitación para tomar un rápido refrigerio, entró Leopoldo a realizar su tarea. Afuera, los rostros ansiosos esperaban. Media hora de angustia pasó hasta que el joven doctor salió. Por la expresión del rostro, los presentes supusieron que las noticias no eran buenas:

—Está muy débil. Sufre de un severo caso de anemia que debemos corregir de inmediato. El niño está bien, pero no podemos moverla en estas condiciones. Me temo que tendrá que quedarse en la hacienda hasta que nazca el niño. Cualquier movimiento brusco, acelerará el parto y no contamos con los medios para atender a un bebé prematuro. Recomiendo reposo absoluto y una estricta dieta que le suba las defensas.

José Tomás, habiendo comido una ración de asado negro, arroz y plátano que la vieja Leoncia le hizo comer en la cocina antes volver a la habitación, agrió el semblante:

—Me temo que no es lo que esperaba. Guardaba la secreta esperanza de llevarla a Caracas para que fuera atendida por los mejores médicos. El anhelo de mi corazón es quedarme hasta que nazca el niño, pero solo tenemos tres días de licencia y debemos reincorporarnos al batallón pasado mañana —dijo, preocupado.

Oyendo que su esposa lo llamaba, entró nuevamente a la habitación, no sin antes despedirse de Leopoldo Andrés y agradécele por todas sus atenciones.

Se retiró Leoncia a su habitación, mientras María de los Ángeles acompañaba a Leopoldo Andrés hasta la puerta.

—¿No te puedes quedar unos minutos más? —preguntó ansiosa la muchacha— No has comido nada. ¿Seguro que quieres perderte el famoso asado negro de Leoncia? Te juro que no hay nada mejor en toda la cocina valenciana.

Él le acarició el mentón con cariño. Ella sonrió, acoplándose a sus brazos.

—Nada me encantaría más que quedarme en este momento contigo y degustar el famoso asado. Pero debo ver cómo está mi familia. No he sabido de ellos en semanas.

Entonces, la muchacha, separándose un poco, le comentó de la visita de Don Alberto.

—Tu padre vino por acá en estos días. Vino a proponernos una tregua. Consideró que, en las actuales condiciones, bien valía la pena deponer nuestras diferencias y unir fuerzas para defender los intereses de las haciendas. Los hacendados la zona han colocado centinelas en lo alto de aquella loma para vigilar los caminos por si aparecen los soldados. Le indiqué que podía guardar su ganado en nuestra hacienda. Fue muy amable conmigo.

Leopoldo Andrés quedó gratamente sorprendido por lo acontecido. Su padre ya había conocido a María de los Ángeles y resurgieron sus esperanzas de que entendiera el gran amor que sentía por ella.

—Volveré mañana. Estoy exhausto. Mi madre debe estar angustiada, sin tener noticias mías.

Se despidió de la muchacha en la puerta de la casa. Besó los cabellos que le caían en la frente y acarició con ternura las mejillas de su tez. Se fue caminando hasta el caballo, desató las bridas y lo montó, apretando las espuelas. María de los Ángeles lo vio alejarse por el serpentino camino. Cuando el cansado doctor llegó a Los Leones, comenzaba a blanquear el alba.

A la mañana siguiente, Briceño trajo noticias de lo ocurrido con los patriotas. José Tomás se había levantado muy temprano y desayunaba con María de los Ángeles en el amplio comedor, al momento en que capataz entró a comentar la novedad. Un fuerte olor a café recién colado salía de la cocina y Leoncia, haciendo gala de gran hospitalidad, sirvió un poco en un pocillo y lo brindó al capataz, quién lo saboreó con extremo gusto. Fue invitado a desayunar, pero este ya se había comido sus dos arepas con estofado de cochino, en el comedor adjunto a la cabelleriza en compañía de los ayudantes. Se reunieron en la sala. El capataz, José Tomás y María de los Ángeles conferenciaban sobre lo que debía hacerse:

—La situación es muy delicada —decía Briceño— Las Villas y Caruaro, más cercanas a Valencia, ya fueron saqueadas. Lo dueños y sus familias pudieron refugiarse en San Mateo, pero me temo que las haciendas quedaron destrozadas y tomará mucho tiempo reconstruirlas.

Considerando el desenvolvimiento de los hechos, pensaba José Tomás que María Prudencia no podía permanecer ni un minuto más en la hacienda. A su entender era cuestión de tiempo que las tropas llegaran hasta allí. Había que arriesgarse a trasladarla a Caracas.

—¿De cuantas carretas o carruajes disponemos? —interrogó.

María de los Ángeles miró a Briceño a la espera de una respuesta.

—Tenemos tres carruajes y ocho carretas. También varios caballos, pero no todos están en condiciones de viajar.

En ese momento, los cascos de un caballo se escucharon a la entrada de la casa. Era Leopoldo Andrés que, enterado de la noticia, se presentó en Las Marías para disponer los detalles para la partida de las mujeres.

—¿Ya lo sabes? —preguntó María de los Ángeles, quien corrió hacia la puerta y la abría en ese momento.

Me acabo de enterar —dijo caminando con ella hacia el comedor, donde se hallaban los demás. Al verlo, José Tomás se levantó de la silla para estrecharle la mano en son de saludo.

—Imagino que ya estas enterado.

—¡Sí! —interrumpió el otro, con el semblante inquieto— Miranda está en Guacara.

Se perdieron las municiones y parte del armamento. Degollaron a los enfermos del hospital.

—¡Avemaría Purísima! —exclamó Leoncia con horror desde el comedor. Retiraba los platos de la mesa y se persignaba, simultáneamente, para alejar las fatalidades y pedir la protección de San Benito para aquellos días tan llenos de maldad y sangre.

A pocos pasos de allí, sentado en un taburete, Tiburcio sostenía una arepa con sus dos manos y le clavaba los portentosos dientes, concentrando toda su atención en esta acción, muy alejado de los conflictos de la guerra.

—Aprovecharé los días que me quedan de licencia para llevar a mi madre a Caracas —dijo Leopoldo Andrés— Mi padre es muy testarudo. No quiere abandonar la hacienda, pero tan pronto instale a mi madre en mi casa, regresaré para ponerme a la orden de Miranda.

—Yo haré lo mismo —dijo José Tomás— pero, primero, debo

sacar a María Prudencia de aquí. Estamos afinando los detalles para partir esta misma tarde.

Con el corazón oprimido, lleno de angustia, María de los Ángeles escuchaba a los hombres planear los detalles de la partida. Su mayor preocupación era su hermana.

—¿Cómo lo haremos? —preguntó María de los Ángeles interrumpiendo la conversación de los caballeros.

Estuvieron largo rato ponderando las alternativas. Finalmente, José Tomás se decidió:

—Briceño, —ordenó— tome el mejor carruaje y sáquele los asientos. Deje solo espacio para que quepa una cama y una silla. Allí irá Maripru y un acompañante.

María de los Ángeles se dirigió a Leoncia, quien sacudía ahora los cojines de la sala, para quitarles el polvo:

—¿Consiguió Tiburcio a la comadrona?

Leoncia negó con la cabeza, mientras continuaba con su ajetreada tarea de limpieza.

—No tenemos a nadie.

Entonces, Leopoldo Andrés intervino:

—Una de las esclavas de Los Leones ha atendido todos los partos de la barraca. Puedo llevármela para que atienda a tu hermana, si dado el caso se adelanta el parto —sugirió.

María de los Ángeles, considerando las aprensiones de su hermana con la gente de color, no estaba segura de que esta consintiera en que una mulata recibiera a su primogénito en este mundo; así que antes de aceptar la propuesta, pidió unos minutos para consultarla. Mientras ella se dirigía a la habitación, Briceño pidió permiso para ausentarse y comenzar los preparativos para adecuar el carruaje. Por su parte, Leopoldo Andrés se marchó para buscar a su madre. Acordaron reunirse en la hacienda, unas horas más tarde, para salir en caravana.

María de los Ángeles entró en la habitación donde se hallaba su hermana, y pudo ver que tenía mejor color. La cercanía del esposo le había devuelto algo de la vitalidad perdida y se hallaba más animada y comunicativa. Estaba sentada al borde de la cama, vestida con su bata de borlas y encaje a la espera de su marido para dar un paseo por el corredor y respirar aire fresco. Tomándola de las manos, María de los Ángeles comenzó a hablar:

—Hermana —dijo— se ha presentado un inconveniente. Ha estallado una revuelta en Valencia y los patriotas no han sido capaces de contenerla. Ha habido enfrentamientos y muertes. Debemos salir inmediatamente de la hacienda y trasladarte lo antes

posible a Caracas; ya que no sabemos qué pueda pasar aquí. Es posible que los realistas se presenten.

El rostro de María Prudencia tornó de un rosa pálido a uno blanco férreo, llena de terror. Los latidos de su corazón se aceleraron y supo instintivamente lo que aquella noticia significaba para ella y el bebé. Su hermana continuó hablando:

—Como ya sabes, Leopoldo Andrés es doctor y nos acompañará a Caracas en este viaje. Estará con nosotros por si acaso se presenta una complicación; pero la comadrona, que debemos llevar en caso de emergencia, es una esclava de su hacienda. Es una persona de color, experimentada en labores de parto que ha servido en su casa por muchos años. ¿Estarías de acuerdo en que te asista, de presentarse el caso?

María Prudencia, con los ojos azorados de terror, cotejaba con su imaginación los posibles desenlaces de aquella realidad que recién acababa de develarse ante sus ojos. Nunca antes tuvo que decidir en las cuestiones importantes de su vida. Siempre era su padre quien decidía por ella. En efecto, no deseaba que ninguna persona de color tocara a su niño.

—No, María de los Ángeles. Mi hijo nacerá en Caracas, atendido por los mejores doctores, no recibido por una negra como si fuera un esclavo —dijo al borde de las lágrimas.

María de los Ángeles no podía creer lo que escuchaba.

—No puedo obligarte si no lo deseas, pero igual la llevaremos en caso de emergencia. Si es necesario hablaré con José Tomás para que te obligue —y diciendo esto, salió de la habitación.

María Prudencia sabía que cualquier complicación podría costarle la vida, o la de su hijo, pero le causaba estupor que una negra se encargara del parto. En todo caso, prefería que Leopoldo Andrés la atendiera, era doctor y debía saber cómo traer a un niño al mundo. Sabía que María de los Ángeles no le hubiera propuesto aquello si no lo considerara absolutamente necesario, aun así, tenía sus remilgos.

María de los Ángeles tenía la secreta esperanza que, de presentarse el parto, su hermana tendría la sensatez de aceptar a la comadrona de Los Leones. Quizás, con el tiempo, su hermana podría ver la verdadera esencia del ser humano obviando el color de la piel. Salvadas las aclaratorias continuaron los preparativos para el viaje. Convenció José Tomás a su esposa de llevar solo lo que fuera indispensable, dejando los objetos de valor a buen resguardo en la bodega.

Horas más tarde, llegó Leopoldo Andrés, conduciendo el

carruaje, acompañado de su madre y Jacinta. Se ubicó al frente de la casa, al lado de la carreta donde José Tomás y Tiburcio estaban cargando los enseres. Se apearon los visitantes, y, al momento salieron de la casa María de los Ángeles y Leoncia. Leopoldo Andrés aprovechó la ocasión para hacer las presentaciones de rigor:

—Mi madre, Doña Mercedes —dijo dirigiéndose a la muchacha — y Jacinta.

Doña Mercedes, muy afablemente, saludó a María de los Ángeles, sin mencionar el lamentable episodio de la disputa por los linderos.

—Estoy encantada de conocerte. Mi hijo me ha hablado mucho de ti.

María de los Ángeles no supo qué contestar y para palear el silencio incómodo que se produjo en ese instante, las invitó a entrar a la casa para refrescarse mientras Tiburcio, José Tomás y Leopoldo Andrés, quien se unió a la tarea, terminaban de cargar el equipaje. Minutos más tarde, cuando las mujeres instaladas en un saloncito íntimo que estaba al lado de la sala principal, degustaban un refrescante colado de horchata y conversaban animadamente, entró José Tomás indicando que ya todo estaba en orden y que podían marcharse. Entonces, subió María de los Ángeles a buscar a su hermana que esperaba con impaciencia en la habitación y la ayudó a caminar hasta el carruaje, con extremo cuidado, ayudada por Leoncia. La alzó José Tomás en brazos para colocarla en la cama adosada al carruaje y, posteriormente, se acomodó María de los Ángeles en la silla que estaba a su lado. El viejo Matías se situó al frente, y todos los demás ocuparon sus posiciones. En el segundo carruaje iban Leoncia y Tiburcio; y Doña Mercedes y Jacinta ocupaban el tercero, siendo Leopoldo Andrés el conductor. José Tomás los escoltaría a caballo. Llamó María de los Ángeles al capataz por la ventanilla para girarle las últimas instrucciones:

—Briceño, si se supiera que vienen las tropas, deje en libertad a los esclavos y váyase de la hacienda. No exponga la vida por cuidar los bienes materiales. Hay suficiente comida en las alacenas para dos meses.

Leopoldo Andrés, quien sosteniendo las bridas de los caballos escuchó la conversación, agregó:

—Si necesitan algo, vayan a Los Leones. Allá mi padre proveerá lo necesario. De cualquier manera, lo verá frecuentemente ya que tiene el ganado resguardado en Las Marías.

Briceño asintió con la cabeza y los vio partir por el camino de tierra que salía de la propiedad. Con lentitud y muy pensativo, se

dirigió a las caballerizas para continuar con sus quehaceres. Los ayudantes lo observaban expectantes.

—¿Y ahora qué hacemos, patrón? —se atrevió a preguntar uno de ellos.

—¡A trabajar! ¿Qué más? —y se puso a desatar unas correas que estaban desperdigadas a las puertas del estable. Entonces, los demás volvieron a sus labores.

El capataz se veía sereno, pero, por dentro, estaba aturdido como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza. ¿Qué haría él de presentarse los realistas o los patriotas? No estaba seguro de cuál sería el mejor proceder. No era él hombre de enfrentamientos, ni los deseaba. Decidió que tomaría todo lo que hubiera de valor en la hacienda y se marcharía, y, dado el estado de incertidumbre y ambigüedad que sacudía la provincia, bien podría aducir haber sido víctima de actos vandálicos por parte de los soldados o por los maleantes que abundaban en la zona. Que vieran los esclavos cómo se las arreglaban, no iba él a arriesgar su pellejo por una cuerda de manganzones.

La caravana salió de Las Marías. Los tres carruajes iban en fila india con paso sereno y moderado, bajo un incipiente sol que se asomaba detrás de una colina tintada de verdes y aguamarinas. José Tomás montaba a Azabache, el purasangre favorito de Don Luis que pateaba el suelo con bríos y hacía retumbar las piedras huidizas del camino. El joven esposo marchaba adelante, tranquilo, atento al paisaje que se le presentaba a la vista. Atisbando tras los matorrales los posibles peligros, miraba a los lados con sigilo, pendiente de cualquier ruido o sonido que indicara la presencia de personas. Pasaron frente a Los Leones. Don Alberto estaba con unos peones reforzando las alambradas, junto a un grupo de esclavos que cortaba leña a un costado del camino. Al divisar la caravana, los saludó en la distancia.

En ese momento, María de los Ángeles miró a su hermana. Seguía dormida pero su cara se veía ligeramente roja y con transpiración, como si tuviera fiebre. Le tanteó la frente y la sintió tibia. Arrugó el ceño y pidió a Dios que los síntomas fueran solo producto del calor. ¡Cómo deseaba ahorrarle aquellas molestias a su hermana! Si estuvieran en Caracas, ya sus padres se habrían encargado de todo. Entonces, estarían María Prudencia y el niño bien atendidos, con los mejores cuidados médicos calificados de la ciudad, y no en aquel montarral inhóspito cundido de insectos y alimañas.

Faltaban aun horas de camino. La desesperanza invadía su

corazón. ¿Y si le pasaba algo al niño? No quería ni pensar que semejante escenario fuera posible. Alejó ese pensamiento y optó por imaginarse en cómo serían los rasgos físicos del niño, a quién se parecería. Observó el vientre de su hermana y juró que amaría al bebé con toda la fuerza de su corazón, lo mimaría hasta malcriarlo y lo enseñaría a encaramarse en los guayabales y a jugar con tierra y pantano. Una sonrisa surcó su rostro ante tales ternuras.

El sonido del río les llegaba de lejos, amortiguado por la espesa vegetación que crecía a su vera. Ensenadas de árboles se mostraban ante sus ojos, pero no podía disfrutar aquellos exuberantes paisajes ya que su atención estaba centrada exclusivamente en su hermana. Seguía la enferma rendida en un profundo sueño. Lo prefería así. De vez en cuando, se acercaba José Tomás galopando, preguntando por su esposa por la ventanilla.

—Tiene un poco de calentura por lo recio del sol, pero ya se le está pasando — respondía la muchacha para no preocupar al marido.

El camino parecía más largo que de costumbre. Pero el calor, aquel incesante y ardiente calor, aquel bochornoso y sofocante calor, era lo más martirizante del camino. Sudaba copiosamente y María Prudencia también. Los árboles y matorrales le parecían figuras fantasmagóricas que se alzaban con funestas premoniciones. El sonido de un ave le parecía un lamento desgarrador que venía del fondo de un abismo. ¡Qué angustiosos son los objetos inanimados cuando el espíritu está anegado por la angustia!

Los peores terrores se hicieron realidad cuando a mitad de camino María Prudencia comenzó a tener dolor. María de los Ángeles, sacó la cabeza por la ventanilla e instó a los jinetes a detenerse:

—¡Alto! —gritó.

Se detuvieron. Se bajaron todos y arremolinaron alrededor del carruaje de María Prudencia.

—Leopoldo, mi hermana siente mucho dolor; una punzada cada media hora.

Se bajó la muchacha para que el doctor pudiera entrar a examinarla. José Tomás tenía el semblante retraído y se retorcía las manos en señal de nerviosismo. Se acercó Doña Mercedes a confortarlo.

—¡Cálmese, joven! Todo saldrá bien. Las mujeres somos más fuertes de lo que parecemos y nuestro cuerpo sabe lo que se necesita para traer un niño al mundo. ¡Confíe en Dios!

El joven luchaba por contener las lágrimas. No pudo hablar ni

agradecer el consuelo de Doña Mercedes. Salió Leopoldo Andrés diciendo:

—¡Temo que tenemos que prepararnos! —y llamando a Jacinta, dijo— Aún faltan horas para el alumbramiento, pero este niño se está preparando para nacer.

José Tomás tomó a Leopoldo Andrés por el brazo y se alejó a unos metros del grupo, al tiempo que decía:

—Quiero que veas esto —y caminó con él hacia una pequeña loma desde donde se veía parte del trayecto que aún les quedaba por recorrer. Se agachó e hizo que Leopoldo Andrés se agachara también— ¡Hacia allá! —dijo señalando una dirección.

Un grupo de negros estaba apostado a pocos metros de donde ellos se encontraban, charlando y tomando licor bajo la copa de unos árboles. Dos de ellos apilaban leña, como para encender un fuego para pasar la noche; los demás echados en el suelo, bebían de una botella que se iban pasando de mano en mano. Tenían algunos caballos atados con mecate a un tronco; y filosos machetes y palos que reposaban sobre la superficie engramada del sitio. Desde lejos se oían sus risotadas y las mordaces voces. A Dios gracias los carruajes habían quedado ocultos por la endeble loma y los negros no se habían percatado de su presencia.

Leopoldo Andrés dijo:

—No parecen amigables. Creo que es la pandilla de Carlos Gil. Pienso que debemos retroceder lo suficiente para que no nos vean o escuchen; y tratar de esconder las carretas de su vista. Si van a Caracas, no habrá problemas porque ellos llevan la delantera; pero si van a Valencia, nos verán.

Los hombres comenzaron a bajar la cuesta, arrastrándose por el monte.

—¡Tienes razón! —dijo José Tomás — A corta distancia de aquí vi un lugar que servirá a nuestro propósito. ¡Vayamos inmediatamente!

—¡No! —lo retuvo el doctor por el brazo— ¡No tenemos tiempo! María Prudencia está muy mal. Debemos esconder las carretas, tan silenciosamente como podamos, detrás de esos matorrales y mantener vigilancia sobre la loma, por si hay algún movimiento por parte de los negros; cosa que no creo que hagan ya que, considerando la cantidad de botellas, han ingerido mucho licor.

José Tomás comunicó la noticia a las mujeres e instruyó al viejo Matías y a Tiburcio para que escondieran las carretas lo más silenciosamente posible. Solo María Prudencia permaneció ignorante del peligro de la presencia de los negros; la muchacha

tenía ya bastantes preocupaciones para agregar una más al compendio. Pero, en cuanto al resto, María de los Ángeles, Doña Mercedes, Jacinta y Leoncia, el miedo hacía mella en sus rostros y el nerviosismo se dejaba entrever en cada uno de sus comentarios. Encima se les venía el atardecer y pronto los cubriría la noche.

Completada la maniobra, José Tomás dijo:

—¡Haré guardia para vigilar el movimiento de los negros!

Tiburcio, con un machete, cortaba el monte y Leoncia reunía leña para un fuego. Debían hacer una pequeña fogata para hervir el agua y el instrumental para el parto, y para esto, tendrían que esperar el momento justo antes del nacimiento, confiando en que la noche, o la madrugada, cubriría el rastro del humo que inevitablemente se vería detrás de la loma. Mientras, Leopoldo Andrés y Jacinta se preparaban para atender a María Prudencia, quien se quejaba de un profundo dolor. María de los Ángeles y Doña Mercedes, sosteniendo su mano, trataban de confortarla.

Pasaban las horas y María Prudencia seguía padeciendo las angustias del parto. Tiburcio sustituía a ratos a José Tomás, para que este pasara algunos momentos con la esposa.

—¡Ya falta poco! —le dijo Leopoldo a José Tomás— al ritmo que va, tu hijo nacerá pronto.

Un fuerte sudor bañaba el rostro de José Tomás. Los minutos pasaban y con ellos se incrementaba la sensación de inminente peligro. Se secó el sudor con la mano.

Su hijo nacería pronto. Quería expulsar de su cabeza cualquier vestigio de preocupación, pero, bajo aquellas circunstancias, cualquier cosa podría ocurrir. No obstante, la presencia de Leopoldo Andrés le brindaba un poco de seguridad. Volvió a la loma a vigilar a los negros.

Un cacho de luna alumbraba el valle y las montañas con su luz glacial y marina. Un centenar de luceros la acompañaban en aquella noche sobrenatural en la que ninguno de los presentes podía dormir. Hacía frío, y, como era tarde, montaron una pequeña hoguera para calentarse. Jacinta y Doña Mercedes velaban al lado de la muchacha, dando suaves masajes con su mano al vientre de la embarazada, monitoreando los movimientos del bebé.

—¡Todo va bien! —le dijo Jacinta con una sonrisa.

María Prudencia se quejaba del intenso dolor y luchaba por no gritar. Sudaba y lloraba, y a ratos, parecía que se iba a desvanecer. Luego, irrumpía, con nuevos bríos, en la lucha eterna de traer una vida al mundo.

Afuera, sentados sobre rocas alrededor del fuego, Leopoldo

Andrés, María de los Ángeles, Leoncia y Tiburcio, aprovechaban un rato de descanso.

Bajó la loma, corriendo, José Tomás.

—Se mueven los negros —dijo con los ojos llenos de angustia, sintiendo una sensación dolorosa en la boca del estómago.

Se levantó, rápidamente, Leopoldo Andrés, para apagar el fuego, diciéndole a Tiburcio y José Tomás:

—Tomen los caballos y llévenlos monte adentro. Y recemos a Dios porque no les dé por relinchar. Está oscuro y las carretas no se verán desde el camino. Leoncia, adviértele a mi madre y a las demás que se cuiden de hacer algún ruido —dijo casi en susurro.

Tiburcio, vacilando, con los ojos agrandados, anunció temeroso:

—Yo no quiero ir monte adentro. Está muy oscuro y puede haber alguna culebra.

Leopoldo Andrés, ofuscado, lo amenazó con resolución:

—¡No hay tiempo para cobardías! ¡Es la culebra o el machete, tú escoge! —dijo mostrándole la banda afilada.

José Tomás y Tiburcio se perdieron con los caballos en lo profundo de los matorrales y Leopoldo Andrés se refugió detrás de la carreta, con el arma desenfundada entre sus manos, luego de informar a las mujeres que los negros ya venían por el sendero hacia ellos.

Los minutos pasaban lentamente, la luna seguía alumbrando con su tenue y misteriosa luz la superficie de tierra y la masa vegetal ensortijada. Respiraba Leopoldo Andrés con dificultad, se agachó, luego, se acostó a la altura del piso, para divisar la marcha de hombres sin ser visto. Un sonido rastrero lo alertó de la presencia de algún animal por los alrededores. De pronto, del camino, escuchó el ruido de los cascos de los caballos y de voces guturales. Divisó, primero, el doctor las patas de las bestias golpear la densa tierra, luego, los pies descalzos de los negros que se acercaban. Los que venían a pie, cantaban y bebían. Uno de ellos cayó, en el mismo punto en el que se encontraba Leopoldo Andrés apostado, quedando sus ojos a la misma altura que los del negro y, por una fracción de segundo, pensó este que había sido descubierto; pero el gigante de ébano se levantó y siguió caminando con la mirada extraviada de los borrachos. Entonces, Leopoldo Andrés dio un suave soplido de alivio. Pasaron al lado de las carretas sin percatarse de la presencia de los viajeros. Cuando estuvieron a una distancia prudencial, dio el joven doctor aviso a los demás y todos se reunieron alrededor de la carreta de María Prudencia.

—¿Alguna culebra, Tiburcio? —interrogó el doctor cuando él y

José Tomás estuvieron de vuelta con los caballos.

—¡Que va, doctor! Gracias a que me encomendé a San Benito —respondió amarrando los caballos a sus respectivas carretas.

—¡Nos salvamos porque estaban tan borrachos! ¡Y no hubieran visto ni a un elefante que se les atravesara en el camino! —expresó José Tomás.

—¡Así fue! —confirmó Leopoldo Andrés.

Leoncia encendió el fuego nuevamente; y Leopoldo Andrés y Jacinta se instalaron en la carreta con María Prudencia ya que el alumbramiento estaba cerca.

Afuera, María de los Ángeles, Doña Mercedes y Leoncia, se sentaron en un tronco seco que estaba caído a un lado del camino, y comenzaron a rezar un rosario. Tiburcio se lanzó a dormir en una de las carretas y José Tomás esperaba el nacimiento de su hijo al lado del carruaje.

Alejada del peligro de los negros, pudo María Prudencia gritar y llorar a sus anchas. A los pocos minutos, se escuchó el llanto agudo de un bebe. José Tomás esperaba ansioso. A las cinco y quince de la mañana, recibió la pareja a su primogénito.

Bajó Leopoldo Andrés del carruaje cargando en brazos a un rollizo varón, de cabello negrísimo y abundante, con un terciopelo de piel blanca como la nieve. José Tomás lloró cuando tomó a su hijo en brazos.

Desde el carruaje, María Prudencia observaba a su esposo; estaba adolorida, pero feliz. María de los Ángeles no podía creer que ya era tía y miraba al pequeñín con una expresión infinita en ternura.

—¡Debemos partir ahora! Tenemos que llegar a Caracas. Los caminos aún siguen siendo peligrosos. Ya habrá tiempo para deleitarnos en las ternuras del niño —alertó el joven doctor.

Doña Mercedes le dio la bendición al pequeñín y la bienvenida al mundo. Luego, se montó en el carruaje con Jacinta. La tía del bebé no se hastiaba de mirar la carita sonrosada del crío y buscaba parecido con familiares, mientras conversaba con María Prudencia, quien por mandato estricto de Leopoldo Andrés le ordenó no hablar para que no se llenara de gases. El viejo Matías tuvo especial cuidado de esquivar las piedras y obstáculos del camino y María Prudencia pudo descansar un poco después de las angustias de la pasada noche.

Cuando finalmente llegaron a Caracas ni Doña Dolores ni Don Luis podían creer que ya eran abuelos. Estaban embelesados con el nieto. Instalaron a María Prudencia en su cuarto de soltera. Leoncia

curó las heridas de José Tomás y este pudo, al fin, relajarse y dormir. Aprovechó María de los Ángeles para presentarle a sus padres a Leopoldo Andrés, refiriéndoles y exaltando su participación en el nacimiento de su nieto. A Don Luis no le quedó otra opción que tragarse el orgullo y agradecer su ayuda.

Leopoldo Andrés se despidió y siguió con su madre y Jacinta a su residencia.

# CAPÍTULO 19

## Una carta muy especial

En la vasta soledad de su habitación, lejos del resplandor del sol de mediodía, sentada en un sillón aterciopelado, de frente al mueble francés que le servía de escritorio, María de los Ángeles, escribía una sentida carta, llena de remembranzas y nostalgias. Leopoldo Andrés llevaba ya unos meses en Bogotá, en una asignación especial del Ayuntamiento, y el dolor de la separación llenaba de congoja a la muchacha.

—¡Cuántas cosas han pasado en estos últimos meses! —pensaba con nostalgia, haciendo un recuento en su imaginación de los eventos sucedidos en tan corto tiempo. Tan pronto regresaron de Las Marías, José Tomás y María Prudencia, luego de la traumática experiencia en tierras venezolanas y la constante amenaza de sublevaciones y enfrentamientos, se mudaron a Santa Marta, Colombia, con el pequeño José Luis, quien a la fecha tenía ya seis meses y crecía ágil y fuerte en tierras extranjeras, ajeno a las contingencias que signaron el momento de su nacimiento. Afortunadamente, la afable María Concepción vivía con su marido a pocos metros de la casa paterna; por lo que en las tardes se llegaba hasta la casa de su madre y, junto con María de los Ángeles, gozaba de unas horas de tertulia vespertina, tomando el té o un refresco en una esquina del zaguán, cuidándose siempre de estar de regreso a su casa antes de las seis, hora en que regresaba su marido al hogar.

Otro hecho ocurrió que propinó un duro golpe a las finanzas familiares: semanas después del regreso de las muchachas de aquel incansable viaje lleno de vicisitudes y sobresaltos, les llegó la noticia de que Las Marías fue saqueada por los realistas y, lo que había quedado fue posteriormente saqueado por los patriotas y los vándalos de la zona. Don Luis estuvo furioso por varias semanas y despotricó del día en que los patriotas llegaron al poder y puesto a

los hacendados del país en aquella pírrica situación. Tras el saqueo de Las Marías, toda su energía la concentró en La Española. Renovó, a petición de Dolores, toda la casa, contrató personal adicional y reforzó la seguridad. Pensó Don Luis en invertir algunos recursos para rescatar a Las Marías una vez terminada la guerra, siendo que Valencia fue declarada la nueva capital de Venezuela, pero la situación económica del país lejos de mejorar, parecía involucionar sin control y poco probable se veía que la inversión se realizara a corto plazo. Sus recursos habían mermado considerablemente y los acreedores exigían el pago de sus deudas. Don Luis se halló en una encrucijada: liquidar sus propiedades y pagar, tanto como pudiera, o seguir esperando un milagro. Los patriotas querían comprar la cosecha de las haciendas para alimentar a la tropa, pero bien sabido era que los patriotas eran malos pagadores y, por esa razón, Don Luis demoraba el hecho de pactar con ellos. Estos luchaban por salvar la República; pero no lograban activar el aparato productivo ni conseguir recursos para cumplir con las deudas adquiridas. Aunado a esta situación, continuaban las guerras y los enfrentamientos en diversas partes del país. El descontento de la gente era palpable y crecía a pasos agigantados.

En la casa de los Mendoza, la situación no era diferente a lo que vivía el resto del país. El mismo Don Luis exigió a Dolores el recorte de los gastos domésticos y la servidumbre se redujo a la mitad; lo que le causó a la señora frecuentes ataques de depresión ya que veía ante sus ojos cómo se resquebrajaba su status social. Se quejaba, también, Leoncia de que los productos de primera necesidad comenzaban a escasear en los mercados y cada vez era más difícil conseguir hortalizas y verduras frescas; así que Tiburcio viajaba semanalmente a La Española para abastecerse de las legumbres que fueran necesarias para elaborar los menús de la cocina.

No obstante, no todo el panorama era gris. Don Luis dejó de hostigar a María de los Ángeles con indeseados pretendientes. La muchacha había repelido cada uno de los candidatos que el padre le presentó; y era tal la rapidez y la maña con que se desembarazaba de ellos, que el padre, al final, se dio por vencido; y hasta se estaba haciendo la idea de que su hija se casaría con Leopoldo Andrés. Fue en esta época que Don Luis dejó de ir a su Despacho, y se encerraba por horas en el estudio sin aceptar alimento ni bebida. Dejó de recibir a sus amigos y su estado físico desmejoraba rápidamente.

Por otro lado, la guerra civil recrudecía en las riberas del Orinoco. Los pueblos de Santa Cruz y la Soledad estaban en manos de los realistas; y desde allí estos hacían correrías y perpetuaban

actos vandálicos en las ciudades de Cumaná, Barcelona y Barinas. La Junta envió tropas para contener a los bandos enemigos, pero no parecían ejercer acciones contundentes para rebasarlos.

La muchacha sumergió la pluma en el tarro de tinta, y sacudiendo el excedente, comenzó a delinear las siguientes palabras:

"Querido Leopoldo:

Si supieras cuanto te extraño, segura estoy que dejarías los asuntos de la Patria en manos competentes para correr a atender los asuntos de mi corazón. Varios meses ya que me privas del consuelo de tu voz. Meses en que no escuchó el tono afable de tus palabras ni siento la caricia de tus besos, que con tanto aliento vivifican las oscuridades de mi alma. Se fueron tus ojos y tus manos, y los míos no se cansan de buscarte por todos los rincones. Sin ti, la ciudad luce vacía y deslucida y ni las reuniones de la Sociedad Patriótica encienden en mí la antorcha forjadora de las luchas por las causas justas. Sola estoy con Leoncia, quien trata de confortarme, a través de la única forma de confort que ella conoce: elaborando deliciosos platillos que trata en vano de hacerme engullir. No hemos vuelto a Las Marías, aunque Don Alberto se las arregló para escribirme e informarme que los responsables del saqueo de la hacienda no fueron ni los patriotas ni los realistas, sino Cordero Briceño, nuestro deshonesto capataz. Pero mi padre no lo cree, y prefiere encastillarse en la versión de que su pérdida es culpa de los patriotas. El Tribunal rechazó nuevamente la apelación y confirmó que el riachuelo le pertenece a Don Alberto; así que podrás darte una idea de lo malhumorado que está mi querido padre por estos días. Desde que te conoció, ya no parece tan renuente a aceptar la idea de nuestro matrimonio, pero es su obcecado orgullo lo que le impide que dé su brazo a torcer.

Yo creo que está pensando en vender la hacienda y trasladar el cultivo de tabaco a La Española. Se pasa todo el día encerrado en su estudio, y ni mi madre puede hacer que deje ese comportamiento obsesivo que puede llevarlo a la tumba. Bueno, no nos queda más que esperar para ver a qué lleva todo esto.

¿Visitaste a José Tomás en Santa Marta? María Prudencia me escribió que así lo hiciste y me llenó de una gran alegría tal noticia. Nosotros tenemos planeado un viaje el mes que viene para ir a visitarlos. ¡Me muero por ver a José Luis! Debe estar hecho todo un caballerito.

Espero que vuelvas pronto, no podré soportar por mucho tiempo la vastedad de esta inmensa soledad que me oprime. Te mandó mis

más sinceros besos y abrazos, con la confianza de que pronto podré dártelos en persona.

Eternamente,

María de los Ángeles"

Releyó los párrafos cuidadosamente, una y otra vez, y estando satisfecha del contenido, dobló en tres la hoja y la colocó dentro de un sobre que, posteriormente, cerró. No era muy larga su carta ya que la tristeza le drenaba la inspiración y las palabras. Embebió nuevamente la pluma en el tintero y escribió la dirección del destinatario, con letra cursiva, prestando especial atención a los contornos, como si con ellos alargara el trazo hasta alcanzar, a través de las letras, a Leopoldo. Esa misma tarde, pensaba caminar hasta el correo de Carmelitas para enviar su misiva. El paseo le aliviaría las penas del alma, y, seguramente se encontraría con el frutero al que compraría algunas fresas, que hacía tiempo no degustaba. De paso, se detendría en la mercería de Doña Luz y compraría algunos bolillos de estambre para dárselos a María Concepción que estaba tejiendo una colcha para José Luis. Pensaba entregársela cuando viajaran a Santa Marta. Después caminaría un rato por la Plaza Mayor y pensaría mucho en Leopoldo Andrés. Entraría a la Catedral a pedir a la Virgen del Socorro por su pronto regreso.

Unos fuertes toques en la puerta la despabilaron. Cubrió la carta con un libro y se fue a abrir. Era Leoncia.

—El almuerzo está listo, mi señorita —dijo con sus manos enfundadas en su delantal y la expresión regañona de una madre. La miraba con el ceño fruncido.

Observó que la mulata no se iría hasta tanto la acompañara al comedor; así que cerrando la puerta tras de sí, la siguió.

En el oscuro comedor, Don Luis y Doña Dolores estaban ya en sus respectivos sitios. María de los Ángeles se sentó en la silla que siempre ocupaba desde que era niña, y una mulata comenzó a servir los platos. Don Luis apenas alzó la mirada para ver a su hija, ocupaba su mente cientos de pensamientos relacionados con sus negocios. En cuanto a Doña Dolores, suspiraba con la mirada fija en el plato vacío. Recordaba los tiempos en que sus otras dos hijas compartían en esa misma mesa las comidas del día. A veces, se encerraba en su cuarto a llorar, pensando que nadie la escuchaba, añorando a la hija y al nieto que se encontraban tan lejos. Solo el consuelo de la visita de María Concepción todas las tardes le añadía un poco de alegría a su desazonada vida.

—Voy a salir en la tarde —anunció María de los Ángeles, al

tiempo que llevaba un trozo de carne a su boca, tratando de romper la monotonía del silencio de sus padres—Pienso ir al correo a llevar una carta que escribí para María Prudencia.

La madre salió de su ensimismamiento y se le iluminó la mirada:

—¿Puedes llevar la mía también? La escribí hace días y estaba esperando a que Tiburcio llegara de La Española para que la despache.

La joven sonrió y asintió con la cabeza y siguió comiendo. Entonces, la madre agregó:

—En su última carta, María Prudencia dice que el niño ya está comiendo colados y compotas de frutas, da vueltas en la cama y hasta un dientecito le está saliendo ya —expresó con un dejo de nostalgia.

—Sí —completó María de los Ángeles— José Tomás hasta compró una vaca para que el niño tomara la leche más fresca de Santa Marta. No me imagino a María Prudencia con una vaca en su casa.

La madre agrió la expresión y refutó:

—No pensarás que la tiene en la puerta de su casa. Debe estar alejada, en algún lugar debidamente apropiado para ella; y seguro tienen personal calificado para atenderla.

María de los Ángeles consideró innecesario perder el tiempo aclarándole que el comentario no había sido hecho con el propósito de menospreciar a su hermana, sino como una forma de romper el profundo silencio de aquel almuerzo tan tedioso y gris. Así que siguió comiendo y no pronunció más palabras. Comprendía que su madre estaba desanimada por la ausencia de sus hijas y porque ya no había mucha actividad social en Caracas. Muchos de los nobles habían regresado a España, huyendo de los hechos sangrientos cada vez más frecuentes en la provincia. Además, Don Luis había comunicado que no habría viaje a Europa ese año, debido a las pérdidas causadas por el saqueo de Las Marías; solo accedió a un pequeño viaje a Santa Marta a fin de visitar a su hija, y eso porque los gastos de estada serían sufragados por José Tomás.

—¡La vida se ha vuelto tan triste últimamente! —se quejaba suspirando su madre.

En Bogotá, Leopoldo Andrés, caminaba por una de las avenidas principales, con las manos enfundadas en los bolsillos. El intenso frío le hacía tiritar los huesos. Tenía la nariz roja y los ojos irritados, y el aire que respiraba le hacía doler los pulmones. Buscaba una dirección. Era un bar en donde se encontraría con el delegado Ruiz, quien había llegado de Caracas la noche anterior y

debía entregarle unos documentos; pero había recorrido la calle varias veces y no hallaba la ubicación del local. Comenzó a pensar que tenía la dirección equivocada. De pronto, se percató de una pequeña puerta que estaba a mitad de la acera que no había visto antes. Aquella debía ser la puerta del bar. Se acercó y constató que se trataba del No. 23 y entró.

Estaba un poco oscuro y tuvo que esperar unos minutos a que sus pupilas se habituaran a la falta de luz. Se oían voces y olía a humo de cigarrillos. Comparado con el frío del exterior, el lugar era cálido y su cuerpo se sintió reconfortado. Desde una de las mesas del fondo, el silbido de Ruiz le rebeló su presencia. Se abrió paso a través de los cuerpos que se apiñaban en la barra tomando whisky y ron.

—Disculpa la tardanza. Tengo horas en la calle tratando de encontrar la dirección —dijo desembarazándose del chaquetón que destilaba agua por la lluvia que había comenzado a caer.

Ruiz se levantó y se saludaron con un apretón de manos:

—¡Caramba, hombre! El clima de Bogotá como que la tiene agarrada contigo —dijo en son de broma.

Leopoldo Andrés tomó asiento, se anudó la bufanda y se frotó las manos para entrar en calor.

—Sí, es difícil acostumbrarse a semejante frío. Me recuerda mucho a Londres, con sus lluvias y sus neblinas; pero al menos allá mis abrigos eran gruesos y de lana.

—Lo mejor será que pidas un brandy, así volverá el color a tus mejillas —acotó Ruiz y alzando la mano para llamar al mesero, le hizo el pedido cuando se acercó.

Leopoldo Andrés dio un vistazo al lugar. Era un local pequeño, por eso no lo había visto desde la calle, con algunas mesas pegadas a las paredes, con taburetes por sillas. A un costado estaba la larga barra, que ocupaba casi la mitad del local, y un caballero con cara de caballo y pelo negro ensortijado atendía a sus clientes. Tomaba varias botellas a la vez, con mucha agilidad, y tapaba y destapaba botellas, agitaba el licor que servía en unos vasos largos y estilizados que reposaban por toda la superficie de la barra.

El mesero llegó y sirvió el brandy. Leopoldo Andrés se tomó el suyo de un tirón y pidió otro. El segundo sí fue degustándolo poco a poco.

—¿Cómo estuvo el viaje? —interrogó Leopoldo a su amigo.

—Un poco pesado, el paso por Trujillo fue fatal. Las lluvias lo complican todo. La pensión donde me hospedo no está mal; aunque tienen algunas goteras, pero, bueno, ahora no estamos como para

estar malbaratando los reales de la República. Entonces, sacando un pesado sobre de su fardo, lo colocó encima de la mesa y lo arrastró con la punta de los dedos hasta colocarlo frente a la vista de Leopoldo.

—¡Aquí tienes los documentos! Esperamos que todo esté en orden. Necesitamos dinero para pagar nuestras deudas. No hemos tenido cómo cancelar los salarios de los soldados en semanas. Nos han llegado noticias de que muchos han desertado.

Leopoldo Andrés asintió con leve movimiento de cabeza, mientras se empinaba el vaso y sorbía un generoso trago de brandy.

—Estoy al tanto. Bolívar estuvo por aquí hace dos semanas. Estuvimos conversando extensamente de los problemas que se nos vienen encima. La emisión de papel moneda sin respaldo ha sido un fracaso. La gente no confía en este sistema de intercambio monetario. Es difícil cambiar los hábitos de toda una vida. Me comentó Bolívar de sus diferencias con Miranda. ¿Sabes algo al respecto?

Ruiz se acomodó el nudo de su corbatín, pidió otro brandy y aclaró la garganta:

—Miranda pasó mucho tiempo fuera del país y tiene una visión muy diferente de cómo deben hacerse las cosas. La tropa no le tiene confianza y ha cometido errores graves en su desempeño, como el que ocurrió en Valencia el año pasado cuando luego de la capitulación de los españoles, les dejó las armas. Eso le costó a la patria más de ochocientos muertos y mil quinientos heridos. Bolívar tiene una forma muy diferente de actuar. Es arrojado y audaz.

Leopoldo quedó pensativo unos instantes. Luego añadió:

—Es una pena que no puedan unificarse esas dos visiones. Sería de gran ayuda para la República.

Ruiz agregó:

—Las cosas se están complicando en la capital. Se dice que, en Coro, arribó un brigadier de nombre Juan Manuel Cajigal. Vino cargado de armas y jefes militares. Debemos prepararnos, de un momento a otro, tratarán de avanzar hacia Caracas.

Los hombres ya habían entrado en calor y conversaban amigablemente a pesar del remolino de humo que los rodeaba:

—Sabíamos que los españoles no se iban a quedar de brazos cruzados —afirmó Leopoldo con un gesto displicente.

—Necesitamos dinero, compañero. Sin dinero creo que no nos será posible salvar la República. Espero que la documentación que traje ayude en algo.

—¿Cuándo regresas a Caracas?

El delegado Ruiz contestó:

—Debo regresar mañana. Tengo asuntos urgentes que resolver en la capital.

Los hombres continuaron hablando un rato más. Luego, cancelaron la cuenta y decidieron cenar en otro local que quedaba cerca de la pensión donde Ruiz se hospedaba. Hablaron trivialidades y, cerca de las doce, Leopoldo se despidió prometiendo encontrarse nuevamente en Caracas.

# CAPÍTULO 20

## Terremoto en la provincia

Catalina Sanz era una muchacha extrovertida, de extravagantes modales y sonrisa bonachona, muy amiga de María de los Ángeles. Componía canciones y contaba con una extraordinaria y potente voz, digna de una soprano. Estaba escribiendo un libro sobre los inicios de la vida republicana; de allí su afán de frecuentar la Sociedad Patriótica y levantar información de boca de los propios protagonistas. Su padre era dueño de una tienda de antigüedades y su madre fue una aspirante a actriz que abandonó la carrera para casarse. La amistad de las jóvenes se acrecentaba día a día ya que María de los Ángeles, buscando olvidar la ausencia de Leopoldo Andrés, pasaba mucho tiempo en las reuniones que se realizaban en la Sociedad. Solían verse todos los martes y viernes, entre la una y las tres de la tarde.

—Escuché que Leopoldo Andrés regresa para finales de mes —le comentó Catalina a su amiga, sabiendo la añoranza con que la otra había esperado esta noticia.

María de los Ángeles, sentada en una de las mesas de la terraza, al aire libre, saboreaba con satisfacción un rebosado vaso de jugo de naranjas, respondió:

—¡Es cierto! —expresó con evidente emoción— Me escribió para decirme que ya había culminado sus asuntos en Bogotá y que pronto estaría de vuelta.

Catalina comía con fruición unos bocadillos de una bandeja que el mesero había colocado minutos antes, y que exhalaban un delicioso aroma a queso de cabra. Además, había bizcochos de limón, los preferidos de María de los Ángeles.

—¿Cuánto tiempo estuvo allá? —preguntó mordisqueando el entremés.

—Demasiado tiempo. Pero la vida no se cansa de lanzarme sus crueldades. Ahora que él regresa, me marchó yo para Santa Marta. Nuestro viaje está pautado también para finales de mes. Espero que tengamos algún tiempo para vernos.

—¡Qué desdicha! ¿Y cuánto tiempo estarás tú en Santa Marta?

—Un mes completo. Me muero por ver a Leopoldo, pero también muero por ver a mi sobrino. Así que estoy hecha una ascua.

Antes de que pudieran terminar el diálogo, vino a sentarse en su mesa otra de las amigas con que solían compartir las bebidas y los bizcochos. Su nombre era Lucía y venía con las mejillas sonrosadas, algo azorada. Inmediatamente, les echó mano a los bizcochos y dándole un buen mordisco a uno de ellos, saludó:

—¡Muy buenas tardes, mis muy queridas y estimadas compatriotas! —y soltó una carcajada que hizo que un grupo de muchachos se volteara a verlas.

—¿Qué te pasó, por Dios? Pareces que te estuviesen persiguiendo unos bandidos —exclamó alarmada Catalina.

La recién llegada tomó el vaso en el que estaba bebiendo María de los Ángeles y se lo empinó bruscamente.

—¡Casi! Mi padre quería que me quedara a ayudarle a acomodar unos libros en una estantería. Tuve que correr por la calle y hacer de cuenta que no escuchaba sus gritos para poder venir hasta acá. Estas horas del día son mis favoritas y no me las perdería por nada del mundo. Cuando regrese a casa, cumpliré el castigo que me imponga. No me importa. Pondré cara de compungida y pediré perdón.

Las muchachas rompieron a reír. Un joven que había estado largo rato observando a las muchachas se acercó con ánimo de buscar conversación, pero Catalina, que no deseaba compañía masculina en aquel momento, lo alejó con un comentario mordaz. El muchacho se marchó ofendido y se unió a otro grupo que comentaba los últimos eventos de la guerra entre los patriotas y los realistas. Lucía acertó a oír a uno de estos jóvenes cuando comentaba con otro lo siguiente:

—El pueblo de Siquisique está ocupado por un capitán de fragata llamado Domingo Monteverde, que llegó con Cajigal a Coro. Sus órdenes eran que se quedará en Siquisique a esperar instrucciones, pero este, queriendo llenarse de gloria, desobedeció la orden y siguió hasta Carora; venciendo a los soldados patriotas que allí se apostaban y por eso su desobediencia no tuvo represalias.

Otro opinó:

—En Coro tenemos un nido de ratas. Si no detenemos su avanzada, pronto los tendremos aquí en Caracas.

Siguió la conversación hasta que, más tarde, algunos oradores se dispusieron a proclamar sus alocuciones. Esto era muy común, en tanto que muchos idealistas aprovechaban este medio para vociferar, sin moderación, sus acuerdos o desacuerdos con las acciones que emprendían los patriotas. Llegó a decirse que en Caracas había dos congresos, pero en realidad eran dos entidades distintas que se complementaban entre sí, como una tribuna para el libre pensamiento.

Al otro día, María Concepción llegó temprano a la casa paterna; tanto que Leoncia tuvo tiempo de prepararle un desayuno completo antes de que se levantaran sus padres. Su esposo estaba de viaje y no le agradaba estar sola en aquel caserón que aún no sentía como suyo. Cuando María de los Ángeles se levantó, ya su hermana se había desayunado.

—¿Tan temprano por aquí? ¿Te botaron de tu casa? —bromeó mientras se sentaba a la mesa de la cocina a esperar a que Leoncia le sirviera el desayuno.

La interpelada contestó:

—No podía dormir. Mario está en Colombia. Y me estaba muriendo de aburrimiento en aquella casa. Los sirvientes siempre están haciendo sus tareas y se sienten intimidados cuando trato de hablar con ellos.

María de los Ángeles respondió:

—Parece que todos los hombres de esta provincia tienen cosas que hacer en Colombia —dijo pensando en Leopoldo Andrés, pero María Concepción lo interpretó como si se hubiera referido a José Tomás y a su marido.

Sirvió Leoncia el desayuno de la joven, y lo acompañó con un gran vaso de jugo de naranja. Las muchachas, despreocupadas, se quedaron conversando en la cocina.

—Creo que papá no irá hoy a la Iglesia. Tiene un resfriado y es probable que se quede en cama —dijo María de los Ángeles mientras comía.

—Es una pena. Debe sentirse muy mal porque él no se pierde una misa; menos la de Jueves Santo. ¿Y nuestra madre? ¿Irá o se quedará con él?

María de los Ángeles terminó de comer y Leoncia retiró los platos de la mesa.

Se estiró con flojera y bostezó:

—Ayer preparó su rosario y su velo, así que creo que sí irá.

La casa estaba tranquila; solo los sirvientes deambulaban por los alrededores realizando sus quehaceres cotidianos. Las muchachas se fueron al rincón del zaguán donde tomaban té con bizcochos en las tardes. María de los Ángeles intuía que su hermana deseaba hablarle de algo, pero parecía no decidirse. Así que se propuso descubrirlo, pero después de un rato de conversación superficial, sin que se llegara a nada, al final, María de los Ángeles no le quedó otro remedio que forzar las cosas:

—¿Me piensas decir que estás embarazada?

La cara de sorpresa de la otra era digna de ver. No entendía cómo su hermana había podido ser tan intuitiva. María Concepción le tomó las manos al tiempo que decía:

—¡No digas nada! No estoy segura —dijo poniéndose colorada.

Su hermana la abrazó, al tiempo que le daba besos y abrazos, llenos de gran ternura y pegaba brincos en el sitio:

—José Luis se me fue para Colombia. Ahora el buen Dios me manda otro sobrino, o sobrina, a unos cuantos pasos de mi casa. ¡No podría ser más feliz!

—¿Cuándo piensas decírselo a la familia? —preguntó María de los Ángeles con entusiasmo.

—Primero debo estar segura. Esperaré unos días más. Luego, cuando venga Mario le diré primero a él, y juntos vendremos a informar a papá y mamá. Y tú debes poner cara de sorpresa cuando te digamos, ya que no quiero que Mario sepa que fuiste la primera en enterarte.

María de los Ángeles accedió de mil amores. Luego se dio a pensar en Leopoldo y sintió tristeza. Pensó en su propuesta de matrimonio y vio la imposibilidad de que ese hecho se produjera a corto plazo. Las obligaciones de Leopoldo Andrés con el Ayuntamiento absorbían cada vez más de su tiempo. Deseó haber aceptado la primera vez que se lo propuso, de esa manera estarían casados y hasta tendrían sus propios hijos.

Oyeron la voz de su madre que se acercaba, María Concepción salió a su encuentro y la saludó con un beso. Le explicó que había llegado muy temprano y que desayunó en compañía de Leoncia.

—¡Qué bueno, hija mía! Sabes que para mí es una dicha tenerte en mi casa. ¿Cuándo regresa tu marido?

—En una semana, mamita. Ya terminé la colcha de José Luis, la traje para que vieras lo linda que quedó.

Y juntas salieron a la sala para abrir el paquete donde María Concepción guardó la colcha tejida para su sobrino. María de los

Ángeles fue a su habitación para aprovechar y leer un rato. Miró el reloj de pared. Daban las diez. Muy temprano para arreglarse para la misa de Jueves Santo, así que tomó un libro y se fue al rincón del zaguán donde solían reunirse para tomar el té. Desde allí escuchaba a su madre:

—¡Leoncia! ¡Leoncia! —gritaba con ardor Doña Mercedes.

La mulata se apersonó en la acogedora sala:

—Diga mi señora —contestó.

—Ve diciéndole a Matías que vaya arreglando el carruaje. Salimos a las tres. Se lo dije ayer, pero está muy viejo y se le olvidan las cosas. Así que recuérdale otra vez.

La mulata asintió y se fue en busca del viejo Matías, quien debía estar con Tiburcio en el mercado, ya que no se veía por ningún lado. Se asomó a la calle, atisbando por los alrededores. Allá, al final del sendero empedrado, vio la vieja figura de Matías, enclenca y encorvada, tratando de mantenerle el paso a Tiburcio, que venía como si un diablo lo estuviera persiguiendo, cargado de bolsas y apurando al pobre anciano. Leoncia no entendía por qué Matías disfrutaba pasar tanto tiempo con Tiburcio; no comprendía que estando al final de sus días, este hombre sin familia ni amigos conocidos rememoraba en las vivencias del muchacho aquella vida suya que fluía hacia su fin, sin haber colmado todas las exigencias de su espíritu. Entraron a la casa presidiendo a Leoncia, quien repetía a regañadientes que se sacudieran los zapatos llenos de polvo del camino. Instruyó a Matías de la orden de Doña Dolores y se llevó a Tiburcio con las bolsas para la cocina.

—¿Me trajiste el ramito de manzanilla que pedí para Don Luis? —interrogó Leoncia mientras ponía las bolsas sobre la mesa y sacaba los artículos uno a uno y los colocaba sobre la mesa.

—¿Y eso que estás comiendo? —preguntó viéndole una conserva de coco que se llevaba a la boca.

—Me la regalaron en el mercado, abuela —dijo.

—¡Muchacho mentiroso! —dijo propinándole un severo coscorrón— Seguro te la compraste con el dinero del mercado.

El negrito bajó los ojos y puso cara de pocos amigos. Leoncia tenía un delicado olfato para husmear las mentiras, cansada estaba de pillar las pequeñas raterías que cometía Tiburcio y temía que con el tiempo estas se hicieran más graves y acarrearan mayores problemas.

—Si eso es verdá —agregó— iremos en la tarde al mercado pa que me digas quién te la dio; y como tú ya debe etá lleno de conserva, entonce, no te toca almuerzo —concluyó tajante.

El negrito era muy hábil y aceptó ir al mercado a sabiendas de que se descubriría su mentira; pero igual tenía que mantener que lo dicho era verdad hasta el final.

Las Mendoza estaban listas para ir a misa. Una a una pasó por la habitación de Don Luis para despedirse. María de los Ángeles lo arropó con especial dulzura, recomendándole que se tomara los mejunjes que le diera Leoncia. Este respondió en son de broma:

—¡Un hombre toma solo agua y limón para curar la gripe!

María Concepción se acercó a la ventana para correr las cortinas ya que el sol estaba brillante y quería que su padre se tomara un descanso.

—No sea quisquilloso, papá —dijo María Concepción— Sea un buen enfermo y no le dé dolores de cabeza a Leoncia. Pediré a la Virgen del Socorro por su recuperación.

Y le dio un beso en la frente que sintió caliente como un hierro. Doña Dolores, que había estado parada en el quicio de la puerta, se acercó a su marido, y contemplando su cansado semblante, sus ojos llorosos y su nariz inflamada, exclamó con preocupación:

—Quizá sea mejor que me quede a cuidarte. Matías puede llevar a las muchachas y traerlas de vuelta sin problemas —dijo quitándose el velo de encaje que le cubría la cabeza.

—¡Nada de eso! —profirió Don Luis, luego de un ataque de tos— ¡Ve! Leoncia cuidará bien de mí. Nos vemos más tarde.

No muy convencida partió la señora con sus hijas, deseando que el arzobispo no se extendiera mucho en sus sermones, para poder estar pronto de regreso a la casa. El día estaba limpio y hermoso, nada presagiaba, entonces, los terribles momentos que estaban prontos a ocurrir. El firmamento despejado, sin nubes que anunciaran lluvias, el clima templado, ideal para caminar bajo los árboles y disfrutar las tardes caraqueñas. Las personas llenaron las calles, llenas de espíritu fervoroso, para visitar los templos en busca de consuelo divino para sus males. Matías dejó a Doña Dolores y a sus hijas en la Plaza Mayor, muy cerca de la Catedral, tal como lo hacían desde que las niñas tuvieron edad para asistir a misa. La catedral estaba atestada, y a duras penas consiguieron puestos en los últimos bancos. Las mujeres admiraron la calidad de los candelabros, que estaban hermosamente alumbrados por cientos de velas, aunque los feligreses rebosaban, en mucho, la capacidad del sitio.

De pronto, inesperadamente, de las entrañas mismas del subsuelo, un fuerte estrépito, un rumor de muerte, un movimiento inusual como de arenas, se escuchó y el endeble suelo comenzó a

sacudirse con fiereza. Parecía como si la tierra despertara de un largo sueño y levantara sus brazos para alzarse, quitando de su lomo todo lo que estorbara. Los candelabros caían, y la lumbre de las velas ocasionó pequeños incendios en los lugares en donde caía. Los santos ardían, las cortinas cogían fuego, todo ardía con un furor de infierno. Gritos, llantos y lamentos se escuchaban por doquier. La multitud trataba de alcanzar los portones de salida, y la vorágine era tal, que en su marcha se aplastaba entre sí. El humo aguaba y nublaba los ojos, y ante la imposibilidad de ver hacia dónde dirigirse, muchos caían y eran pisoteados por los desesperados que huían sin percatarse de esta improvisada alfombra humana que se tendía bajo sus pies.

En la confusión, María Concepción y María de los Ángeles se separaron de su madre. Salieron por una puerta lateral, que no era muy conocida por la feligresía y que a primera vista quedaba oculta por un confesionario, y que solía usar Leopoldo Andrés cuando se veía con María de los Ángeles en la Catedral. Las muchachas, aterradas, corrían huyendo de aquel caos bestial. Cuando, por fin, lograron salir y se situaron a una distancia prudencial de las casas que pudieran colapsar, dieron una mirada a su alrededor, un macabro espectáculo se plantaba ante sus ojos: un reducido grupo de hombres y mujeres buscaba alivio a las heridas que alguna ventana o puerta les había infligido, vendas improvisadas se colocaban en cabezas y rodillas sangrantes, pilas de escombros se alzaban en las calles en donde minutos antes había habido casas. Ahora todo era tierra y piedras y tierra; y una enorme desolación en los rostros de las personas que caminaban sin rumbo. Con terror, María de los Ángeles se percató que bajo aquellas ruinas podría haber gente. Muchos vagaban por las calles, llorando y gritando el nombre de sus familiares desaparecidos. Se calmó por unos instantes el movimiento de los suelos; y a los pocos minutos, comenzó otro baile siniestro de las entrañas de la tierra.

Un ruido que salía desde abajo volvió a sacudir las calles. Otras casas se derrumbaron calle arriba, bajo la mirada atónita de las muchachas. Se dijo María de los Ángeles que debía mantener la calma, controlar los nervios y la angustia. Miró a María Concepción, que estaba a su lado, pálida de miedo.

—¡Debemos buscar a mamá! —le dijo tomándola de las manos, pero la muchacha no reaccionaba.

—¡María Concepción! ¡Por favor! ¡Debemos buscar a mamá! ¡María Concepción! —sacudía a la muchacha para hacerla reaccionar al tiempo que pronunciaba su nombre. Le propinó una

cachetada con fuerza y su hermana volvió en sí.

—Ma—má, —tartamudeaba.

—¡Debemos buscarla! —y tomadas de la mano, corrieron a la puerta principal de la Catedral.

Había mucha gente deambulando, sin sentido, desconcertadas, sin saber que fueron víctimas de un terremoto. Más gritos y llanto. María de los Ángeles vio a unos hombres que sacaban a los heridos que fueron pisoteados a las puertas de la Catedral. Se quejaban y gemían de dolor. A esos los pusieron a resguardo sobre una manta que se colocó en el piso, a unos metros más allá de la Plaza Mayor. Del lado derecho, había una pila, mucho más grande, en la que se estaban colocando los cadáveres.

Haciendo un esfuerzo para controlar las lágrimas, se dio cuenta María de los Ángeles, que debía buscar a su madre entre los cuerpos sin vida que reposaban allí, ya que no estaba entre los heridos.

—¡Quédate aquí! —le dijo a su hermana, pensando en que debía estar muy impresionada por lo sucedido.

Se acercó con sigilo a los muertos, temiendo reconocer entre ellos el cuerpo de su madre. Temblaba, pero actuaba con resolución. Uno a uno revisó los rostros, tratando de aguantar las náuseas y el llanto. No estaba allí. Lanzó un largo y profundo suspiro y volvió a donde estaba su hermana.

—¡Busquemos por los alrededores! —dijo moviéndose y perdiéndose en el tumulto de personas que vagaba perdida.

De pronto oyó que gritaban su nombre, se tornó para ver a su madre, que agarrada del brazo de Matías corría hacia ellas.

—¡Mis hijas! ¡Mis hijas! —gritó con emoción cuando, finalmente, llegó hasta ellas y pudo abrazarlas. Sangraba por una herida en la frente y renqueaba por una caída, pero en líneas generales lucía bien. Había salido por la puerta principal tan pronto sintió el primer movimiento.

—¡Debemos ir pronto a la casa a buscar a tu padre! Caminaremos, ya que con todo el ajetreo los caballos se zafaron y huyeron.

Tenían urgencia en llegar a la casa. Don Luis estaba enfermo y esperaban que hubiera podido salir. Con audacia se unieron a otros que vagaban por las calles, intentando, como ellas, llegar a su destino, buscando a aquellos familiares que el terremoto sorprendió afuera.

—¿Estás bien? —preguntó María de los Ángeles a María Concepción recordando la conversación que tuvieron hace días en la que le indicó que posiblemente estaba embarazada. La otra

contestó que sí, aunque estaba pálida como el papel.

La magnitud del terremoto se mostró en todo su horror a medida que fueron avanzando: escombros, cuerpos tapiados, gente revolviendo entre lo poco que había quedado, ladronzuelos, aprovechándose de la situación para hurtar lo ajeno, obstáculos en los caminos.

La marcha parecía una procesión de angustia y dolor. Matías ayudaba a Doña Mercedes a caminar, mientras María de los Ángeles y María Concepción caminaban por aquel siniestrado paisaje, ahora desconocido para ellas. Con frecuencia tenían que detenerse para ubicarse ya que algunas calles se perdieron bajo los escombros y lo que podía servirles de referencia, había desaparecido por completo. Todos estaban sorprendidos por la brutal fuerza con que la naturaleza se ensañó contra ellos.

Cruzaron el recodo final de un camino que desembocaba en la calle en que vivían. Dolores apresuró el paso. Deseaba encontrarse con su marido. Las muchachas la seguían sin perderle el rastro. La mercería de Luz desapareció, así como dos negocios que se encontraban al lado del de ella; y en el lugar donde debía estar la casa de los Mendoza una pila de escombros ocupaba el sitio. Leoncia y Tiburcio estaban en la acera del frente, que quedó sin daños, y lloraban en silencio, abrazándose. Dolores no pudo contener el grito, que pareció más bien un alarido, cuando vio que solo Leoncia y Tiburcio se hallaban allí.

—Leoncia ¿Dónde está Luis? —gritaba con desespero, con temor a escuchar la respuesta— ¿Dónde está? ¿Dónde está mi esposo?

La mulata no hacía más que llorar, con Tiburcio abrazado a sus faldas. Con mucho dolor, le respondió:

—No le dio tiempo de salí, doña Dolores. Yo acababa de llegá del mercado y etaba abriendo la puerta cuando el piso se comenzó a mové bajo mis pies. En un segundo se desplomó la casa. Lo siento mucho, ña Dolores —dijo dejando escapar dos lagrimones que corrían por las abultadas mejillas.

Toda la servidumbre, que aún quedaba de servicio en la casa, fue también sepultada, y si Leoncia y Tiburcio se salvaron se debió a que la mulata, por darle una lección a su nieto, le dio por buscar al supuesto comerciante que le había dado la guayaba al muchacho en la mañana. Dolores no aguantó tal noticia. Se desplomó y hubiera caído al suelo si sus hijas no la atajan. Se sentó María Concepción sobre la acera y acomodaron a la madre sobre sus muslos mientras buscaban la forma de volverla en sí. Las muchachas no paraban de llorar.

—¡Papá! ¡Papá! —gritaba María Concepción, presa de una enorme angustia— ¿Por qué te fuiste? —lloraba inconsolable.

María de los Ángeles luchaba por contener las lágrimas. Su padre murió y no tuvo tiempo ni de despedirse ni de reconciliarse con él. Un nudo se le formó en la garganta y ante la imposibilidad de hablar, lloró. Sus emociones la embargaban. En un arranque, se lanzó, ella misma, sobre los escombros y trató de retirarlos con sus propias manos; pero eran muy pesados y no bastaba su fuerza para moverlos.

—¡Basta, mi niña! No hay naá que pueda hacé. Hay que esperá a que vengan los hombres pa que hagan su trabajo —gritó Leoncia.

—¿Y si estuviera vivo? ¡Aun podríamos sacarlo! —gritaba histérica la muchacha.

—No hay nadie vivo, mi niña. No se oye grito ni gemido.

María Prudencia sugirió a María de los Ángeles que caminara unas cuadras más a ver si su casa aún seguía en pie. La muchacha accedió:

—Vamos, Tiburcio. Y ustedes —dijo dirigiéndose a Leoncia, María Concepción y Matías— no se muevan de aquí.

Caminaron calle abajo y en todas partes se repetía la misma escena: personas llorando, tratando de rescatar de los escombros a sus seres queridos y las pertenencias que aún servían. Volvió a moverse el suelo y Tiburcio y María de los Ángeles permanecieron en el medio de la calle, abrazados. Cuando pasó la réplica, continuaron el camino. Divisó a lo lejos la casa de María Concepción. Milagrosamente, no le había pasado nada y los sirvientes estaban en las afueras, temiendo otra réplica.

Regresó a buscar a su madre que seguía desmayada sobre las piernas de su hermana; pero otra figura estaba con ellas: era Leopoldo Andrés y María de los Ángeles, entre tanta calamidad sintió la chispa de una esperanza brotar de su corazón.

Corrió para refugiarse en su amplio pecho. Lo abrazó presa de un ataque de llanto. No podía hablar. En ese momento, todo el dolor y la angustia afloraron, y brotaban con desesperación. Leopoldo Andrés la dejó llorar. Luego, dijo:

—Acababa de llegar a la casa, cuando ocurrió el terremoto. Gracias a Dios, mi padre vino ayer de Los Leones y estaba con mi madre cuando empezó todo. Yo sabía que ibas a estar en la misa de Jueves Santo, y pensé llegarme hasta la Catedral para verte. Luego pensé que era más probable que hubieras venido a casa.

—¡Mi papá está allí abajo! —dijo entre sollozos

El joven trató de confortarla.

—Hay cuadrillas deambulando por el lugar para rescatar a sobrevivientes. ¡Buscaré una y los traeré aquí!

—¡Iré contigo!

—¡No! Debes atender a tu madre. Ahora es que va a necesitar el consuelo de sus hijas.

La muchacha asintió, compungida, con un leve movimiento de cabeza. Lloraba sin cesar, pero a través de las lágrimas, le dijo:

—La casa de María Concepción está intacta. Tengo que llevar a mi madre allá.

María Concepción dio un respiro. Habían sido demasiadas emociones para un día. Esperaba que su esposo estuviera bien. No creía que el terremoto se hubiera sentido en Colombia. Leopoldo Andrés tomó a la señora en brazos y todo el grupo se trasladó a la casa de María Concepción. Leoncia se instaló en la cocina a preparar una infusión de tilo, para calmar los nervios, e instalaron a Dolores en una de las habitaciones que se encontraba cerca de la puerta, en caso de que otra replica los obligara a abandonar la casa con premura. Se marchó Leopoldo Andrés con la promesa de buscar una cuadrilla y remover los escombros de la casa de los Mendoza. Pasaban las horas, y Dolores preguntaba en todo momento sobre el paradero del doctor y si se tenían noticias de su casa.

Cuando Leopoldo Andrés se presentó, en horas de la noche, en casa de María Concepción, María de los Ángeles supo, por la sombría expresión del rostro, que su padre había muerto. Un nudo se formó en su garganta que le impidió el habla. El doctor la abrazó y ella lloró con sentido desconsuelo. No hubo necesidad de palabras. Tocaba decirle a su madre la triste noticia.

El terremoto fue uno de los peores que se hubiera sentido jamás. La población estaba compungida; muchos clérigos vociferaron que aquella tragedia era castigo de Dios por las acciones cometidas por los patriotas contra la madre patria y caminaban por las ruinas clamando arrepentimiento y sumisión al Rey, resaltando el hecho de que el terremoto ocurrió el mismo día, Jueves Santo, en que fue despojado Emparan de su regencia, y que las únicas ciudades destruidas fueron las que estaban en manos de los patriotas. Fue por esto que Bolívar, sobre las ruinas de la Iglesia de San Jacinto, emitió sus proféticas palabras: "Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca".

Al día siguiente los padres de Leopoldo Andrés se presentaron ante Doña Dolores a presentarle sus respetos. Su hijo, finalmente, les había confesado su historia de amor con María de los Ángeles y su deseo de hacerla su esposa, tan pronto las circunstancias así lo

permitieran. Contrario a lo que esperaba, estos lo apoyaron y accedieron a servir de intermediarios con Doña Dolores para conseguir su visto bueno a la relación de su hijo con María de los Ángeles. Pero Dolores, en aquellos instantes de angustia, se encontraba inmersa en el paroxismo del dolor. Estaba abstraída, silente, sin mediar palabra; su mente no terminaba de procesar la muerte de su esposo. María Concepción no se apartaba de su lado; la mantenía en su habitación a fuerza de infusiones de tilo y toronjil, a ratos parecía estar lucida, luego caía en un profundo sopor, muy parecido al sueño. Los padres de Leopoldo acordaron quedarse en la residencia, dando apoyo a María Concepción en la atención a su madre, mientras su hijo y María de los Ángeles salían a ocuparse de las diligencias del entierro. Había fogatas por toda la ciudad, cremando cuerpos, debido a la cantidad de muertos que produjo el terremoto, pero una fogata colectiva no era lo que la muchacha ni su familia tenía en tenía en mente para rendir honores a Don Luis.

No sin mucho trabajo se logró el sepelio de Don Luis en el Cementerio General. Solo estuvieron presentes su esposa e hijas, y Leopoldo Andrés y sus padres. Don Mario Pinzón llegaría aquella misma tarde a consolar a su mujer y se enteraría del embarazo de su esposa. La muerte de Don Luis coincidió con la muerte de la República porque aunado a las desgracias anteriores sufridas por los patriotas, el terremoto logró la estocada final de los republicanos. Con Monteverde al mando, los realistas lograron el control del Occidente del país.

Días después, Leopoldo Andrés conversaba con María de los Ángeles, en la sala de su casa, sobre el destino que sufrirían sus vidas. Era tiempo de decisiones y sus vidas ya no serían la misma de ahora en adelante. Finalmente, Dolores había accedido al matrimonio de Leopoldo Andrés con su hija, con la única condición de que este se celebrara en el transcurso de una semana. Tal premura se debía al hecho de que María Concepción y su esposo decidieron mudarse a Bogotá y se llevarían a Doña Dolores con ellos. La madre deseaba dejar a María de los Ángeles debidamente instalada como una señora casada. Leoncia y Tiburcio que estarían a cargo de María de los Ángeles, donde quiera que esta se residenciara.

—Debemos decidir qué vamos a hacer, amor mío. Ya no tengo el trabajo del Ayuntamiento, así que me tocará ejercer como doctor aquí en Caracas, o irme a Los Leones y manejar la hacienda con mi padre, con todos los riesgos que esto implica.

La joven sonrió y enredó sus brazos alrededor de su cuello, al tiempo que decía:

—No me importa en dónde estemos, si estamos juntos. Te apoyaré en cualquier decisión que tomes. Estos días de separación que estuviste en Colombia me indicaron que no importan cuántas calamidades se ciernan sobre nuestras cabezas, las superaremos estando juntos. En soledad, todo es terrible y angustioso.

—También podríamos ir a Colombia, y así estarías cerca de tu familia.

La muchacha entonces, contestó:

—Entonces tú estarías lejos de la tuya. Tu padre nunca dejará Los Leones. Me gustaría quedarme y reconstruir Las Marías. Allí nació nuestro amor, allí jugábamos de niños y cometimos las primeras travesuras. Me gustaría que nuestros hijos disfrutaran del mismo ambiente sano y ameno que nosotros tuvimos.

—Pero, también debes considerar los riesgos del país. Cometimos muchos errores y se perdió la República; pero no nos rendiremos. Nos reagruparemos y aprenderemos de los errores. Vienen tiempos de enfrentamientos sangrientos y sublevaciones. ¿Estás segura de que deseas vivir así?

La muchacha lo besó.

—Es nuestra tierra. Es el olor de las guayabas cayendo, maduras, de los árboles, es Blancanieves pastando libre por los maizales, es el clamor del río cobijando nuestros besos, son los árboles, las cascadas, las montañas. Eso somos nosotros y nos sentiríamos como intrusos en tierra extraña.

—Entonces, ¡está decidido! —y con mucha parsimonia, agregó— En este momento decreto a Las Marías lugar de residencia de nuestra familia. Creo que Leoncia se llevará muy bien con Jacinta y Josefa, y Tiburcio volverá a sus correrías de siempre. Todavía hay que ver cómo la dejaron los saqueadores, pero no dudo en que podamos volverla de nuevo a la vida.

María de los Ángeles sonrió con melancolía al recordar a su padre; esperaba, de alguna manera, honrar su recuerdo rescatando aquella hacienda que significó tanto en vida para él. Allí amaría a Leopoldo Andrés y crecerían sus hijos.

Entonces, Leopoldo Andrés al notar la tristeza en su semblante, la tomó por la cintura y le buscó los labios. María de los Ángeles se dejó besar y se abandonó a sus brazos.

Los días transcurrieron rápidamente. Se celebró el matrimonio de Leopoldo Andrés y María de los Ángeles, con mucha austeridad, debido al luto; y se marchó Doña Mercedes con María Concepción y

su esposo rumbo a Bogotá. María de los Ángeles se consoló pensando en que su madre tendría al menos la compañía de sus dos hijas y nietos, pero, aun así, y a pesar del débil vínculo que compartían, la extrañaría.

Partieron los jóvenes esposos a Las Marías, y comenzaron su reconstrucción, con la ayuda de Don Alberto. Pasaban las tardes recorriendo las riberas del río, escuchando el rumor de las aguas y del viento silbando entre los matorrales, recordando los días de su infancia.

—Te amo, mi niña de las guayabas —decía Leopoldo Andrés tomándola, embelesado, entre sus brazos. Los ojos de María de los Ángeles, velados por la contemplación, se perdían en un abrazo de amor y promesas eternas.

Vendrían más separaciones, más ausencias, más sangre, pero María de los Ángeles, siempre estaría en la hacienda, esperando la vuelta de Leopoldo Andrés para vivir aquel amor que ni la guerra había logrado derrotar.